Besos en París



Nancy Warren

Elit

Portadilla

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos 8B
Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2008 Nancy Warren
© 2025 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Besos en París, Elit nº 470 - septiembre 2025
Título original: French Kissing
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. N ombres, c aracteres, l u g ares, y s i t u aciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo, Bianca, Jazmín, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370008703

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

En la cabeza de Kimberley Renton sonaba *I love Paris in the spring time* mientras se dirigía al lugar donde se celebraba la semana de la alta costura. Era su primer acto importante y estaba en la ciudad que más le gustaba.

Sus zapatos de tacón altísimo resonaban en la Rue de Rivoli como chasquidos de dedos que siguieran el ritmo de la música. Su falda blanda y negra de tafetán se mecía a su alrededor. La chaqueta negra, a juego, rebajaba lo justo la exuberancia de su aspecto. Y en la mano llevaba la tarjeta blanca que le abría las puertas de una de las mejores fiestas del gremio.

Kimi asistía en calidad de redactora de moda de la revista *Uptown*, que se encontraba entre las publicaciones más respetadas de Estados Unidos. Iba a ver algunos de los magníficos trabajos de los diseñadores, presentados al mundo por primera vez, y tenía un asiento en primera fila que habría sido el sueño de cualquier aficionado al glamur.

Cuando llegó, se quedó en la calle y se dedicó a observar el goteo de famosos que entraban en el edificio y seguían las discretas instrucciones de Simone, quien obviamente disfrutaba con su reinado de número uno de la moda de Francia. Los periódicos amarillos, las cadenas de televisión y la prensa del corazón dedicarían gran parte de su atención a las estrellas mayores y menores que daban su brillo a la semana de la alta costura. Pero Kimi también sabía que, durante esa semana, ella y los suyos serían más importantes para los grandes diseñadores que la pareja de

famosos recientemente reconciliados que salían en ese momento de una limusina negra o la cantante pop y su novio el productor de cine, quienes se detuvieron en la alfombra roja de la escalinata para posar ante los fotógrafos.

El espectáculo era tan divertido como la noche de los Oscar. Había docenas de periodistas y de cámaras y montones de admiradores y curiosos que se apretujaban al pie de la escalera.

Cuando la limusina negra se alejó, otra de color blanco ocupó su lugar. La puerta se abrió y entre la multitud se extendió un grito ahogado de admiración. Nicola Pietra salió del vehículo y se detuvo, tan acostumbrada a las fotografías que podía adoptar su habitual sonrisa, sexy y algo triste, en cualquier circunstancia. Era una joven de cabello negro y rizado, ojos ligeramente sesgados y cierta expresión de desamparo. Una diosa del cine italiano de cara y cuerpo impresionantes y sexualidad tórrida.

Su acento al hablar otros idiomas añadía atractivo a su personaje, y parecía animar las comparaciones inevitables con actrices como Sofía Loren y Gina Lollobrigida. Kimi, que era medio italiana, había disfrutado con su fulgurante carrera; primero en películas de su país y más tarde en superproducciones de Hollywood, hasta alcanzar su estatus de estrella del séptimo arte.

Las joyas de Nicola brillaron bajo la luz de los focos mientras esperaba a que Mark Apple, el actor más deseado de Estados Unidos, saliera de la limusina. La pareja concedió unos segundos a los periodistas y a los espectadores para que estuvieran contentos. Después, empezaron a subir por la escalinata. Los guardaespaldas los protegían de la gente que intentaba acercarse para que les firmaran autógrafos, pero el anuncio de su boda había despertado un interés que no se había visto desde el compromiso de Tomkat, Tom Cruise y Katie Holmes. Y como en los casos de Tomkat, Bennifer y Brangelina, también se habían ganado un mote: ApplePie.

Nicola Pietra y Mark Apple eran un objetivo demasiado apetecible. Al ver los destellos de las cámaras y la riada de preguntas y buenos deseos formulados en varios idiomas, Kimi pensó que los medios no dejarían ni una miga de aquel pastel. Se suponía que era un secreto,

pero todos sabían que habían viajado a París para elegir el vestido de la novia.

E incluso allí, en París, en una ciudad famosa por no prestar atención a las celebridades, había cientos de personas deseosas de ver a la pareja. Se había extendido el rumor de que Mark Apple había intentado alquilar el Palacio de Buckingham para celebrar la boda. Era evidente que el éxito se le había subido a la cabeza. Cuando le notificaron que no podía alquilar la residencia de la reina de Inglaterra, no se le ocurrió mejor cosa que intentar comprarla. Hasta llegó a decir que su fortuna era tres veces más grande que la de los Windsor, y añadió que estaba dispuesto a llegar a un acuerdo.

Teniendo en cuenta sus grandiosas ambiciones con la celebración de la boda, Kimi ya se podía imaginar cómo sería el vestido de Nicola Pietra. Pero tanto ella como el resto del mundo tendrían que esperar, porque todavía no lo habían diseñado. Simone había aceptado el encargo con la condición de que se presentara allí, en la semana de la alta costura, y de que no se revelara su coste. El trabajo de la diseñadora, siempre escandaloso e inolvidable, se basaba en la premisa de que si alguien preguntaba el precio, no merecía el producto.

Por fin, Mark Apple, vestido con un traje de Armani, y Nicola Pietra, que lucía un precioso vestido rojo de Valentino, llegaron a la parte superior de las escaleras. Casi de inmediato, la multitud se redujo a un número muy inferior de personas. Kimi pudo escuchar los veredictos, pronunciados en una mezcla de francés, italiano e inglés.

Los comentarios de los anglosajones se centraban en el aspecto físico de la pareja: decían que él era más bajo que en las películas y que ella estaba demasiado delgada. Las opiniones de los franceses se centraban en la ropa: les parecía que el traje de Armani era muy obvio y que el vestido rojo de seda resultaba excesivo para una mujer tan flaca. Pero los italianos eran mucho más tolerantes; casi todos se dedicaron a celebrar los cuerpazos de la pareja o el maravilloso pelo de Nicola.

Como ya habían llegado todos los famosos, Kimi se decidió a entrar. Y mientras ascendía los últimos escalones, se giró para echar

un vistazo a su ciudad preferida.

La Rue de Rivoli tenía un bulevar tan bonito que casi parecía imposible. La luz de las farolas titilaba y los paseantes, todos bien vestidos, disfrutaban del aire fresco de la noche. Inclinó un poco la cabeza y pudo ver el Louvre, elegante como una vieja dama. El Sena avanzaba a su lado, sin prisas, tomándose su tiempo como los amantes que paseaban por la orilla.

Pensó que una de esas noches se escaparía y disfrutaría de París como una turista más. Pero ahora no podía. Tenía que trabajar.

Se giró de un modo tan repentino que estuvo a punto de derribar al único hombre mal vestido de la zona. Era alto y fuerte, de cabello enmarañado, y llevaba una chaqueta de tweed que podría haber pertenecido a su padre, o tal vez a su abuelo, y unos vaqueros tan desgastados que ningún diseñador se habría rebajado a ponerles su nombre.

—Lo siento…

Kimi se apartó del estómago sorprendentemente duro con el que acababa de chocar.

—¿Hablas inglés?

—*Oui*, sí… —respondió ella, algo confundida—. ¿Puedo ayudarte?

El hombre sacó una tarjeta blanca muy parecida a la que ella llevaba en la mano.

—Estoy buscando el número cuarenta y cinco.

Kimi parpadeó.

—¿Por qué?

Esta vez fue él quien se sorprendió.

—Por una fiesta a la que debo asistir. Creo que es una fiesta de moda o algo así.

—Una fiesta de moda —repitió ella.

A Kimi le pareció una forma especialmente extravagante de referirse a la semana de la alta costura. Como decir que la Mona Lisa era un simple garabato.

El hombre la miró desde arriba, lo cual le pareció desconcertante porque Kimi era muy alta y no estaba acostumbrada a sentirse pequeña. Tenía gafas de montura de metal y expresión de

intelectual. Parecía estadounidense y estaba tan fuera de lugar que su presencia era todo un insulto al mundo de la moda.

—Sí, la organiza una diseñadora de moda —comentó él—. Y vas tan bien vestida que he pensado que estarías informada.

—Yo también estoy invitada. Es aquí mismo.

Él suspiró.

—Gracias. Le enseñé la invitación al taxista, pero me ha echado del coche antes de llegar al edificio que buscaba —explicó.

—No quiero parecer maleducada, pero… ¿qué estás haciendo aquí?

—Soy fotógrafo del *Minneapolis Daily Tribune*.

—Comprendo —dijo ella, observándolo con más atención—. ¿Qué le ha pasado a Harold Vine?

—¿A quién?

La respuesta del hombre fue extraña como todo lo demás. Le parecía imposible que trabajara para el *Daily Tribune* y no conociera al redactor que se había encargado de la información de la moda durante los cinco años anteriores.

—A Harold Vine —repitió—. Era el fotógrafo habitual de tu periódico.

—Ah, sí, Harold… Pues no lo sé, la verdad. Supongo que estará enfermo. Me llamaron a última hora para que viniera a París. Normalmente trabajo por mi cuenta.

Para entonces, Kimi había tenido ocasión de mirarlo mejor. Llevaba una camisa terrible, que resultó ser de franela; y sus botas estaban tan sucias como si acabara de llegar de una excursión por el Himalaya.

—Es la primera vez que haces esto, ¿verdad?

—Por supuesto que no —afirmó, ligeramente indignado—. He hecho miles de fotografías. Y algunas francamente complicadas, debo añadir…

—No, me refería a que es la primera vez que cubres la información de una fiesta de la alta costura —puntualizó.

—¿En París? Sí —dijo a la defensiva.

—Qué extraño. Si has estado en otros actos, debería acordarme de ti…

Kimi estaba completamente segura de que se habría acordado. No sólo por total falta de elegancia en el vestir, sino por la forma en que la miraba: en el mundo de la moda no había muchos hombres que no fueran homosexuales.

—¿Vives en París? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—Me encantaría, pero no… vivo en Manhattan.

—Qué curioso. Tu acento es de Estados Unidos, pero pareces europea.

—Bueno, mi ropa es francesa y yo soy medio italiana. Pero nací y crecí en Nueva York.

—Pues Nueva York es una ciudad afortunada…

Kimi pensó que, al margen de vestir como un campesino, era un hombre encantador y francamente sexy.

—¿Entramos? —continuó él.

—¿No vas a cambiarte antes de ropa? ¿No tienes nada que preparar? —preguntó, señalando la bolsa que colgaba de su hombro.

—Eso es mi cámara.

—Ya.

Ella se encogió de hombros. A fin de cuentas no era fotógrafo de su publicación. Y por otra parte, su presencia añadiría interés a la velada.

Mientras avanzaban, él miró la alfombra roja y comentó que era muy elegante. Kimi se dijo que si le parecía elegante la alfombra, se quedaría absolutamente pasmado cuando entrara en el edificio.

Al llegar a la puerta, ella presentó su invitación.

—*Bonsoir, mademoiselle* —dijo el guardia de seguridad.

Pero su reacción fue completamente distinta cuando el fotógrafo del *Daily Tribune* se acercó a él.

—*Un moment, monsieur. S'il vous plait.*

—¿Qué ha dicho?

—Que esperes un momento.

Él suspiró con disgusto.

—¿Y este tipo quién es? ¿Un policía de diseñadores?

Ella sonrió.

—Sí, exactamente eso. Y si no haces lo que te digan, te pondrán de patitas en la calle.

El portero soltó una retahíla de palabras en francés que básicamente significaban que no podía entrar con esa bolsa. Kimi se lo explicó y el fotógrafo abrió la bolsa y le enseñó su contenido.

—Regístrela si quiere. Es mi cámara. Soy fotógrafo —dijo en voz muy alta.

—Y él es francés, no sordo —comentó Kimi.

El guardia sacudió la cabeza y se giró hacia ella.

—*Pas de sacs dans le salon* —ordenó.

—Dice que no puedes entrar con esa bolsa.

El fotógrafo agarró la bolsa con más fuerza y Kimi echó un vistazo al interior. La fiesta estaba en su apogeo. Deseó entrar y mezclarse con el resto de los invitados. Además, el pequeño drama con el desconocido empezaba a resultar tedioso.

Se giró hacia él, lo miró y dijo, antes de marcharse:

—Espero que lo soluciones.

Las elegantes habitaciones estaban atestadas de gente, y los camareros iban de un lado a otro con bandejas cargadas de copas de champán.

Kimi metió tripa en uno de los pocos lugares del mundo en el que una mujer de metro setenta y cuatro de altura y cincuenta y nueve kilos de peso podía considerarse gorda.

Todos los presentes, desde los famosos hasta las modelos, pasando por los diseñadores y por los simples amantes de la moda, eran guapos y estaban delgados o tenían el dinero suficiente para operarse y parecerlo. Los trajes y los vestidos que llevaban costaban muchos millones, y el precio de los collares, pendientes, brazaletes y anillos excedía cualquier cálculo posible.

No había nada que le disgustara en aquel mundo. Adoraba el aroma a perfume caro, el glamur, el oropel y la mezcla de más de una docena de idiomas. Por suerte, Kimi hablaba tan bien el francés y el italiano como el inglés, de modo que aceptó la copa de champán que le ofreció un camarero y dio un paso adelante.

Se introdujo entre la multitud y se dedicó a saludar a los periodistas que conocía, a los ayudantes de los diseñadores y a

algunas de las modelos. Simone, la anfitriona, se había sentado en una silla que casi parecía un trono. Su aspecto era tan adusto como siempre y su vestido, uno de su propia colección, tan negro como siempre. Nunca llevaba prendas de colores.

Hablaba en un francés rápido y sus manos no permanecían quietas ni un solo segundo. La gente que se agolpaba a su alrededor escuchaba atentamente todas sus palabras. Incluso Mark Apple y Nicola Pietra quedaron relegados, por una vez, a un segundo plano. Aquella fiesta era la fiesta de Simone.

Kimi comprendió que no conseguiría acercarse a ella y echó un vistazo a su alrededor para intentar decidir con quién podía hablar. Justo entonces, vio al fotógrafo. Había conseguido entrar, pero sin la bolsa.

Lo miró durante un momento y le pareció que su actitud era demasiado observadora incluso para ser fotógrafo. Parecía estar vigilando. Y la copa de champán que llevaba en la mano aumentaba la sensación de que no pertenecía a ese mundo. Era evidente que no era un hombre de bebidas con burbujas.

Su mirada absorbió las caras y los trajes alegres de toda la gente guapa que lo rodeaba y de repente se detuvo en ella. A Kimi le pareció un lobo solitario que se hubiera introducido en una pajarera de aves exóticas. Tenía aire de depredador y un fondo de peligro. Aunque su aspecto exterior fuera desastrado, tuvo la absoluta seguridad de que podía acabar con todos ellos en un santiamén y marcharse sin dejar nada salvo un montón de plumas.

Nadie hablaba con él. Era la quintaesencia del hombre fuera de lugar. Y Kimi se estaba preguntando si debía ser buena y presentarle a algunos de sus conocidos cuando vio que Brewster Peacock se le acercaba.

En un campo tan cruel como el periodismo de famosos, Peacock se llevaba la palma. Todo el mundo leía su columna de prensa, venenosa y cruel como la mordedura de una avispa. Pero normalmente sólo atacaba a los más indefensos: la modelo que volvía al trabajo después de un tratamiento de rehabilitación, el diseñador caído en desgracia que intentaba salir a flote y otras gentes por el estilo. Vivía con el lema de que la pluma era más

fuerte que la espada, o más bien, de que el ordenador era más poderoso que los juicios por injurias. Sus palabras habían destruido la reputación de muchas personas.

Kimi no tenía nada que temer. Peacock siempre la había tratado bien e incluso la había votado en su columna como una de las mujeres mejor vestidas del mundo de la moda. Pero le causaba tanto recelo como una serpiente de cascabel.

Una mujer inteligente habría dejado al hombre alto, extraño y mal vestido a merced de la serpiente; pero su madre la había educado bien y le había enseñado a ser solidaria con los más desfavorecidos. El fotógrafo no conocía los entresijos del mundo de la moda, y su carácter no le serviría de nada si arruinaba su carrera antes de tener la ocasión de hacer su primera fotografía.

Se acercó a la extraña pareja. El nombre real del columnista era Boris Pushkoski, pero su seudónimo periodístico, Brewster Peacock, le sentaba mucho mejor. En inglés, «peacock» significaba «pavo real», y a Brewster le encantaban los colores llamativos. Esa noche se había puesto un esmoquin de terciopelo azul, una joya de la década de 1920 que parecía de Dior. Era rubio teñido, llevaba el pelo corto y afirmaba haber sido el inventor de la moda de que los hombres llevaran pendientes, lo cual era probablemente cierto. De hecho, llevaba dos diamantes pequeños en el lóbulo.

Parecía tener entre cuarenta y cincuenta años. Sin embargo, Kimi sospechaba que también lo habría parecido unas décadas antes. La cirugía estética hacía milagros.

Ya casi había llegado a su altura cuando Brewster preguntó:

—¿Qué te parece la moda del *décolletage* hasta el ombligo?

—Lo siento, no entiendo el francés —respondió el fotógrafo.

Sin pensar lo que hacía, Kimi soltó una carcajada como si fuera el chiste más gracioso que había oído en varios meses.

—Disculpadme, pasaba por aquí y he oído vuestra conversación. Me alegra observar que todavía somos capaces de reirnos de nuestro propio negocio —dijo Kimi—. Brewster… ¿cómo estás? Te he echado mucho de menos.

Kimi se acercó y le dio los besos de rigor.

—Kimi, *ma petite*… —dijo él, mirándola con sus ojos azules—. Estás tan fabulosa como siempre. ¿Con quién te has acostado para conseguir esa falda?

El fotógrafo reaccionó con sorpresa y bajó la mirada a la prenda de Kimi, que sonrió con dulzura.

—Ah, eso es un secreto…

Brewster volvió su atención al fotógrafo.

—Nuestro amigo también debe de tener un diseñador secreto.

—Ya te lo he dicho. Su sentido del humor es altamente censurable.

El columnista arqueó una ceja.

—¿Es que lo conoces?

Kimi no sabía lo que estaba haciendo. Por alguna razón incomprensible, se estaba jugando su reputación por ayudar a un individuo que no sabría distinguir la alta costura de los remiendos de su chaqueta.

Ella se encogió de hombros.

—Claro.

Decidió ser críptica y no dar explicaciones porque sabía que a Brewster le encantaban los misterios. Sobre todo, para poder resolverlos y contar al mundo los secretos que ocultaran.

En un intento desesperado por cambiar de conversación, Kimi añadió:

—Parece que Simone está en buena forma…

Brewster miró hacia el lugar donde la famosa diseñadora aleccionaba a sus seguidores. Por su forma de hablar y de moverse, cualquiera habría pensado que estaba rezando el rosario.

—Siempre encuentra una ocasión para desparramar su sabiduría sobre sus acólitos —dijo Brewster con ironía—. No recuerdo que haya dicho nada interesante en toda su vida… ¿Ya has visto a su último novio? Un checo sarnoso que por lo visto jugaba al hockey. ¿Puedes creerlo? Al hockey…

—No sabía que tuviera novio. ¿Qué ha pasado con su marido?

—Oh, está por ahí, en alguna parte. Supongo que persiguiendo faldas anoréxicas…

—Acabo de ver a Mark Apple y a Nicola Pietra. ¿Tienes idea de cómo es el vestido?

—Bueno, ya te puedes imaginar que no he podido verlo. Pero… se oyen cosas —respondió, muy satisfecho de sí mismo.

A Kimi no le gustaba ser cotilla. Pero no pudo evitarlo. A fin de cuentas, Brewster era el rey de los rumores.

—¿Qué cosas, si se puede preguntar… ?

Él miró a su alrededor con expresión de conspirador y bajó el tono de voz.

—Me han dicho que son dos vestidos.

—¿Dos vestidos? —preguntó en un susurro.

En cuanto notó el brillo en sus ojos azules, supo que la historia era interesante. Parecía Elton John a punto de empezar a cantar.

—Sí, uno para la novia… y uno más pequeño para la niña de la novia.

No era ningún secreto que Pietra y Apple, a los que todos llamaban ApplePie, tenían una niña de dos años. Pero el hecho de que le pusieran un vestido a juego con el de la novia era toda una noticia.

—¿Bromeas?

Brewster había conseguido sorprenderla. Lo cual era, evidentemente, su intención.

—Espera y verás —respondió con una sonrisa—. Pero ahora tendréis que disculparme… tengo que hablar un rato con Valentino.

El columnista se marchó y Kimi miró al supuesto fotógrafo. De buena gana le habría pegado una bofetada.

—Gracias por rescatarme —dijo él.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Quién eres?

—Ya te lo he dicho. Un fotógrafo del *Minneapolis Daily Tribune*.

—Déjate de estupideces. No serías capaz de diferenciar un *décolletage* de un *demitrain*. Nadie te contrataría como fotógrafo de moda.

Capítulo 2

Él arqueó una ceja, pero los ojos que ocultaba detrás de las gafas se clavaron en ella. Acto seguido, sacó una tarjeta y se la dio. Parecía una credencial auténtica del *Daily Tribune*.

—Holden MacGreggor, fotógrafo —leyó Kimi en voz alta.

—En efecto. Yo soy Holden MacGreggor.

Kimi se alegró de que tuviera el buen juicio de no estrecharle la mano a continuación. Le había dicho a Brewster que se ya conocían y ciertamente habría resultado extraño.

—Encantada. Yo soy Kimberly Renton, redactora de moda de la revista *Uptown*.

Kimi volvió a mirar la tarjeta. Como si buscara más información que la que ya le había proporcionado.

—¿Quién es tu directora?

Ella conocía a casi toda la gente del gremio. Incluida la directora de la sección de moda del *Daily Tribune*, que le habría cortado el cuello de haber sabido que se presentaría en la fiesta con ropa de supermercado barato.

—Marsha Sampson. Se suponía que nos conoceríamos aquí.

—¿Es que no la conoces en persona?

Él sacudió la cabeza.

—Pues como te vea con esa ropa, tu primer día será también tu último día —afirmó.

Kimi todavía no sabía lo que estaba pasando. Pero había algo muy raro en ese hombre.

—Soy fotógrafo, no modelo —dijo él, molesto—. A quién le importa lo que me ponga…

—¿Lo ves? Ese comentario demuestra que no eres fotógrafo de moda.

Él la miró con sus ojos color avellana. Y pensó que eran muy atractivos.

—De todas formas, sólo estoy a prueba —añadió.

—¿Y quién te ha contratado?

Esta vez fue él quien la miró con desconfianza. Pero tras unos segundos de silencio, contestó.

—Rhett Markham.

—¿El editor? Pero…

—¿Qué te parece si salimos de aquí y tomamos algo en alguna parte? —la interrumpió.

Kimi ya había saludado a todas las personas a quienes tenía que saludar. Pensaba quedarse un poco más, pero ya había hecho su trabajo y podía marcharse cuando quisiera. Además, había estudiado periodismo porque tenía un sentido muy desarrollado de la curiosidad. Y aquel asunto era tan extraño que supo que necesitaría fumarse un cigarrillo cuando supiera lo que pasaba.

—¿Por qué?

—Porque necesito que me echen una mano con cierto problema. Y tengo la impresión de que tú podrías ser la persona adecuada —respondió él.

Kimi sintió una especie de descarga eléctrica entre ellos.

—Bueno, no se puede negar que es una excusa original…

La sonrisa lenta y sensual del supuesto fotógrafo demostró claramente que él también había sentido la descarga.

—No son palabras para ligar contigo. Créeme: cuando decido actuar, no soy un hombre sutil. Necesito tu ayuda como profesional de la moda. Lo digo muy en serio. Pero no puedo contártelo aquí.

Kimi era una mujer moderna, con toda la desconfianza de una mujer moderna que vivía en Manhattan. Pero tenía su teléfono móvil y su madre se había empeñado en que estudiara artes marciales en la adolescencia, así que se sentía razonablemente a salvo con aquel

tipo. Por otra parte, confiaba lo suficiente en su instinto como para saber que no corría ningún riesgo.

—Muy bien. En tal caso, propongo que nos vayamos ahora mismo.

Kimi le tomó del brazo y lo llevó hacia la salida.

—Siento las prisas —añadió—. Pero esa mujer de aspecto terriblemente agresivo y cabello rojo es tu directora…

Él miró a Marsha Sampson e inclinó la cabeza para esconderse.

—Dios mío…

Salieron tan rápida y sutilmente como pudieron. Cuando llegaron a la entrada, él recogió su bolsa y los dos desaparecieron en la oscuridad.

Era una noche fresca y tranquila en una típica calle europea, llena de preciosos balcones de hierro forjado. Y olía a París. A una mezcla de árboles y pan caliente.

—¿Conoces este barrio? —preguntó él.

—Sí. Pero si nos quedamos aquí, nos encontraremos con alguien del mundo de la moda —respondió ella—. Alejémonos un poco. A un par de manzanas hay varios cafés donde estaremos a salvo.

—Me parece bien.

Él empezó a caminar con largas zancadas. Pero bajó el ritmo enseguida porque ella no podía seguirlo con los zapatos de tacón alto.

—¿Cómo puedes caminar con esas cosas?

—Están pensados para ser bellos, no para salir de excursión —respondió.

Él sonrió.

—Seguro que no has ido de excursión en toda tu vida.

Kimi no se molestó en contestar, pero él habría perdido la apuesta. Había perdido demasiados meses en los odiosos campamentos de verano a los que la enviaba su madre en su adolescencia. Se suponía que eran perfectos para desarrollar el carácter y la autoestima de los jóvenes, pero resultaban inmensamente aburridos. Y por otra parte, ella sólo había querido estar en la ciudad y con sus amigos.

Su pobre madre la había criado con intención de convertirla en una adulta contenida y fría como ella, pero consiguió una rebelde

obsesionada con la moda. Eran una pareja muy extraña. Kimi suponía que el sentido de la estética lo había heredado de su padre, italiano mujeriego y una de las mayores locuras de su madre. Como padre no había sido gran cosa, pero en cierta forma le debía su carrera.

Cuando su madre se quedó embarazada, él le pidió que se casaran; pero Evelyn Renton estaba estudiando en Yale y no quiso casarse. Rechazó la oferta, aunque le pidió que ayudara económicamente al mantenimiento de su hija. Y Kimi terminó con una buena cuenta bancaria.

Sin embargo, no llegó a conocerlo. Él se casó más tarde y tuvo cuatro hijos. Durante cierto tiempo, Kimi jugueteó con la posibilidad de formar parte de una familia italiana grande, ruidosa y feliz, pero no tardó en comprender que su padre no tenía la menor intención de presentarle a su esposa ni a sus hermanastros.

Al final, el francés y el italiano que había aprendido con la esperanza de que su padre cambiara de opinión, le resultaron muy útiles en su vida profesional.

De vez en cuando entraba en Internet y buscabas noticias sobre él. Y le gustaba creer que él hacía lo mismo con ella.

—¿Qué te parece ese sitio?

La voz de Holden la devolvió a la realidad. Se refería a un café situado en una esquina tranquila.

—Perfecto.

Entraron en el local. Normalmente, Kimi habría preferido sentarse en la terraza y disfrutar de las vistas, pero tenía la sensación de que la conversación iba a ser interesante y de que no convenía que los vieran juntos.

Holden pidió una cerveza y ella una copa de vino. Cuando ya les habían servido, él se levantó y se excusó. Volvió un par de minutos después, con el teléfono móvil en la mano.

—Rhett Markham está al aparato. Quiere hablar contigo.

A Kimi le sorprendió. Pensaba que había ido al cuarto de baño. Nunca habría imaginado que llamaría a su editor.

—¿Dígame?

—¿Kimi? Soy Rhett Markham.

—Rhett… ¿qué tal estás?

—Muy bien, gracias.

—¿Y tu esposa?

—Louise está perfectamente, como siempre. Echa de menos la redacción, pero ya sabes que esperamos que el bebé llegue el mes que viene. Le diré que has preguntado por ella —respondió—. Mira, Kimi, hay un asunto importante en el que tal vez nos podrías ayudar… Le he dado permiso a MacGreggor para que te lo cuente todo. Pero contamos con tu discreción. ¿Lo comprendes?

Kimi empezaba a pensar que la habían metido en una película de serie B.

—Por supuesto. Me estás pidiendo que mantenga la boca cerrada —dijo ella—. ¿Y bien? ¿Qué sucede?

Kimi había reconocido la voz de Rhett Markham, y el editor había entendido que la pregunta sobre Louise sólo era una forma como otra cualquiera de confirmar que efectivamente era él y no un impostor.

—He contratado a MacGreggor por una cuestión importante. Si puedes ayudarle, te estaré muy agradecido.

La respuesta de Rhett la dejó perpleja. No era su editor, de manera que no podía premiarla con unos días de vacaciones o una paga extra. Pero decidió que escucharía lo que Holden MacGreggor tuviera que decir y que dejaría su decisión para después.

Cuando terminaron de hablar, le devolvió el móvil al supuesto fotógrafo y arqueó las cejas.

—¿Le has llamado para que confirmara que soy quien digo ser?

—Sí.

—Bueno, pues ya basta de tonterías. Me siento como si estuviera en una película de James Bond. ¿De qué va todo esto?

—Tendrás que mantener en secreto lo que te cuente.

Ella alzó los ojos al cielo.

—Eso ya lo he entendido.

—Soy detective privado. Es verdad que Markham me ha contratado, pero intervengo en una investigación internacional sobre ciertos hechos delictivos que afectan al mundo de la moda. Hemos hecho todo lo posible por actuar con discreción.

—¿Actuar con discreción?

Empezaba a estar realmente intrigada. Ahora ya no le parecía una película de 007, sino una novela del detective Phillip Marlowe.

—El asunto empezó hace un par de años, durante la presentación de la campaña de moda de primavera… lo que quiere decir que fue en otoño, ¿verdad?

—Sí, en efecto. Las presentaciones se suelen hacer dos estaciones antes. Si es para primavera, se presentan en otoño.

—Aquel año desapareció una pieza importante de la Casa de Siena.

Kimi asintió.

—Lo recuerdo. Era un vestido que estaba en el catálogo y que no llegó a la pasarela. La explicación oficial fue que se había retirado.

Lo del vestido no había despertado ninguna sospecha porque era algo relativamente habitual. Había mil y una razones para retirar un vestido. La más frecuente, que había sufrido daños irreparables.

—Pues bien, lo robaron.

Ella lo miró con asombro.

—¿Que lo robaron? ¿Estás seguro? Nuestros sistemas de seguridad son muy eficaces…

—Sí, estamos completamente seguros. Y no llegó a aparecer —respondió Holden—. Además, hemos sabido que casi todas las casas de moda importantes han perdido un vestido durante los últimos cinco años. Todos pensaron que se habrían estropeado por algún accidente. Pero alguien habló con el amigo de un amigo y al final cayeron en la cuenta de que todos los sucesos tenían detalles en común. Tras muchas discusiones y unas cuentas reuniones, varias de las casas decidieron investigar con discreción.

—¿Y estás aquí para investigar la desaparición de esos vestidos?

—No. Tenemos motivos para creer que se va a producir otro robo. He venido para detener al ladrón y reunir pruebas contra sus jefes.

—Genial…

A Kimi siempre le habían gustado las novelas de detectives. Y aquella historia resultaba aún más convincente porque el hombre que estaba sentado ante ella, y que apenas había tocado su cerveza,

era la viva imagen de un personaje de serie negra: alto, duro, impresionante, inescrutable y mal vestido.

—De modo que te haces pasar por fotógrafo —añadió.

—Sí. Pero soy un gran fotógrafo de verdad —dijo él—. Digamos que la fotografía me ayuda a equilibrar el presupuesto.

Ella arrugó la nariz.

—Oh, sí, ya imagino el tipo de fotografía al que te dedicas… Pillar a parejas en plena función. Seguro que es un gran trabajo.

—No, yo no llevo casos de divorcios —afirmó, ligeramente ofendido—. Hago fotografías de la naturaleza.

—¿De la naturaleza? ¿Osos, ciervos y cosas así? —preguntó, asombrada—. ¿Y crees que eso es lo mismo que venir a París y fotografiar a supermodelos que llevan vestidos de alta costura?

—Créeme, he fotografiado a los animales más peligrosos y más difíciles de encontrar. Y aunque mi trabajo no aparezca en Vogue, se publica en *National Geographic*, *Nature* y *Midwest Outdoors*, entre otras.

—Tus credenciales son impresionantes. Pero nunca has trabajado en el mundo de la moda. ¿Tienes idea de lo deprisa que se mueven las modelos?

—Muchos de los animales que fotografío se mueven a una velocidad diabólica. Me han mordido, picado, arañado, empujado y pisoteado, pero siempre hago la fotografía.

—Vaya… hasta es posible que tengas lo que hay que hay que tener para este negocio —ironizó.

Kimi seguía sin entender del todo aquel asunto. Era evidente que Rhett defendía intereses importantes y que Holden MacGreggor no le iba a dar más información que la estrictamente necesaria. Pero sentía curiosidad. Quería saber si sospechaban de alguna casa en concreto, si tenían pistas seguras o si caminaban a ciegas. Holden había sido tan vago en sus explicaciones que ni siquiera sabía quiénes habían sido las víctimas de los robos.

El mundo de la moda siempre le había parecido muy divertido. Pero sospechaba que aquella semana iba a ser especialmente memorable.

—¿Y qué quieres que haga?

—Tú estás dentro. Conoces a toda la gente y puedes ayudarme a… navegar por esas aguas —respondió.

—¿Y qué habrías hecho si no me hubieras conocido?

Él se frotó la mandíbula.

—Pensé que sería más fácil. Pero es obvio que me equivoqué.

—Comprendo.

—No saques conclusiones apresuradas. Se suponía que este trabajo lo iba a hacer mi compañera, que sabe bastante más de moda que yo.

Kimi lo miró con interés. Con la mención de su compañera podía referirse a una relación puramente profesional o a otra cosa bien distinta. Pero se dijo que no era asunto suyo. Tenía un negocio entre manos y no parecía ninguna broma.

—¿Y qué ha pasado?

—La llamaron para que declarara en un caso en el que trabajamos el año pasado —respondió, encogiéndose de hombros—. Tuvimos que cambiar los planes. Y aquí me tienes.

Ahora parecía evidente que la relación con su compañera era profesional. Pero eso no significaba que no fuera, también, romántica.

Tomó un poco de vino, lo miró y dijo:

—Así que pretendías hacerte pasar por fotógrafo e introducirte en nuestro mundo.

—Exacto.

—¿Toda la ropa que tienes es como la que llevas?

Holden bajó la mirada como si no recordara lo que se había puesto. Y a ella no le extrañó en absoluto. De haber estado en su caso, habría hecho lo posible por olvidar.

—Me temo que sí. Pantalones frescos para el verano y distintos tipos de botas según el terreno que tenga que recorrer.

Kimi pensó que tal vez le estaba tomando el pelo. Pero daba igual.

—Pues espero que tengas una buena cuenta bancaria. Y si no es así, tendrás que negociar con tus jefes para que aumenten vuestro presupuesto —afirmó—. Porque, querido amigo, antes de que yo te acompañe a ningún acto en París, tendremos que ir de compras.

Capítulo 3

—¿Quieres que tire mi ropa?

Holden no parecía nada entusiasmado con la idea. Kimi supuso que a ella tampoco le habría gustado que le pidiera que se pusiera unas botas de montaña y se internara en alguna selva para fotografiar a una mangosta extraña y huidiza.

Pero al mirarlo, se sintió extrañamente entusiasmada. Tenía un cuerpo por el que muchos hombres habrían matado, unos rasgos increíbles y una gran mata de pelo. Era un diamante en bruto. Con la ropa adecuada, los accesorios necesarios y un buen corte a navaja, quedaría perfecto.

Aquella expedición prometía ser divertida. Por lo menos para ella.

Era evidente que los pensamientos de Holden iban en la misma dirección, aunque fueran menos placenteros. La miró con ojos entrecerrados, como un pistolero de spaguetti western.

—No pretenderás convertirme en un impresentable como el del esmoquin azul, ¿verdad?

Kimi le devolvió el mismo tipo de mirada. Si quería su ayuda, tendría que hacerlo a su modo.

—Cumplirás mis normas al pie de la letra. Quieres que te ayude, y no sólo vas a ir de compras conmigo, sino que además comprarás exactamente lo que yo te diga —afirmó.

—Pero tendré derecho a veto.

Ella pensó que sus ojos eran realmente bonitos. De color avellana, con vetas doradas y verdes que la distrajeron durante unos segundos.

Sin embargo, recobró la compostura y se recordó que aquello era un trabajo.

—Sólo un veto en todo el día.

Él la miró con repulsión.

—¿En todo el día? ¿Pretendes que desperdicie un día yendo de compras?

—Por supuesto. Aunque será difícil que lo consigamos todo en tan poco tiempo.

Holden sacudió la cabeza.

—No, nada de eso. Dos horas de compras y cinco vetos.

Kimi no sabía cómo lo había conseguido, pero aquel hombre empezaba a resultarle interesante. Y muy molesto.

—¿Quieres que te ayude o no?

—Odio ir de compras —declaró.

Ella dejó la copa de vino a un lado.

—Mira, si yo necesitara tu ayuda para subir al Everest, por ejemplo…

Él soltó una carcajada. Obviamente, no la creía capaz ni de subir una escalera. Pero ella hizo caso omiso de la interrupción.

—Si necesitara tu ayuda —continuó—, acataría tus consejos en cuestión de equipo y ropa porque ése es tu mundo y tú eres el experto. Pues con la semana de la alta costura ocurre lo mismo. Es mi mundo y yo soy la experta. Lo haremos a mi manera.

—Tu comparación es algo apresurada. Si subieras al Everest sin el equipo adecuado, morirías en el intento. Yo nunca te llevaría a una escalada tan peligrosa, pero hay peligro en cualquier salida al campo. Y dudo mucho que un acto de la moda de París se pueda considerar peligroso.

Ella sonrió con ironía.

—Está claro que no sueles leer la prensa del gremio. Si ese impresentable, como lo has llamado, decide aprovechar su columna para destruirte… tu carrera como fotógrafo habrá terminado. No volverás a trabajar en moda —afirmó ella—. Y por cierto, se llama Brewster Peacock.

—¿Esa especie de muñequita tiene tanta influencia?

—Desde luego que sí. Y eso significa que la próxima vez que lo veas tendrás que parecer un fotógrafo de verdad y dar conversación como un fotógrafo de verdad.

—Soy un fotógrafo de verdad —protestó.

—Me refiero a un fotógrafo de alta costura. Si quieres entrar en ese mundo tendrás que acatar sus normas. ¿Es que no te has molestado en investigar un poco?

—Bueno, leí un ejemplar del *Vogue* en el avión…

Holden lo dijo a la defensiva. Aunque le hubieran encargado el trabajo a última hora, era consciente de no haber hecho los deberes. Evidentemente, había pensado que el mundo de la moda era pan comido y que podía hacer aquel trabajo sin despeinarse. Pero estaba a punto de comprender su error.

—Ya veo. Y dime, ¿qué colores están de moda este otoño?

—¿Este otoño? ¿Es que cambiáis de colores como las hojas de los árboles?

—O sea, que no lo sabes. ¿Y la temporada pasada? Vamos, hombre. Si has leído el *Vogue*, se te habrá quedado algo…

—Sólo eché un vistazo a las fotografías —confesó.

—Muy bien, Holden MacGreggor. Entonces no sólo vas a dedicar un mínimo de cuatro horas a hacer las compras que necesitas, y con un máximo de dos vetos, sino que también pasarás por el… campamento de reclutas para moda.

—¿Campamento de reclutas?

—Es una forma de hablar. Aprenderás todo lo que tengas que aprender sobre botas, zapatos y ropa en general —explicó ella—. Y si eres bueno y haces bien tu trabajo, también estudiarás lencería.

—¿Y cuándo piensas enseñarme eso?

—Primero, te irás a casa y dormirás bien. Lo necesitarás. Empezaremos a las nueve en punto de la mañana —le informó.

Ella se recostó en la silla y pensó que en realidad no tenía tiempo para eso. En ese momento le llegó el aroma a tabaco negro, potente y amargo, y él señaló su copa vacía.

—¿Quieres otra?

Kimi negó con la cabeza.

—No, mañana será un día largo. ¿Nos encontramos en el vestíbulo de mi hotel?

—Como quieras —respondió, sabiéndose derrotado.

Ella se levantó y él hizo lo mismo.

—Te acompañaré a tu hotel —añadió Holden.

A Kimi le pareció un detalle bonito. Por lo menos era un caballero.

Cuando ya estaban en la calle, él dijo:

—¿Por qué no eres modelo? Eres mucho más guapa que la mayoría de las mujeres que estaban en esa fiesta.

Ella no esperaba una declaración semejante. Y como no parecía del tipo de hombres que solían soltar cumplidos de manera habitual, decidió responder.

—Gracias por el comentario… Al principio quería ser modelo. Pero no era suficientemente alta para la pasarela y luego descubrí que mi carrera sería más interesante y más divertida si trabajaba entre bastidores. Además, así no tengo que guardar la línea hasta el extremo de morirme de hambre.

—Y te convertiste en periodista del ramo.

—Siempre me gustó la moda. De niña ya tenía un sentido muy desarrollado de la estética. Volvía loca a mi madre —admitió.

—¿Ella también está en el mundo de la moda?

Kimi rió.

—No, ni muchísimo menos… Es profesora en la universidad de Nueva York. Y odia la moda porque le parece una forma de esclavizar a las mujeres.

—Pero tú no opinas lo mismo.

—No, yo opino exactamente lo contrario. La moda ayuda a las mujeres a expresar lo que llevan dentro —dijo.

—¿En serio?

El detective parecía intrigado por la declaración de Kimi, aunque a juzgar por la forma en que vestía, seguramente habría estado de acuerdo con su madre. En ese momento, un anciano pasó por la acera y ella se apartó para dejarle paso. Su cuerpo chocó con el de Holden y automáticamente sintió la cálida e intensa corriente eléctrica de antes. Supo que en la cama sería magnífico. Lo notaba en sus movimientos, en la confianza de sus largas zancadas, en la

forma en que le dedicaba toda su atención cuando estaban hablando.

—¿Y qué estás expresando ahora mismo?

—¿Cómo?

La pregunta la pilló por sorpresa. Incluso llegó a pensar que había adivinado sus pensamientos.

—Me refiero a qué expresas con la ropa que llevas.

Holden la miró de arriba abajo con detenimiento. No fue una mirada sensual, pero se lo pareció de todas formas.

—Dímelo tú —respondió al fin—. No funciona si tengo que explicarlo.

Kimi pensó que no jugaría a ese juego. Pero él se ajustó las gafas, la observó como si fuera un profesor y dijo:

—Ya sabes que no sé mucho de moda, pero esto es lo que veo: una mujer adulta que todavía se divierte con disfraces.

Kimi arqueó una ceja, pero no dijo nada.

—Y también veo una mujer que sabe lo que vale y conoce el poder de su belleza —añadió.

Ella se estremeció y se sintió algo avergonzada. Holden podía estar en lo cierto, pero Kimi no lo hacía de forma consciente.

—Incluso te pones esos zapatos de tacón alto… —continuó el detective—. Aunque hacen que tus piernas parezcan interminables.

—Me los pongo porque son bonitos.

Él le dedicó una sonrisa repentina y algo animal.

—Tal vez no sea especialista en estética, pero sé perfectamente que no te pondrías nada que no mejorara o realzara tu aspecto.

Ella rió.

—¿Cómo puedes saber eso? Hace sólo unas horas que nos hemos conocido…

—Lo llevas escrito. Tu falda me dice que eres una mujer divertida con un punto frívolo; y la chaqueta, que también puedes ser seria y formal cuando te conviene —declaró, mirándola a los ojos—. Y si me pides una opinión de hombre, también diría que eres una mujer que se siente cómoda con su sexualidad.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Insinúas que voy provocando?

—Por supuesto. Aunque tal vez expreses más de lo que crees.

Antes de que Kimi pudiera aniquilarlo con palabras, para lo cual habría necesitado algún argumento de peso que no tenía, él se acercó a ella y la besó suavemente en los labios.

Sólo fue un roce, un contacto apenas perceptible, pero Kimi sintió que las piernas se le doblaban.

Holden se apartó enseguida. Ella se lamió los labios y notó el gusto a cerveza. Por breve que hubiera sido la experiencia, había notado un fondo tórrido y peligroso.

—¿A qué ha venido eso?

Él señaló el edificio junto al que se encontraban.

—Ya hemos llegado a tu hotel. Buenas noches, Kimi.

Era cierto. Habían llegado a su elegante y magnífico hotel.

—Buenas noches.

Kimi no se volvió a ver si él giraba la cabeza y a miraba antes de desaparecer. No fue necesario. Pudo sentir su mirada en la espalda.

Aquel hombre iba a ser todo un problema.

Kimi despertó con la sensación de estar en el paraíso. Dedicó unos momentos a saborear su presencia en una habitación magnífica de un hotel de lujo de su ciudad preferida. Después, se estiró y pensó en el día que la esperaba con Holden MacGreggor.

Había analizado su caso con detenimiento, observándolo del mismo modo en que Pigmalión, el famoso rey y escultor, habría estudiado un pedazo de arcilla. Los ojos intensos y enigmáticos, las duras líneas de su cara, aquel cabello fuerte. Cuando terminara con él, sobresaldría en una ciudad llena de personas sobresalientes.

Pidió un desayuno consistente en café con cruasanes y zumo de naranja. Al terminar, se duchó y echó un vistazo a su vestuario. Había deshecho las maletas nada más entrar en la habitación, y el armario estaba organizado exactamente como a ella le gustaba: la ropa informal a un lado, la de negocios a otro y la elegante en un lugar aparte.

Los zapatos estaban alineados en relación con las distintas prendas, y su lencería descansaba en varios cajones y envuelta en

papel. La lencería era la debilidad secreta de Kimi, y desde luego pretendía aprovechar la estancia en la capital francesa para aumentar su colección.

Mientras se vestía, encendió la televisión para ver las noticias. Era un ritual diario que no cambiaba nunca y que llevaba a cabo sin prisa alguna. Prefería levantarse pronto antes que renunciar a la hora que dedicaba a vestirse, peinarse y maquillarse a la perfección.

A las nueve menos cinco ya estaba en el vestíbulo del hotel.

Llevaba una lista en la mano. La había escrito la noche anterior y contenía las compras esenciales para Holden MacGreggor.

Aquél iba a ser un gran día.

Holden despertó ojeroso y de mal humor. Habría jurado que la cama olía a perfume, lo cual no habría tenido nada de particular si se hubiera acostado con una mujer. Pero no era así.

Se había quedado despierto hasta bien entrada la madrugada para estudiar el informe sobre el robo del año anterior. Un vestido. Un simple y solitario vestido que había desaparecido de la noche a la mañana. Y le parecía increíble que un pedazo de tela costara más de lo que muchas personas ganaban en toda una vida de trabajo.

Aquello confirmaba su teoría de que el mundo estaba cada vez más loco y de que se vivía mejor en el campo, donde la naturaleza imponía el buen juicio.

Se duchó, abrió la bolsa de viaje, sacó un camisa, unos pantalones y unos calzoncillos limpios, se vistió rápidamente y salió a la calle. Entró en el primer bar que encontró y pidió un café para llevar; pero el camarero no lo entendió o no quiso entenderlo y se encontró sentado en el barra frente a una tacita. Sin embargo, resultó un café excelente. Se lo bebió de un trago y siguió su camino.

Entró en el vestíbulo del hotel de Kimberley Renton a las nueve en punto de la mañana. Supuso que la mujer bajaría tarde y echó un vistazo a su alrededor para ver si tenían periódicos en inglés; pero sorprendentemente, ella ya había bajado y estaba sentada en uno de los sillones. Cuando se levantó, le pareció mucho más atractiva y

más impresionante que las modelos del ejemplar del *Vogue* que había visto en el avión.

Aquella mujer tenía clase. Al conocerla la noche anterior, había dado por sentado que sería parisina; pero si su familia era italiana, resultaba aún más lógico. Su cabello, de color negro intenso, se rizaba lo justo para ganar interés; su piel tendía al dorado; sus labios sabían tan bien como parecían y sus ojos, esos ojos azules y profundos, eran una sorpresa capaz de dejar sin aliento a cualquier hombre.

Le gustaban sus piernas largas y le gustaba que fuera tan alta. Esa mañana llevaba ropa menos formal que la del día anterior, pero no menos elegante. Se había puesto un vestido que se ajustaba perfectamente a su figura y que le despertó el deseo de quitárselo. Era de Prada, como el bolso de piel que llevaba al hombro. Aunque no supiera mucho de moda, sabía lo suficiente para reconocer la marca.

Se acercó a ella con una sonrisa en la cara y la intención de llevarla algún café, seducirla con su encanto y conseguir que olvidara la ridícula idea de ir de compras. Pero su estómago se puso duro como una piedra cuando vio la lista que tenía en la mano. La experiencia le decía que una mujer y una lista eran una combinación nefasta.

Kimi lo miró y cerró los ojos un momento. Holden tuvo la impresión de que se había estremecido, pero se recobró enseguida.

—Buenos días —dijo ella con desenfado—. ¿Has dormido bien?

—He dormido fatal.

Ella sonrió.

—Prueba la melatonina. Es perfecta para los desfases horarios. ¿Preparado?

Holden sólo estaba preparado para volverse a la cama o, mejor aún, para llamar a Rhett Markham y decirle que se buscara a otro. Había supuesto que pasaría un fin de semana fácil, fotografiando a mujeres preciosas mientras investigaba los robos. Ni en la peor de sus pesadillas habría imaginado que tendría que ir de compras con una mujer como Kimberley. Y estaba seguro de que no se iba a divertir.

Pero necesitaba su ayuda, así que asintió.

—Tan preparado como puedo estarlo.

—Excelente. Entonces nos dirigiremos a los Campos Elíseos. Es un paseo corto.

Él bajó la mirada y vio que se había puesto zapatos lisos. En la parte delantera llevaban un logotipo consistente en dos ces entrecruzadas. Dio por sentado que sería alguna marca elegante y rezó para que no fabricara zapatos de hombre.

—Será mejor que empecemos por lo más sencillo, los trajes y las camisas. Luego pasaremos al calzado y a la ropa informal.

Holden pensó que iba a ser un día muy largo.

Pero, a pesar de ser tan mandona, había algo en ella que le gustaba mucho. Aunque su apariencia fuera fría, resultaba sensual. Siempre había huido de las mujeres obsesionadas con la perfección de su pelo, su ropa y su maquillaje. Sin embargo, aquélla no se detenía delante de todos los espejos ni se excusaba constantemente para ir al cuarto de baño y retocarse las cejas o algo por el estilo. Tuvo la impresión de que se preparaba por las mañanas y no volvía a preocuparse por su aspecto durante el resto del día. Interesante.

En cualquier caso, no se podía decir que fuera su tipo de mujer. Pero le gustaba mucho y disfrutaba mirándola, lo cual no tenía nada de malo. Y si podía echarle una mano en el caso y mantener la boca cerrada, mejor que mejor.

Al igual que la noche anterior, tuvo que bajar el ritmo para caminar con ella. Por fortuna, los zapatos lisos le permitían andar a buen paso. E incluso tuvo la sensación de que, con unas buenas botas, sabría seguirlo en la montaña.

Pero no quería pensar en eso.

Los Campos Elíseos eran una de esas calles que, como la Quinta Avenida o Rodeo Drive, nunca estaban entre sus preferencias. Tras un paseo corto, Kimi giró en una esquina y se encontraron en una calle aún más elegante, la Rue du Faubourg Saint-Honoré. Había un montón de tiendas, pero anunciadas de forma discreta, sin carteles de neón ni letreros grandes en los escaparates.

En el fondo, esperaba que su guía se sintiera tan atraída por la moda de mujer que olvidara el objetivo de su misión, pero no tardó

mucho en descubrir que la había juzgado mal. Aunque volvió la cabeza un par de veces y admiró unos cuantos modelitos, no se detuvo hasta que llegaron a su destino.

La tienda en la que entraron tenía una decoración de tonos y blancos y negros, tan minimalista como la ropa que vendía. Había muy pocas cosas a la vista. Y por suerte para él, nada de terciopelo azul.

Un hombre calvo, que parecía de la realeza, se acercó con una sonrisa y dijo:

—*Mademoiselle* Kimi…

Las presentaciones y el beso doble, típico de países como Francia y España pero no de Estados Unidos, dieron paso a un rápido intercambio de frases en francés. Kimi pasó enseguida al inglés, tal vez para que Holden pudiera entenderlos, y explicó el motivo de su visita.

Pero en todo momento hablaron como si él no estuviera presente. Kimi pidió trajes para la semana de la moda, camisas, corbatas, todo tipo de complementos, y antes de que Holden se diera cuenta de lo que pasaba, se encontró delante de un espejo triple y con un sastre acurrucado a sus pies que le tomaba medidas de las piernas.

—Valentino para la ropa formal —dijo Pierre a Kimi—, y Armani o quizás Zanetti para la informal. Te propongo un traje negro de dos botones. Sencillo, que se pueda llevar con corbata o gemelos y que quede bien con una simple camisa abierta. ¿Te parece bien?

Ella asintió y miró a Holden de los pies a la cabeza como si estuviera grabándose su imagen en la memoria. A él le pareció muy extraño. Le encantaba que las mujeres lo desnudaran, pero no estaba seguro de que le agradara que lo vistieran.

—Es un buen comienzo —dijo Kimi—. Pero tiene que estar espléndido.

—Eso sobra decirlo.

Cuando terminaron de tomarle las medidas, permitieron que volviera al probador. Holden se quitó la camisa y se quedó sólo con los pantalones y un cinturón de Prada.

—¿Estás visible? —preguntó Kimi desde el otro lado de la puerta.

—Depende de lo que pretendas decir con eso.

Kimi chasqueó la lengua en gesto inequívoco de que no estaba para tonterías y abrió. Al verlo desnudo de cintura para arriba, sonrió de oreja a oreja y le dio una palmadita en el pecho. Tenía la mano fría.

—Muy bien —dijo—. Estás tal y como esperaba.

En otras circunstancias, Holden se lo habría tomado como un cumplido. Pero ella lo dijo de un modo tan impersonal como si estuviera delante de un maniquí y no de un hombre de carne y hueso que desde luego reaccionaba a su contacto.

La palmadita inocente había bastado para que su pulso se acelerara y el probador le pareciera un lugar extraordinariamente íntimo. Kimi debió de notarlo, porque cambió de actitud y lo miró a los ojos con una atracción obvia incluso para él. Parecía dividida entre su personaje de especialista en moda y su alma de mujer apasionada.

Después, le dio un par de jerseys. Uno era negro y otro era azul con dibujos. Eran de lana y de seda, como comprobó al mirar las etiquetas.

—Pruébatelos.

Kimi desapareció entonces y él pensó que su personaje de especialista en moda había ganado el combate. Pero ahora sabía que dentro de aquel cuerpo latía un corazoncito. Lo había visto en el destello de sus ojos.

Al parecer, aquella relación podía ser interesante. Sobre todo, si conseguía que Kimi deseara desnudarlo y no vestirlo. Y en ese momento le pareció una idea realmente atractiva.

Capítulo 4

—¿Puedes traer algo que pueda ponerse ahora mismo, Pierre?

—Por supuesto, Kimi.

—¿Y qué pensáis hacer con mi ropa?

—Tirarla, desde luego.

A Holden ya lo habían medido, pinchado con alfileres, empujado y vestido. Había llegado el momento de hacerse oír.

—Pero esos son mis vaqueros favoritos…

—Pobre insensato —dijo ella con un suspiro—. Pero está bien, creo que podremos llegar a un acuerdo: salvaremos tus vaqueros si tiramos el jersey azul.

—¿Qué tiene de malo ese jersey?

—No tengo tiempo para explicártelo. Sólo estaremos una semana en París.

—Pero es un jersey muy cálido…

—Sí, eso es lo único bueno que tiene.

Holden la miró a lo ojos y ella le devolvió la mirada con una expresión decididamente coqueta.

—Eres una marimandona.

—Querido mío, si alguna vez estamos juntos en mitad de la nada y nos vemos obligados a sobrevivir con bayas del campo, tú podrás ser todo lo mandón que quieras.

Holden le dio el jersey a Pierre, pero sin dejar de mirar a Kimi.

—No olvides que también sé encontrar bayas venenosas.

Kimi se giró hacia el francés.

—¿Puedes envolverlo todo, menos el jersey, y enviarlo al hotel con el resto de las cosas?

—Desde luego.

Pierre tomó el jersey y se alejó hacia la trastienda, llevándolo como si fuera una rata muerta.

Al salir del establecimiento, Holden llevaba unos pantalones grises, una camisa blanca y negra y un suéter negro. Todavía seguía con las zapatillas deportivas, pero tenía la sospecha de que no le durarían mucho tiempo. Y cuando se detuvieron en una zapatería, supo que había acertado.

Esa vez no se molestó en discutir. Además, Kimi había elegido cosas que realmente le gustaban. Sólo había tenido que ejercer el derecho a veto con una camisa que, según ella, era de color lavanda y, según él, de color rosa.

Todavía le parecía vergonzoso que la gente se gastara tanto dinero en ropa. Pero tras la fiesta de la noche anterior, era consciente de que necesitaba ayuda.

—Sólo llevo zapatos cómodos —le advirtió al entrar.

—Qué suerte tienes —dijo ella.

—Eh, nadie te obliga a llevar esos tacones…

Kimi se encogió de hombros.

—Todos tenemos nuestros gustos. A ti te gustan las botas de montaña y a mí me gustan los zapatos de tacón alto —declaró.

—¿Te has puesto alguna vez unas botas de montaña? Sospecho que tu idea de salir de la ciudad es ir a Coney Island. Y te estás perdiendo una de las experiencias más maravillosas del mundo.

Ella lo miró con humor.

—Si hicieras una apuesta, la perderías —afirmó—. Entre otras aventuras en el campo, hasta llegué a pasar diez días en un campamento de supervivencia para señoritas. Incluía la obligación de estar tres días sola en Colorado, en mitad de ninguna parte. Así que tuve que dormir al raso, comer lo que podía encontrar e intentar que los mosquitos fueran el único bicho empeñado en comerme.

Kimi recordaba muy bien aquellas experiencias. Mientras sus amigos se divertían en la ciudad, su madre se empeñaba en enviarla a lugares a cual más absurdo. Una vez consiguió que la admitieran

en un curso de moda, pero ella se lo impidió porque le parecía frívolo y poco serio.

—Lo sé todo sobre acampadas, amigo mío —concluyó—. Y no es para mí.

Él la miró, negó con la cabeza y sonrió.

—Pero eso fue por obligación. Personalmente creo que tus padres merecerían unos buenos azotes, porque llevar a una persona al campo y abandonarla a la intemperie para que sobreviva por su cuenta es una barbaridad. Así no se aprende a disfrutar de la naturaleza —dijo Holden.

—Eso fue cosa de mi madre. Mi padre no me reconocería ni aunque estuviera delante de sus narices —afirmó ella, con más amargura de la que pretendía—. Pero bueno, sé que sólo quería lo mejor para mí… y en el peor de los casos, aprendí a encender una hoguera con un trozo de cristal y unas cuantas ramas secas.

—Salir a la naturaleza no debería ser una prueba de resistencia. Debería ser divertido.

Kimi se estremeció al recordarlo. Una de las docenas de picaduras de mosquito se le infectó. Desgraciadamente, estaba cerca de un ojo y tuvieron que ponerle antibióticos. Cuando aquel año volvió al instituto, todavía lo tenía hinchado y enrojecido.

—Mi idea de las acampadas consiste en dejar mi vehículo al aparcacoches y pedir que suban la comida a la habitación —afirmó.

—No hay nada como contemplar una salida de sol en un mar, contemplar el vuelo de las águilas y mirar a un ciervo que parece que también está disfrutando del amanecer…

Holden lo dijo con una voz tan suave que Kimi imaginó perfectamente la escena, pero a su lado.

—Es tan tranquilo que lo único que se puede oír son tus propios pensamientos. Y el aire es tan fresco que se puede respirar a pleno pulmón —continuó él—. No hay teléfonos móviles, no hay atascos, no hay…

—No hay cuartos de baño —lo interrumpió.

Él le pasó un brazo alrededor de la cintura.

—Un día, cuando estés preparada, te llevaré conmigo.

—¿Me llevarás de acampada?

—Exacto. Conozco un lugar que te gustaría incluso a ti. Exploraremos un par de días, y si vamos en la época del año adecuada, hasta podremos ver a las orcas que viajan hacia el sur… sé que te gustaría.

—Está bien, me lo pensaré —dijo ella—. Pero de momento, tenemos que conseguirte unos zapatos y… supongo que no tienes gemelos, ¿verdad?

—En casa, en la caja fuerte, tengo unos gemelos que pertenecieron a mi abuelo.

Eran de oro y perlas. Y estaban tan bien guardados que Kimi no podría echarles la mano encima.

Ella lo miró como una viejecita antes de pellizcar los mofletes a un niño y lo llevó a la tienda siguiente en la Rue de Boredom.

—Ah, por cierto, te he reservado hora en mi peluquería preferida —dijo ella, mientras echaba un vistazo al reloj—. Pero vamos bien de tiempo.

—Imagino que perdería el tiempo si te digo que me corté el pelo hace un par de semanas…

Kimi le dedicó una sonrisa enorme.

—En efecto. Lo perderías.

Tras convertirse en dueño orgulloso de un par de zapatos de piel, unos mocasines y unas botas que jamás habría imaginado que compraría, salieron del establecimiento y se dirigieron a la peluquería.

Allí estuvieron una hora más. Kimi se enfrascó en otra conversación en francés, esa vez sobre sus pómulos, su mandíbula y hasta la forma y tamaño de sus orejas. Él estuvo a punto de bromear y decir que le resultaban muy útiles para oír, pero decidió ahorrarse el comentario y dejó que el peluquero hiciera lo que tuviera que hacer.

Sorprendentemente, la sesión acabó con un corte más normal de lo que había imaginado. Se limitaron a cortárselo un poco y darle un poco más de carácter, pero sin añadir tonterías como mechones que le cayeran sobre la frente, coletas o pelos de punta.

Holden pensó que ya habían terminado y dijo:

—¿Qué te parece si nos vamos a comer? Estoy hambriento. Y tampoco me vendría mal una siestecita.

Ella rió.

—Como has sido bueno, te invito a comer en mi suite. Pero antes tendremos que hacer otra parada.

La idea de conocer su suite le pareció excelente. Aunque Kimi lo dijo de un modo tan frío y profesional que sospechó que no era una invitación precisamente lúdica.

La siguiente parada resultó ser una librería enorme con libros y revistas en todos los idiomas conocidos. En cuanto entraron por la puerta, ella empezó a escoger publicaciones de moda; incluidas algunas en francés e italiano. Y Holden tuvo la horrible impresión de que no las quería para ella.

Al final, pagaron la compra, volvieron al hotel y subieron a la suite de Kimi.

—Bueno, yo pediré la comida mientras tú empiezas.

—¿Empezar? ¿Con qué?

Kimi tomó una de las bolsas llenas de revistas y la vació en la mesita.

—Con tu acampada de moda.

—Oh, no, por favor…

Ella caminó hasta un mueble que podría haber pertenecido a Napoleón y Josefina, abrió un cajón, sacó un bolígrafo y una libreta y los dejó a su lado.

—Toma notas. Quiero saber quiénes son los diseñadores más importantes, por qué lo son y cuáles son los colores de moda para esta temporada y para la siguiente. Ah, y quiero que seas capaz de reconocer los modelos. Tienes que aprender a distinguirlos a simple vista. Si no lo aprendes, todo el mundo sabrá que eres un vulgar aficionado.

—Está bien, está bien, lo he entendido…

Holden tomó la primera de las revistas y la abrió.

—No comprendo que Rhett eligiera a una persona que no sabe nada de moda —dijo ella, con un gruñido.

—Bueno… sé que tu bolso es de Prada —comentó él.

—Qué bien —se burló—. En fin, puede que al final de la tarde ya sepas reconocer las marcas de mis zapatos y de mi vestido.

Holden pensó que, definitivamente, iba a ser un día muy largo. Pero no podía imaginar que también se extendería a la noche. En determinado momento, Kimi le informó de que debía marcharse a una cena de negocios y de que sería mejor que no la acompañara.

—Pero…

—Pide que te suban más comida. Estoy hablando muy en serio, Holden. Tienes que conocer bien tu trabajo. O te echarán en cuanto tengas que reunirte con tu redactora jefe.

—De acuerdo…

Holden sabía que Kimi tenía razón, pero eso no significaba que le agradara la perspectiva.

—Mira, me llevaré todo esto a mi hotel y seguiré trabajando —continuó—. Además, tengo que hacer unas cuantas llamadas.

Ella lo miró con desconfianza.

—Te advierto que pienso hacerte un examen.

Él se levantó y se acercó a ella un poco más de lo necesario. Kimi arqueó una ceja y le dedicó una mirada tan azul como fulminante.

—Sea cual sea el examen que tengas en mente, sé que lo aprobaré —dijo.

Holden se llevó la enorme satisfacción de dejarla boquiabierta y con mirada de asombro. Después, giró en redondo, recogió las revistas y se marchó.

Capítulo 5

El sonido del teléfono le despertó. Estaba soñando que un asesino intentaba estrangularlo, y el ruido del aparato provocó que se sentara en la cama, abriera los ojos y recordara mejor el sueño. No era ningún asesino. Simplemente, en el sueño llevaba pajarita.

Extendió un brazo y descolgó el auricular.

—¿Dígame?

—Has hecho que te cambien de puesto…

Era Kimi. Y parecía muy enfadada por el resultado de las dos llamadas telefónicas que había hecho la noche anterior.

—Pensaba decírtelo esta mañana. Pero, ¿cómo lo has sabido?

Ella hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Por qué lo has hecho?

—Bueno, lo pensé detenidamente y llegué a la conclusión de que hacemos buena pareja. Sabes que soy detective y estás dispuesta a ayudar. De esta forma no tendré que fingir ser alguien que no soy, ni enfrentarme a una redactora jefe que seguramente me haría picadillo —explicó.

—Te crees muy listo, ¿verdad?

—Sí, y con una inteligencia por encima de la media. ¿Por qué estás tan enfadada?

—Porque no me gusta que me metan en líos sin mi permiso. Y no me gusta que la gente actúe a mis espaldas y complique mi carrera —respondió—. Por si no te habías dado cuenta, la semana de la alta costura es mi carrera.

—Pero dijiste que me ayudarías…

—En mis ratos libres y con discreción. Yo trabajo en este mundo. No soy detective. Tengo mis prioridades —afirmó.

—Está bien, tienes razón…

Holden se pasó una mano por el pelo. De haber sabido que tendría que enfrentarse a Kimi a primera hora de la mañana, se habría tomado un café bien cargado.

—No ha sido nada premeditado —continuó él—. Anoche volví al hotel, terminé de estudiar las revistas y estuve pensando un rato. La situación me pareció tan complicada que se me ocurrió la idea de que me pusieran a tu servicio. Pero ya era demasiado tarde para llamarte.

—Podrías haber esperado a hoy. Podrías haber hablado conmigo para preguntarme si me parecía bien —declaró.

—Es verdad, pero debía actuar con rapidez. Y pensaba contártelo esta misma mañana… créeme.

—Ya, claro, pues imagínate la sorpresa que me he llevado cuando mi director ha llamado esta mañana y me ha dado la noticia. Esperaba que me enviaran a un fotógrafo milanés especializado en moda, pero me ha dicho que ha cambiado de idea y ahora te tengo…a ti.

—Bueno, tampoco es tan terrible. Además, ¿no te parece que ayudar a resolver una serie de delitos internacionales es más importante que tu carrera?

—No. No me lo parece en absoluto.

Holden decidió probar otra táctica.

—¿Y cómo sabes que no soy mejor fotógrafo que tu colega de Milán?

—Venga ya. En primer lugar, él ha estado como fotógrafo en todos los actos importantes de los tres últimos años; y tú, en ninguno. Y en segundo lugar… estudió con Richard Avedon —espetó.

—Guau. Impresionante.

—Por supuesto que lo es. Por no mencionar que él entiende de moda y tú no tienes ni idea. Es más: la moda le gusta. Incluso viste a la moda —dijo para intentar molestarlo.

—Está bien, no sigas por ese camino. Es evidente que estás enfadada.

—¿Enfadada? Estoy bastante más que eso —dijo—. Brewster Peacock sospechó de ti en cuanto te vio. Si trabajamos juntos y decide acabar contigo, me arrastrará en tu caída. Ese hombre puede destruir mi futuro.

—Entonces nos aseguraremos de que no tenga esa posibilidad. Haré unas fotos magníficas —aseguró.

—¿Cómo?

—Soy alto. Puedo mirar por encima de las cabezas de todos esos enanitos franceses —respondió—. ¿Cuánto mide tu fotógrafo de Milán?

—Un metro ochenta y cinco.

Era más alto de lo que Holden había imaginado, pero dijo:

—Bueno, pues le saco un par de centímetros.

Kimi suspiró.

—Si tengo que trabajar contigo, qué se le va a hacer. Pero no me gusta que actúes a mis espaldas y me reorganices las cosas. Tendrás que poner tanta energía y dedicación en tus fotografías para *Uptown* como en tu trabajo de investigador. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero eso sobra decirlo. Yo también tengo mi orgullo profesional.

—Me alegro. Porque si tus fotografías son malas…

—No lo serán —la interrumpió.

Holden oyó que Kimi suspiraba largamente, como si se estuviera conteniendo y no quisiera decir ninguna barbaridad.

—Está bien. Y ahora, pasemos a lo que te vas a poner hoy.

—¿Cómo? —preguntó él—. ¿Vas a decirme lo que me tengo que poner?

—Confía en mí. Te estoy haciendo un favor.

Kimi empezó a hablar y le dio instrucciones concretas sobre la ropa que debía ponerse. Holden no sabía si le agradaba la idea de que lo vistieran, pero no sabía moverse en el mundo de la moda y dio por sentado que sería lo más oportuno.

De todas formas, pensó que debía tener cuidado con ella. Era demasiado mandona.

—Te recogeré a las once y media e iremos juntos a la comida patrocinada por el Consejo de la Moda —dijo ella.

—Sería mejor que me dieras un programa con los actos donde me necesitas y las horas. Pero me temo que no podré acompañarte a la comida. Iré después.

—¿Y por qué no puedes venir? —preguntó con frialdad.

—No te lo puedo decir.

—Me han condenado a trabajar contigo en contra de mis deseos. El único motivo por el que evito un conflicto y no salgo ahora mismo a buscar a mi fotógrafo es porque quiero ayudarte con tu caso. Así que déjate de tonterías. ¿A quién vas a ver?

Holden sabía que reaccionaba así porque estaba molesta con el cambio de fotógrafo, pero de todos modos tenía razón. Había muchas cosas que no podría contarle durante la semana siguiente, pero responder a esa pregunta era preferible a perder su ayuda y tener que buscar a otra persona. Para bien o para mal, ahora formaban un equipo. Y tendría que confiar en ella.

Por lo menos, un poco.

—A mi contacto en la Interpol. Tenemos que intercambiar información.

—¿En la Interpol?

Kimi reaccionó con sorpresa. Parecía impresionada. Y Holden se alegró, porque eso la haría más proclive a cooperar con él.

—En efecto. Pero es confidencial, así que no se lo digas a nadie.

—Vaya, hombre, y yo que pensaba publicarlo en mi blog…

—Muy graciosa —dijo él—. ¿Y bien? ¿Dónde nos vemos?

Holden oyó que Kimi abría una agenda y pasaba varias páginas.

—Probablemente no te necesitaré de nuevo hasta la recepción de esta tarde en el barrio de Marais. Te enviaré la dirección. Y tienes suerte, porque la revista tiene poco espacio y no podemos cubrir todos los actos de la semana de la alta costura…. sólo tendrás que fotografiar los principales y un par de diseñadores nuevos. Pero ya hablaremos de eso. Veré lo que hace falta y te enviaré un mensaje de correo electrónico.

Holden comprendió que Kimi le estaba concediendo un margen.

—Gracias. Te lo agradezco mucho.

—Ya, bueno. Pero asegúrate de encontrar al ladrón.

—Haré lo que pueda.

Kimi dedicó media mañana a maldecir a Holden. Primero abusaba de la publicación y de ella, después maniobraba para sustituir a su fotógrafo y finalmente no estaba disponible cuando lo necesitaba.

Pero cuando aquella tarde llegó a la recepción, su enfado desapareció de inmediato.

Estaba impresionante. Naturalmente, llevaba la ropa que le había comprado. Pero verlo en los probadores de unas tiendas no era lo mismo que tenerlo allí, en público, caminando entre los invitados con confianza y un fondo de arrogancia evidente. La chaqueta realzaba la anchura de sus hombros; el jersey se ajustaba a su pecho y a su estómago liso y los pantalones enfatizaban los músculos de sus piernas.

Había hecho un gran trabajo con él. Su pelo seguía tan perfecto como el día anterior, y era maravillosamente alto. Sin embargo, no tardó en comprender que el hombre de rasgos duros que en ese momento la miró a los ojos había cambiado. A decir verdad, parecía otra persona. Y no precisamente por la ropa.

Era el mismo de siempre, sí, pero con todas las características de su hombre ideal. Cuando por fin llegó a su lado y le dio un beso a modo de saludo, Kimi se estremeció de los pies a la cabeza. No había duda alguna de que la atracción era recíproca. Pero intentó recordarse que aquél no era el Holden real, sino el que ella había creado. Además, tenían que trabajar juntos a lo largo de toda una semana y no quería mezclar los negocios con el placer.

—Hola —dijo él.

—Hola. Tienes buen aspecto.

Él la miró con ironía.

—Bueno, vas a tener que trabajar con esas personas, así que será mejor que te las presente.

Holden asintió y ella empezó con la ronda de presentaciones.

—¿Qué le ha pasado a Nico? —preguntó Estelle Carmody, directora de una revista rival.

Estelle había intentado robarle a Nico, el fotógrafo de Milán al que Holden había sustituido. Kimi lo sabía perfectamente, pero mantuvo

una sonrisa perfecta en la cara y se dijo que esa bruja no conseguiría quitarle a su mejor fotógrafo. Lo había descubierto ella y, en cierto modo, era suyo.

—Está haciendo otro trabajo para mi revista —respondió Kimi—. Pero no hay mal que por bien no venga, porque así podremos trabajar con Holden MacGreggor… es el último de mis descubrimientos. Un profesional magnífico.

Estelle era una mujer extremadamente delgada a la que nadie había visto comer. Todos suponían que se alimentaría en secreto, tal vez en la oscuridad. En ese momento llevaba una copa que parecía contener vodka o agua, y miró a Holden de arriba a abajo.

—¿Y cómo se porta con una cámara? —preguntó con sonrisa malévola.

Unos segundos después, cuando ya se habían alejado de la mujer, Holden preguntó:

—¿Es amiga tuya?

Kimi volvió la cabeza hacia Estelle, que acababa de sacar su teléfono móvil. No había duda alguna de que llamaría a Nico e intentaría contratarlo para su publicación. Si no reaccionaba con rapidez y conseguía un encargo muy bien pagado para su fotógrafo, lo perdería sin remedio.

—¿Amiga? Todo lo contrario —respondió—. Me apuñalaría por la espalda sin pestañear. Son cosas de este negocio.

Siguieron caminando entre los invitados.

—Ah, aquí hay alguien a quien te encantará conocer. Es Marcy Wolington-Hicks, una de las ayudantes de Simone. Una chica excelente.

Kimi saludó con la mano a una joven pelirroja con botas y un vestido blanco y negro. No llevaba más maquillaje que la raya de los ojos, ni más joya que un diamante pequeño en la nariz.

—Hola, Kimi, ¿cómo estás?

Marcy tenía un fuerte acento de Londres.

—Muy bien, ¿y tú?

—Muriéndome por un cigarrillo. Pero detesto la idea de tener que salir al callejón de atrás para fumar —respondió.

—Marcy, quería presentarte a Holden, mi fotógrafo.

La joven le estrechó la mano.

—Encantada de conocerte. Creo que no te había visto antes…

—No. Soy el último descubrimiento de Kimi —declaró, mirando a su compañera con cierto sarcasmo.

Kimi hizo caso omiso.

—¿Y cómo van las cosas? —preguntó ella.

—Fatal, por culpa del maldito vestido de novia —respondió Marcy —. Estamos en la semana de la alta costura y lo único que le importa a la gente es el vestido de ApplePie. Patético.

—Sí, tienes razón, es patético… ¿Pero no puedes decirme nada al respecto?

Marcy estalló en carcajadas.

—No, nada en absoluto. Simone ha amenazado con cortar la lengua a cualquiera que hable —dijo Marcy, que bajó la voz inmediatamente—. Y conociendo a Simone, yo diría que es muy capaz de hacerlo.

—Tengo entendido que no es un vestido, sino dos…

—Eso no te lo puedo confirmar.

—Pero tampoco lo niegas.

Marcy sonrió.

—Exacto.

—Oh, estoy deseando verlos… ¿El vestido será tan bonito como toda la promoción que le han hecho? —preguntó.

Marcy miró a su alrededor con desconfianza.

—Te diré algo entre nosotras. Sabes que me echarían de inmediato si Simone llega a saber que te lo he contado, pero lo descubrirás tarde o temprano y sé que puedo confiar en ti. Está cubierto de diamantes. Diamantes reales, no falsos… y como Mark y Nicola no querían diamantes procedentes de zonas en conflicto, tuve que buscarlos en Canadá y hacer todo tipo de preguntas impertinentes sobre su origen, el impacto medioambiental de la empresa que se dedica a su extracción y otras cosas por el estilo —explicó la pelirroja—. Al final, la parejita me dio su visto bueno. Pero son diamantes limpios. Completamente limpios. ¿Y sabes lo difícil que es encontrar diamantes que no procedan de sitios dudosos?

Kimi rió.

—Cómo me gustaría ver ese vestido.

—Oh, es una maravilla. Ni yo ni nadie puede soportar a Simone, pero es genial. Ese vestido es el trabajo más fantástico que ha hecho. Y está tan obsesionada con la posibilidad de que alguien lo vea antes de tiempo que lo ha llevado a un lugar secreto, que ni yo misma conozco, y está sometido a todo tipo de sistemas de seguridad. Como se produzca algún fallo, rodarán cabezas.

—Bueno, pero…

—¡Kimi y Marcy! ¿Qué hacen aquí mis dos chicas preferidas?

La voz que acababa de sonar era la de Brewster Peacock, cuyos ojos azules se clavaron en el trío.

—Hola, Brewster. ¿Te han presentado ya al último descubrimiento de Kimi? Se llama Holden…

Durante un momento, Kimi pensó que Brewster no reconocería al hombre terriblemente mal vestido de la Rue de Rivoli; pero por supuesto, el columnista no habría llegado tan alto sin ser muy observador. Aquella noche estaba particularmente extravagante y llevaba una chaqueta con bordados dorados y pendientes de oro a juego.

Brewster dio un paso atrás y observó a Holden con detenimiento, desde su corte de pelo hasta los zapatos de Versace. Kimi no le había cambiado las gafas de montura de metal. Le quedaban bien y añadían un toque intelectual a su apariencia.

—Querida Kimi, veo que has domado a la bestia…

Brewster le lanzó un beso. Un gesto inequívoco de que debía andar con pies de plomo.

—Qué va, no ha sido cosa mía. Ya te advertí que Holden tiene un gran sentido del humor…

El columnista se acercó a ella y le murmuró al oído:

—¿Lo tenía entonces, o lo tiene ahora?

Brewster se apartó y siguió hablando, pero ahora en voz alta.

—Zanetti es una buena elección para ti. Su colección de prêt-à-porter es bastante buena.

Kimi ya estaba a punto de intervenir en ayuda de su fotógrafo cuando Holden habló con absoluta tranquilidad.

—No podría estar más de acuerdo contigo. Hace los mejores trajes de raya diplomática. Clásicos, pero con un toque de fantasía. No estoy muy seguro de que me agrade el regreso a las chaquetas cruzadas y las corbatas anchas… me recuerdan demasiado al vestuario de mi padre. Pero me gusta su tendencia actual al tweed.

Kimi deseó besar a Holden. No sólo había leído las revistas, sino que había aprendido todo lo que tenía que aprender. Hablaba como un experto en la materia. Pero no llegó a saber si había impresionado a Brewster Peacock, porque el columnista les dedicó una sonrisa enigmática y se marchó hacia el grupo que rodeaba a Daniel LeSerge, uno de los diseñadores de sombreros más conocidos de Europa.

Marcy miró a Holden con asombro.

—Pensaba que Brewster intentaría sacarme información de esa forma tan sibilina con la que suele hacerlo… Y en lugar de eso, parece más interesado en vosotros. ¿Se puede saber qué está pasando aquí?

—Nada. Anda en busca de problemas, como siempre.

—Bueno, de todas formas será mejor que me vaya. Si Simone me ve con vosotros demasiado tiempo, empezará a sospechar —dijo, negando con la cabeza—. Va a ser un fin de semana muy largo.

—Antes de que te vayas… —dijo Holden—. ¿Tienes una tarjeta?

—Claro, por supuesto…

Marcy abrió el bolso y le dio una.

—Muchas gracias.

Holden se guardó la tarjeta en la cartera y le dio una de las suyas. Kimi no sabía que había encargado tarjetas nuevas, pero era evidente que no podía moverse en aquel mundo con las que llevaba antes. Le pidió una y vio que sólo ponía su nombre, Holden MacGreggor, y su número de teléfono.

—¿Qué te ha dicho Peacock cuando se ha acercado a ti? —preguntó Holden.

Se mezclaron con los invitados.

—Más o menos, me ha venido a decir que no sabe si el Holden real es el de hoy o el del otro día. Pero no hay motivos para preocuparse. Seguramente sólo intentaba provocarme para ver si

decía algo indiscreto… a no ser que haya averiguado algo por su cuenta y sospeche de ti.

—Me sorprendería que ese individuo supiera algo más que conseguir el vestuario viejo de Liberace —declaró.

—No te equivoques con él. Es extravagante a propósito y desde luego disfruta con la provocación. Pero también es un hombre extraordinariamente inteligente, con mucho poder en el mundo de la moda y muchos contactos.

—¿En qué sentido?

—No hay nadie en este mundo que no conteste sus llamadas. Aunque te acabe de destrozar en una de sus columnas. Si él llama, contestas.

—¿Y no se os ha ocurrido decirle que se meta las columnas donde le quepan?

—¿Sabes que es lo único peor que una crítica mala de Brewster? Que no escriba nada de ti.

Capítulo 6

—Buenos días…

Holden tuvo calor de repente. Kimi sólo tenía que pronunciar dos palabras, aunque fueran tan inocentes como ésas, para que él se sintiera dominado por el deseo.

Estaba desnudo en la cama y la mujer más sexy de París no se encontraba a su lado ni desde luego iba tan ligera de ropa. Le había llamado por teléfono. Y al mirar el despertador de la mesita de noche, vio que a una hora bastante intempestiva.

—No necesito que me llames para despertarme. He puesto la alarma.

—Ya, pero ¿para qué hora?

—Para las nueve.

La noche anterior había estado revisando los informes. Su compañera, Mandy, lo llevaba todo con su eficacia habitual; pero tenían otro caso de robo que estaba resultando bastante complicado.

Los dos habían sido policías en la misma comisaría y los dos disfrutaban más con la investigación que con el trabajo rutinario del departamento. Así que decidieron abrir una agencia y trabajar juntos. Hasta el momento les iba bastante bien. Todos los días se ponían en contacto e intercambiaban información. Holden le había pedido que localizara ciertos datos sobre los vestidos robados y no le habían llegado hasta las tres de la mañana. De modo que levantarse a las nueve le había parecido razonable.

Kimi soltó un grito ahogado.

—¿A las nueve? Pero si voy a buscarte a las nueve y media… ¿Es que no escuchaste ni una sola palabra de lo que dije anoche?

Holden bostezó.

—Lo escuché todo perfectamente. Descuida, estaré a tiempo.

—Sí, claro, te levantarás de la cama y te pondrás lo primero que pilles.

Kimi sonaba tan alterada como si estuviera hiperventilando, de modo que decidió tomarle el pelo.

—Bueno, puedes subir a la habitación y vestirme si quieres…

Holden sólo lo dijo para rebajar la tensión y animarla un poco, pero enseguida se la imaginó en la habitación con un vestido corto que enseñara sus piernas y esos zapatos de tacón alto que tanto criticaba y que en el fondo le gustaban muchísimo.

Sin embargo, no tenía ningún interés en que lo vistiera. Todo lo contrario. Deseaba que entrara en su habitación, se acercara a él y se metiera en la cama con tacones y todo.

—Creo que será mejor que te vista a distancia —dijo ella.

Holden sonrió.

—Vaya… ¿te asusta la idea de venir a verme y vestirme en persona?

Kimi soltó una risotada.

—No me asusta. Pero no me fío de ti.

—Una chica lista…

—Ahora que ya estás despierto, préstame atención.

—De acuerdo.

Holden volvió a bostezar.

—Ponte la chaqueta Mark Jabobs gris con los pantalones de Bottega Veneta. Ah, y la camisa blanca y negra de Dolce e Gabbana.

—¿Para una conferencia de prensa?

Holden había estudiado el programa que Kimi le había dado la noche anterior. Era obvio que se había esforzado por limitarlo al máximo para dejarle tiempo libre y que pudiera investigar el caso.

—Es una conferencia de prensa, sí, pero después hay comida. Recuerda la regla de oro: si tienes varios compromisos en un día y no vas a tener ocasión de cambiarte, vístete para el más importante de todos —afirmó.

A Holden le gustaban las innumerables reglas de Kimi. Se las decía como si ella fuera profesora y él, un niño. Pero ella no sabía que siempre había sido un niño rebelde, de los que llevaban la contraria a sus maestros. Precisamente por eso se ganó el afecto de los mejores profesores, que apreciaban a los chicos inteligentes y activos, y la enemistad de los menos buenos, que sólo querían dar sus clases, recibir su salario y jubilarse con su pensión.

—¿Y no sería más apropiado que me vistiera para el acto menos importante? Sería más acorde a mi estilo…

—Venga ya, Holden. La cosa es bien sencilla: si te pones chaqueta y corbata, siempre te puedes guardar la corbata en un bolsillo y colgar la chaqueta en una silla. Luego sólo tendrás que ponértelas de nuevo y estarás preparado para la comida. ¿Lo comprendes?

—Eres una gran profesora.

Kimi permaneció en silencio durante un par de segundos.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó al fin.

—No, al contrario. Me gusta que me expliquen las cosas. Ahora ya lo he entendido.

—Muy bien. Repíteme lo que te vas a poner.

Holden repitió las características del conjunto palabra por palabra. Aunque el simple hecho de utilizar la palabra «conjunto» le hizo pensar que debía pedir una paga extra por hacer ese trabajo.

—Excelente. Y en cuanto a tu pelo…

—Ah, no, eso no. Olvídate del asunto. Ya me lo he cortado. Me ducharé y me peinaré, pero nada más. No quiero rizos ni planchados ni mechas ni brillos ni nada parecido.

—Parece que sabes mucho de peluquería…

Kimi soltó una risita.

—He estado con unas cuantas mujeres.

—Bueno, sólo iba a sugerir que te pusieras un poco de gomina para que el viento no te lo revuelva. Ah, y ponte una crema hidratante en los pómulos.

Holden no podía creerlo.

—¿Quieres que me ponga crema en los pómulos?

—Tienes una estructura ósea muy interesante…

Holden perdió su excitación inmediatamente. La tienda de campaña que se había montado bajo la sábana se quedó tan lisa como una granja de Kansas. Quería que se engominara el pelo y se pusiera cremas.

Aquello era demasiado.

—No.

—¿Y un poquito de laca?

—De eso nada. Me ducharé, me afeitaré, me cepillaré los dientes y me pondré desodorante. Pero nada más, chica de Manhattan.

—De acuerdo, no insistiré. Pero tómate tu tiempo para vestirte. La moda es un arte.

—Te veré a las nueve y veinte.

—Ah, una cosa más…

—¿Sí?

—Trae tu cámara y tu equipo.

—Qué graciosa.

Holden estaba preparado a la hora prevista y Kimi llegó segundos después. Tal vez no tuvieran gran cosa en común, pero al menos compartían la puntualidad. Ella salió de la limusina antes de que él pudiera acercarse y caminó con los zapatos de tacón que había elegido para aquella ocasión.

Los de ese día eran azul marino y tenían una especie de lazo en la punta. Y los llevaba con un vestido azul y blanco que parecía fresco y elegante.

—¿Qué tal estoy?

—Bien. Vámonos.

El conductor ya estaba a punto de salir del coche, pero Holden le hizo una seña para que permaneciera dentro. Acto seguido, abrió la portezuela a Kimi y entró después.

El vehículo no podía ser más lujoso por dentro. Y la ventanilla que los separaba del chófer estaba cerrada.

—En la conferencia de prensa habrá representantes de muchos medios de comunicación y desde luego del mundo de la moda. Me he encargado de que te permitan fotografiar a las modelos en el

pase privado que harán cuando termine la comida. Será en el Palacio de la Ópera —explicó ella.

—Bien pensado —dijo él, impresionado con su eficacia—. Si puedo entrar y salir con ellas, tendré acceso a los vestidores y al resto del edificio. Investigaré a los guardias de seguridad y a todos los que anden por ahí… buen trabajo, Kimi. Lo digo en serio.

—Gracias. Pero no olvides que también tienes que fotografiar a las chicas.

—¿Crees que alguna de las modelos podría estar involucrada en los robos?

—Limítate a hacer esas fotografías, por favor.

Holden giró la cabeza y la miró. Era perfectamente consciente de que Kimi no había organizado las cosas sólo porque quisiera ayudarlo con el caso.

—No crees que sea capaz de hacer esas fotografías, ¿verdad?

—Bueno, yo…

Kimi se detuvo un momento, suspiró y siguió hablando.

—Sinceramente, no tengo ni idea. Pero espero que además de fotografiar entradas, salidas y posibles sospechosos, dediques unos minutos a mi trabajo.

—De todas formas, supongo que no llevarán los vestidos del pase público.

—No, pero practicarán la coreografía de la pasarela y esas cosas. Les he dicho que queríamos hacer un reportaje sobre los detalles desconocidos de una semana de alta costura. Ya sabes, algo entre bastidores.

—Una idea brillante.

Kimi se encogió de hombros.

—Tal vez, aunque eso no le importa a nadie. Es posible que me permitan escribir una columna corta al respeto, pero tengo que centrarme en los pases públicos, en lo más obvio. Y necesito buenas fotografías. Así que haznos un favor a los dos y practica un poco con las modelos —dijo.

—Está bien.

Holden se inclinó un poco y la rozó en la pierna con la mano.

—Oh, lo siento…

Alcanzó la bolsa de la cámara y la abrió. Después, hurgó en su interior, sacó el folleto de instrucciones, se ajustó las gafas y empezó a leer.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Calla, estoy intentando leer… Veamos. Apertura, diafragma… ¿dónde diablos está el botón para hacer las fotos?

Ella le dio un golpe con el bolso.

—Puede que todo esto te parezca muy divertido, pero estás jugando con mi carrera, colega. Si me dejas en mal lugar, terminaré humillada y en la calle. No podré volver nunca más a París —afirmó.

—Te prometo que mis fotografías no te humillarán.

A Holden le disgustaba fanfarronear, pero sabía que era francamente bueno con una cámara. Si la investigación policial no le hubiera gustado tanto, habría dedicado todo su tiempo a la fotografía.

Era un negocio lucrativo y divertido, además de útil para su trabajo. Acercó un brazo y le puso una mano sobre la pierna. Sólo pretendía tranquilizarla, o tal vez desviar su atención para que dejara de preocuparse por el asunto. Pero en el momento en que tocó el vestido, notó los músculos de sus muslos y supo que su apariencia frágil era pura fachada. Nadie tenía ese cuerpo si no hacía ejercicio. Era evidente que se mantenía en forma.

Notó el calor de su piel y no pudo contenerse a la tentación de acariciarla un poco. Ella contuvo la respiración y sus ojos se oscurecieron de tal manera que Holden fue más lejos y empezó a descender hacia su entrepierna.

—Confía en mí.

Acto seguido, se inclinó sobre ella y le dio un largo y lento beso. Sólo quería darle un poco de placer, pero se deseaban tanto y se sentía tan atraído por ella que fue como si lo atropellara un tren.

Sabía que debía recobrar el control y la calma. Así que se apartó a regañadientes e intentó animarse con la expresión de asombro de Kimi y con sus labios húmedos.

—Luego —le prometió.

Kimi estaba disfrutando de un baño en el servicio de la suite. Tenía una copa de vino en la mano y una tensión insufrible en el vientre.

Desconfiaba del trabajo de Holden y estaba segura de que aquella iba a ser su última semana en París, así que había decidido relajarse y disfrutar tanto como pudiera.

Desgraciadamente, sus jefes habían encargado otro trabajo al fotógrafo de Milán. De lo contrario, le habría llamado por teléfono y habría pagado de su propio bolsillo para que viajara a Francia e hiciera las fotografías.

Echó otro trago de vino. En el equipo de música sonaba la voz de Edith Piaf, y las sales que había añadido al agua olían maravillosamente.

Unos segundos después, oyó que alguien llamaba a la puerta.

—*Merde…* —dijo en francés, molesta con la interrupción—. *Qui est ce?*

—¿Kimi? Soy Holden.

—¿Qué quieres?

—Tengo unas fotos para ti.

Kimi salió tan deprisa de la bañera que lo llenó todo de agua.

—Espera, espera, ya voy…

Tomó una toalla con el logotipo del hotel, se secó tan rápidamente como pudo y se puso un albornoz. Acto seguido, corrió hacia la puerta.

Capítulo 7

Cuando abrió, los ojos de su visitante la miraron con asombro.

—Oh, lo siento… ¿Estabas en la cama a estas horas? Pero si sólo son las nueve y media… De haberlo sabido, te habría llamado por teléfono.

—No, no te preocupes. Me estaba bañando.

—Ah, ahora entiendo que tengas el pelo mojado…

Holden le apartó un mechón de la cara. Kimi supo que sólo pretendía bromear un poco, pero el contacto de su piel no le resultó precisamente divertido.

Se había cambiado de ropa y ahora llevaba vaqueros, aunque afortunadamente eran los que ella había elegido para él. Y lo había combinado con uno de los conjuntos de jersey y camisa que contaban con su aprobación. Al menos aprendía deprisa.

Justo entonces vio el sobre marrón que llevaba en la mano y se debatió entre el deseo de conocer su contendido y el pánico a conocerlo.

Pero la curiosidad ganó a la cobardía.

—Venga, entra.

—Puedo dejártelas para que las veas más tarde…

Kimi notó su incomodidad y en ese momento supo que tenía miedo de que su trabajo le disgustara. A fin de cuentas no era fotógrafo profesional, sino un detective que se dedicaba a la fotografía en su tiempo libre.

Sin embargo, ella ya había tomado una decisión. Si su trabajo era malo, llamaría a su directora y le diría que enviara a otro fotógrafo.

Debía cuidar su reputación.

—No. Entra y siéntate.

Kimi señaló el sofá y añadió:

—¿Quieres tomar algo?

—Tal vez dentro de un rato.

Holden pasó a la suite y se sentó en el sofá. Pero lo hizo en un extremo, como si prefiriera estar en cualquier otra parte.

Kimi no podía aguantar la curiosidad por más tiempo, de manera que se sentó también en el sofá, abrió el sobre y derramó el contenido sobre la mesita. Media docena de fotografías dejaron la habitación en un silencio absoluto. Ante ella había unas cuantas mujeres impresionantes; algunas bocarriba, otras bocabajo y otras de lado.

Tomó la más cercana. Era una imagen limpia, bien centrada, elegante. Eso ya habría bastado para superar las expectativas de Kimi, pero no era lo único: Holden había captado algo más que una modelo con un vestido; había conseguido llegar a la esencia de la mujer. Kimi conocía a la joven, una australiana de ojos grandes y pómulos tan afilados que habría podido cortar una tabla, pero Holden había sacado lo mejor de ella. Era impresionante. Casi mágico.

Miró la siguiente fotografía y apreció la arrogancia de la modelo y la forma en que sus ojos coqueteaban con la cámara; o tal vez con el propio Holden, aunque eso era lo de menos. En ese caso había captado algo más que el flirteo. Había conseguido que el vestido formara parte de la escena. Y el resultado era insuperable.

Si se lo hubieran preguntado, Kimi no habría sabido explicar lo que se necesitaba para ser un buen fotógrafo de moda. Simplemente, lo sabía. Y sabía reconocer a un gran profesional cuando veía su trabajo.

—Holden, estas fotografías son… maravillosas. No puedo creer que hayas conseguido capturar el alma de las modelos de un modo tan intuitivo.

Holden se relajó un poco.

—Me alegra que te gusten. No habría sabido dónde meterme si me hubieras dicho que te parecían horribles…

Kimi lo miró.

—Son estupendas.

—Pero no me creíste cuando te dije que confiaras en mí…

—Porque fotografiar animales no es lo mismo que fotografiar modelos.

Holden gruñó.

—¿Crees que no hay drama en la naturaleza? ¿Crees que los animales no tienen personalidad? —preguntó él—. Además, olvidaste que mi trabajo encaja muy bien con la fotografía… en la práctica, uso la cámara para pillar a la gente en actos que no quieren que se vean. Al cabo de cierto tiempo, desarrollas el instinto necesario para captar el tempo y los detalles de las cosas.

Kimi volvió a mirar las imágenes. Eran tan buenas que su alegría se convirtió en excitación.

—Amigo mío, tienes talentos ocultos…

—No sabes hasta qué punto.

El tono de la voz de Holden era cálido y prometedor, como una capa de chocolate caliente encima de un helado. Y súbitamente, Kimi recordó que no llevaba más ropa que el albornoz y que su piel seguía húmeda por el baño.

Pudo haber hecho caso omiso del comentario. Pudo haber olvidado el asunto. Pero de algún modo, supo que con ello sólo habría retrasado lo inevitable.

Así que levantó lentamente la cabeza y lo miró a los ojos. Estaba encantada con aquel hombre. No habían empezado con buen pie, pero ahora trabajaban juntos y debían confiar el uno en el otro. Nada impedía que fueran más allá y flirtearan un poco.

—¿Ah, sí? ¿A qué talentos ocultos te refieres?

Él se acercó a ella como en cámara lenta y le acarició el cuello con un dedo. Después, fue descendiendo tranquilamente y Kimi se preguntó hasta dónde sería capaz de llegar y, sobre todo, hasta dónde se lo permitiría.

Sus miradas no rompieron el contacto en ningún momento. Kimi nunca lo había visto sin las gafas y se preguntó qué aspecto tendría si se las quitaba.

—Hueles muy bien.

Kimi pensó que se sentía bien.

—Y tu piel está caliente.

Kimi pensó que no imaginaba cuánto.

Holden llegó a su hombro y ella no se apartó. En realidad no sabía lo que quería. Si hacía caso a su cuerpo, terminaría por acostarse con un tipo al que apenas conocía. Pero lo deseaba tanto que no estaba segura de poder rechazarlo.

Sin embargo, él no intentó ir más lejos. Dejó la mano sobre su hombro y ella se preguntó si no estaría sufriendo las mismas dudas.

—¿Hay alguien en tu vida? —preguntó él.

—¿Me preguntas si estoy casada?

Él se encogió de hombros.

—Si tienes marido, amante, novio, lo que sea.

—No tengo marido, en este momento tampoco tengo amante y en cuanto a mi novio, rompimos hace tres meses.

—Me alegro de saberlo.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Y tú?

Él dudó durante un momento y se puso tenso. Pero enseguida respondió:

—No, no hay nadie.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Ella sonrió.

—Bueno, por lo visto los dos estamos solteros…

—Sí, por lo visto.

El momento se alargó un poco más y ambos siguieron sin hacer otra cosa que mirarse. Por fin, Holden se inclinó hacia delante y la besó con la calma de un hombre que pretendía tomarse su tiempo, de un hombre que disfrutaba con las mujeres.

Kimi se abandonó a su abrazo. Los labios de Holden no eran exigentes. Exploraban, jugueteaban.

El calor que inundaba su cuerpo se hizo más intenso todavía. Cuando él se apartó, ella se sorprendió aferrada a sus hombros y con la cabeza echada hacia atrás.

Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que se había permitido estar con un hombre. Su trabajo era muy exigente y no tenía tiempo, pero en ese instante pensó que debía de estar loca para haber renunciado a placeres como aquéllos.

Volvieron a besarse y él introdujo una mano entre sus piernas. Ella apartó los muslos y golpeó la mesa sin querer.

Con expresión de impaciencia, Holden apartó el mueble. Una de las fotografías, la de una modelo que llevaba un vestido azul, cayó al suelo.

Se reunió con Kimi en el suelo y la besó en el cuello. Esa vez ya no había contención en él. Eran los besos de un hombre que no tenía intención de detenerse. Y a ella le encantaba su fuerza, su energía, el sabor de su boca.

En un determinado momento, Kimi le quitó las gafas.

—Me gustan tus ojos —dijo ella.

Él le desabrochó el albornoz y lo abrió. Después, soltó un pequeño gemido y empezó a besarle los senos hasta que Kimi sintió un estremecimiento.

—No he dejado de pensar en esto desde que te conocí.

Ella rió.

—¿En besarme los pechos?

Intentó sonar frívola, pero estaba tan excitada como acelerada su respiración.

—No. En hacer el amor contigo.

—¿En serio?

—Sí.

Holden dejó uno de sus pezones y se concentró en el otro.

—Cuando te vi aquella noche con tus zapatos de tacón alto y tu falda que se mecía al viento, te deseé con toda mi alma. Y eso que pensé que sólo hablabas francés…

Ella intentó abrazarlo, pero se dio con el codo en el sofá.

—¿Sabes una cosa? En mi dormitorio hay una cama magnífica. Cómoda, grande, civilizada…

Holden la besó entre los senos y descendió hacia su estómago.

—Tal vez luego.

—Luego… —repitió ella.

Él se tomó el viaje con calma. Kimi separó los muslos y le dejó hacer, pero Holden se apartó en el último momento, para desesperación de ella, y en lugar de dirigirse a su entrepierna se desvió hacia sus rodillas.

Aquello era demasiado. Una verdadera tortura. Sobre todo porque después empezó a lamerle la piel y a ascender de nuevo, muy despacio, sin prisa alguna, hasta que llevó la boca, cálida y húmeda, a su sexo.

Empezó a juguetear. Parecía querer devorarla, y la excitó tanto que no tardó en sentirse al borde de la explosión.

Kimi echó la cabeza hacia atrás y vio los preciosos balcones de la suite, las cortinas abiertas y entre ellas, al otro lado del cristal, una Torre Eiffel tan iluminada y festiva como ella misma.

Estaba en París.

—*Oui…* —susurró mientras su lengua la volvía loca—. *¡Oui! ¡Oui!*

Cerró los ojos un momento y se concentró en el placer. Su piel estaba supersensible y latía con las oleadas posteriores al orgasmo.

Holden se echó a su lado y la acarició, dándole tiempo para disfrutar.

Al cabo de unos segundos, Kimi abrió los ojos y sonrió.

—Estoy desnuda, acabo de tener un orgasmo y tú ni siquiera te has quitado la camisa.

—Porque trabajo más deprisa que tú.

Ella soltó una carcajada, se levantó y le tomó de la mano.

—Muy bien, pero ahora es mi turno. Y esperó hacer un buen trabajo en el dormitorio.

Capítulo 8

Kimi encendió una lamparita que llenó la habitación con luz cálida y tenue. Después, se quitó el albornoz y caminó hacia él, completamente desnuda.

Holden la devoró con la mirada y extendió los brazos para tocarla antes de que llegara a su alcance. Luego, ella empezó a desnudarlo. No le gustaba por su ropa, por muy bien que le quedara. Y bajo la elegancia refinada de las prendas, encontró el cuerpo duro y masculino de un hombre acostumbrado a trabajar en la calle. Estaba moreno, tenía unas piernas largas y poderosas, y su sexo resultaba tan impresionante que habría bastado para volverla loca.

—¿Tienes preservativos?

Él la miró con consternación casi cómica.

—No… Sólo pensé en las fotografías. No podía imaginar que estarías prácticamente desnuda y que pasaría esto. Lo siento mucho. Maldita sea…

—No te preocupes, yo tengo algunos —dijo ella con una sonrisa—. Ha sido una pregunta trampa. Quería saber si me creías una presa fácil.

—En absoluto.

Ella entró en el cuarto de baño y salió con unos preservativos. Sabía que Holden no había dicho toda la verdad. Los dos eran conscientes de que tarde o temprano acabarían por acostarse; y de hecho, él mismo lo había dejado caer cuando estaban en la limusina y pronunció aquel «luego» tan prometedor.

Llevó a Holden a la cama, lo empujó para que se tumbara y dijo:

—¿Quieres saber un secreto?

—¿Cuál?

Kimi lo besó en el estómago y empezó a ponerle el preservativo. Pero despacio.

—Me habría acostado contigo aunque tus fotografías fueran desastrosas.

Él rió.

—Eres una bruja…

La risa de Holden se convirtió en gemido cuando Kimi se sentó sobre él y se encontró dentro de su cuerpo.

Kimi tenía intención de tomárselo con calma; sin embargo, se sorprendió con movimientos cada vez más rápidos, más animales, incapaz de detenerse. Necesitaba una experiencia rápida y dura, contundente. Y él estaba perfectamente dispuesto a concedérsela.

Sus ojos la devoraban; pero, extrañamente, la tocaba como un ciego habría tocado a otra persona, intentando absorber todos sus datos con la yema de los dedos.

Kimi no se había sentido tan concentrada en toda su vida. Fue una sensación tan increíble que se sintió totalmente unida a él. Holden parecía saber lo que necesitaba, lo que deseaba, y consiguió que gritara tantas veces que al final perdió la cuenta.

Por fin, ninguno de los dos tuvo fuerzas para seguir. Ella se levantó de la cama, sirvió dos copas de vino y volvió a su lado.

Ambos bebieron.

—Supongo que debería marcharme —dijo él.

—Ah, vaya, así que eres uno de esos hombres…

—¿Uno de esos hombres?

—Sí, de los que salen corriendo en cuanto termina el sexo.

—Me has interpretado mal. Lo he dicho porque tienes que dormir y descansar un poco…

Kimi colocó unos cojines contra el cabecero y se apoyó en ellos.

—Todavía tenemos unos minutos. Para charlar.

—Para charlar —repitió él—. ¿De qué?

—¿Quién era ella?

Holden suspiró.

—¿No podríamos empezar con algo más fácil? No sé, tal vez mi color preferido o algo así.

Ella sonrió.

—Ya sé cuál es tu color preferido: el azul. Y no me mires con cara de sorpresa, porque es obvio… casi toda tu ropa es azul. Hasta la bolsa de tu cámara lo es —declaró—. Pero volvamos a la cuestión. ¿Quién era ella? ¿Quién es la mujer que te hizo dudar cuando te pregunté si estabas con alguien?

Holden clavó la mirada en el techo y tardó unos segundos en contestar.

—Rebecca.

—Rebecca. Bonito nombre.

Una vez más, se hizo el silencio. Ella le acarició el pecho y el estómago sin dejar de mirarlo. Holden supo que esperaba una explicación algo más larga que un simple nombre.

—Era bióloga y trabajaba en Oregón. Nos conocimos en una manifestación contra la destrucción del hábitat de los búhos, y una cosa llevó a la otra.

Kimi notó que su duro estómago vibraba mientras hablaba. Y se preguntó si alguna vez le contaría a alguien cómo se habían conocido ellos. Seguramente la describiría como una mujer de falda coqueta y zapatos de tacón alto que se había tropezado con él en una escalinata de la Rue de Rivoli. Algo que no tenía mucho que ver con la fauna salvaje.

Por un momento, sintió envidia de Rebecca. Ella nunca había sido una mujer especialmente comprometida, aunque había escrito algunos artículos en los que denunciaba la pobreza en el mundo y otras cuestiones parecidas.

—¿Sabes una cosa? Estoy completamente en contra de usar pieles de animales salvajes en el mundo de la moda.

Él giró la cabeza con la mirada perdida. Obviamente estaba pensando en aquellos búhos, en las montañas y en Rebecca, la mujer combativa.

—¿Cómo?

—Que estoy contra el uso de las pieles en la moda. Incluso pertenezco a una organización ecologista —respondió.

Él la miró con un brillo de humor en los ojos.

—No me digas.

—Venga, cuéntame algo más de Rebecca.

—Bueno… pensé que había encontrado a la mujer de mi vida. Nos interesaban las mismas cosas, nos llevábamos bien y supuse que en un par de años pasaríamos a algo más.

—¿A casaros, quieres decir?

—Sí, bueno, o a vivir juntos.

—¿Y qué pasó?

—Odio hablar de esto.

—Contesta a mi pregunta y te prometo que no insistiré más.

—Que yo no era la persona adecuada para ella. Nada más. Conoció a otro hombre.

—¿Cuándo?

—Hace un par de meses.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas.

Holden le tomó la mano y la besó en los nudillos.

—Ser soltero tiene sus compensaciones —añadió.

—Desde luego que sí.

—Pero ahora te toca a ti…

Kimi resumió su historia emocional en un par de frases.

—Soy soltera y vivo en Manhattan. Voy a muchas fiestas y he salido con un montón de abogados jóvenes, banqueros, escritores y artistas. Pero nada serio. Todavía no he conocido a la persona adecuada.

—Porque ninguno de esos tipos es como yo…

Kimi rió y pensó en sus amantes de trajes caros y relojes de platino. Sabía que algunos dedicaban más tiempo a su aspecto que ella misma.

—No, ninguno es como tú. Y como dicen los franceses, *Vive la différence!*

—¿Sabes qué otra cosa dicen los franceses?

Ella sacudió la cabeza.

—*Voulez vous coucher avec moi?* Es lo único que sé en francés. ¿Quieres acostarte conmigo?

Kimi rió.

—*Oui!*

Holden la besó y se tumbó sobre ella. Casi había amanecido cuando salió del hotel.

Al día siguiente, Kimi asistió a cuatro actos, entrevistó a dos diseñadores de la última hornada y asistió a una comida patrocinada por un joyero. Holden andaba con sus cosas misteriosas, que sin duda alguna incluirían apretones secretos de manos y palabras en código.

Se encontraron por la noche, en una gala en honor a un diseñador retirado.

—Me gusta tu bolso de Kate Spade —dijo él cuando la vio.

Ella sonrió.

—Muy bien. ¿Y los zapatos?

—Son de Jimmy Choo.

—Impresionante. Tanto como tú con tus Valentino.

—Gracias, pero no he podido abrocharme el segundo gemelo.

Holden extendió un brazo y ella se lo arregló.

—¿Y bien? ¿Quién es el homenajeado?

Holden había aprendido todo lo aprendible sobre el mundo de la moda actual, pero no sabía nada del pasado.

Kimi le dio una palmadita en la mejilla.

—Todavía tengo que enseñarte muchas cosas.

Él se acercó a ella.

—Anoche me enseñaste unas cuantas. Por ejemplo, eso que hiciste con la lengua…

Kimi sabía que sólo intentaba provocarla, pero se estremeció de satisfacción al saber que él también había estado pensando en la noche anterior. Tal vez no tuvieran nada en común, pero en la cama eran la pareja perfecta.

—Me divertí mucho… —confesó ella—. Pero dime, ¿qué tal te ha ido el día?

—Conseguí más información sobre los tres últimos robos. Y creo que hay una conexión entre ellos. Es el mismo modus operandi…

siempre actúan durante los desfiles importantes. Apartan un vestido con la excusa de que está roto o algo así y luego desaparece —explicó.

—¿Durante el desfile?

—Entre el desfile y la siguiente vez que alguien comprueba el vestuario. Normalmente hay un margen de veinticuatro horas.

—Qué locura…

—Sí, es increíble.

Holden miró a su alrededor. La sala estaba llena de famosos, miembros de la aristocracia, profesionales de la moda y millonarios, como de costumbre.

—¿Tienes una hermana gemela? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—No, soy hija única.

Kimi siempre se sentía incómoda cuando respondía de aquel modo a esa pregunta. A fin de cuentas tenía hermanos y hermanastras, pero su padre se negaba a conocerla y le había negado la posibilidad de pertenecer a su familia.

—Pues allí tienes a tu doble…

Kimi giró la cabeza y contuvo la respiración al ver a una joven, más o menos de su misma edad, que se parecía increíblemente a ella. Tenía los mismos ojos y el mismo cabello. Que sin duda alguna había heredado de su padre en común: el hombre que en ese momento se inclinaba sobre ella.

—Oh, Dios mío…

—¿Te encuentras bien?

Holden la miró con preocupación y le acarició la espalda.

—Necesito aire fresco.

Necesitaba salir de allí. Deseó volverse invisible de repente o que al menos la tierra se la tragara. Así que se abrió paso entre la multitud y salió a toda prisa a un patio vacío. Estaba lleno de mesas y sillas, pero no hacía tan buen tiempo como para sentarse. En verano habría sido un lugar precioso. Ahora sólo era tranquilo y oscuro.

Holden la siguió y se interesó por su comportamiento, pero ella no quiso contestar y él no insistió. Se limitó a permanecer a su lado

para animarla y a caminar de un lado a otro mientras Kimi intentaba recobrarse del susto.

Por fin, se volvió hacia él. La miraba con tal consternación que soltó una risita. Pero nerviosa, ligeramente histérica.

—Pensarás que me he vuelto loca…

—No. Pero es obvio que algo te ha sorprendido.

—Qué listo eres —se burló—. La chica que has mencionado… podría ser mi hermanastra.

—Entonces, el hombre que estaba con ella…

—Es mi padre.

—Y supongo que no esperabas encontrarlo aquí.

—Exacto. De hecho, nunca le he visto en persona. Lo he reconocido porque tengo la costumbre de seguir sus pasos por Internet. Su esposa y él salen muy a menudo en la prensa italiana —explicó.

—Son famosos.

—Aristócratas.

Holden no parecía impresionado.

—¿Y cómo es posible que no quiera conocer a su hija?

—Oh, bueno… no es sólo culpa suya —contestó, apoyándose en una mesa—. Quiso casarse con mi madre cuando le dijo que se había quedado embarazada, pero ella le rechazó. Le dijo que no lo quería y que prefería seguir soltera. En realidad dudo que le rompiera el corazón… se lo pidió porque era lo lógico en aquellos tiempos. Una cuestión de honor. Y después se olvidó del asunto.

—Ya, pero eso es un problema entre ellos. Tú eres distinta. Eres su hija.

Kimi se encogió de hombros.

—Bueno, se encargó de que no me faltara de nada. ¿Qué más podía desear?

—Un padre, por ejemplo —dijo con voz suave.

—En la vida no siempre se consigue lo que se desea. Yo sabía que tenía más hijos, pero tampoco los conozco —dijo, llevándose una mano al corazón—. Y desde luego no esperaba encontrármelos en la semana de la moda…. ¿Qué puedo hacer?

—Podría arrojarme a su aristocrático cuello. Seguro que eso desviaría la atención.

Ella rió.

—Pero sería demasiado violento. Y Brewster montaría un escándalo. ¿No tienes un plan B o algo parecido?

—¿Y tú?

—No. Si me acerco, es capaz de negar que me conoce. Y sería terriblemente extraño para todos, incluida esa chica que ni siquiera sabe de mi existencia. Supongo que es mejor que mantenga las distancias. A no ser que haga lo mismo que yo y se dedique a seguir mi vida en Internet, no podrá reconocerme. ¿Qué te parece?

—Me parece que es una idea estúpida, Kimi. Tienes derecho a conocerle a él y a conocer a tus hermanastros. Además, quién sabe. Tal vez terminéis abrazados en una escena entrañable y maravillosa…

—Sí, bueno, ahora mismo no quiero más escenas que la de volver al hotel y esconderme. Sé que sería cobarde, pero es lo que me apetece.

—Saca fuerzas de flaqueza. Tienes un trabajo que hacer. Y un trabajo en el que eres muy buena, por cierto.

Ella lo miró con sorpresa.

—Ayer te estuve investigando. Por Internet —dijo él.

—Si tú no sabes nada de moda…

—De moda, no. Pero sé reconocer un buen artículo cuando lo leo. Eres muy buena.

Kimi le tomó de la mano.

—Gracias. Y gracias también por haberte quedado conmigo. Ahora ya me encuentro mejor.

—Pues estás temblando…

—¿En serio? Es que se me hace tan raro…

—Deberías hablar con él.

Kimi negó con la cabeza.

—No. Tenemos una especie de acuerdo mutuo. Él no me quiere en su vida y yo lo respeto.

—Peor para él.

—Sí, yo también lo creo —dijo—. Gracias de nuevo, Holden. Y ahora, volvamos a la fiesta. Tenemos trabajo que hacer.

Holden no dejó de vigilar a Kimi cuando regresaron al salón, que ahora parecía más abarrotado que antes. Noto que sus ojos buscaban a su padre y distinguió el momento en que lo encontró por su gesto de tristeza. Pero acto seguido, se dio la vuelta y empezó a hablar con un conocido cercano.

Él mantuvo las manos en los bolsillos, con los puños apretados. No era un hombre violento, pero detestaba que aquel hombre se portara de un modo tan injusto con su hija. Él siempre había sido pobre. Sus padres habían tenido lo justo para criar a tres chicos y una chica, pero eran una familia feliz y no podía imaginar la vida sin ellos.

Aprovechó que Kimi estaba tomando notas para acercarse al aristócrata y su hija. No parecía que estuvieran con nadie, así que se preguntó qué estarían haciendo allí y se dijo que lo investigaría por su cuenta.

A medida que se acercaba, el parecido de las dos mujeres resultaba más evidente. No había duda alguna de su relación familiar. Tenían el mismo pelo negro y lustroso, pero muchas personas tenían ese pelo y eso no significaba necesariamente nada. Lo que realmente indicaba su parentesco eran sus extraordinarios ojos azules.

Los tres tenían los mismos ojos.

Se acercó lo suficiente para escuchar la conversación, pero hablaban en italiano y no entendió nada. Ya estaba a punto de regresar con Kimi cuando Brewster Peacock lo vio. El columnista observó a Kimi, que parecía encerrada en su propio mundo, y dirigió la mirada hacia el aristócrata y su hija. Luego, arqueó una ceja y miró a Holden como si esperara una explicación.

Kimi estaba en lo cierto. Brewster Peacock era un hombre muy observador. Pero aquello no era asunto suyo, de modo que se encogió de hombros como si no supiera lo que significaba aquella mirada inquisitiva y volvió con ella.

No sabía lo que estaba pasando allí. Pero sospechaba que Kimi lo iba a necesitar.

Capítulo 9

Las sienes de Kimi latieron con el principio de un tremendo dolor de cabeza, pero hizo caso omiso y siguió adelante. Por una parte, cabía la posibilidad de que su padre no la reconociera; por otra, tenía un trabajo que hacer. Aquél era su mundo. Ella no iba a los campos de polo de Roma y él no debía ir a las semanas de moda en París. Sin embargo, también era posible que ni siquiera estuviera al tanto de su profesión.

Para él, ella sólo era la consecuencia desafortunada de una breve aventura.

Como sabía que se encontraba al otro lado de la sala, se dirigió al bufé y al bar. Había una mesa enorme llena de manjares de apariencia exquisita: un verdadero infierno para las anoréxicas. Y junto a la comida, que casi nadie habría tocado al final de la noche, café y té.

Pidió una taza de lo último y en ese momento oyó una voz a su lado.

—Lo mismo para mí, por favor.

La mujer que se había acercado era su hermanastra en persona. Su suerte iba de mal en peor.

—Discúlpame —dijo la joven—. Pero me resultas tan familiar… ¿nos conocemos de algo?

—No, no lo creo.

Kimi intentó alejarse, pero la chica insistió.

—Ésta es mi primera visita a una muestra de alta costura. Todo me parece tan excitante…

Kimi tenía veintiocho años y calculó que su hermanastra tendría veintipocos. Llevaba un vestido de un joven diseñador italiano y un anillo de compromiso.

—Lo es. Yo vengo todos los años. Trabajo para una revista de Estados Unidos.

—Pues tu francés es magnífico para ser estadounidense…

—Gracias.

—Yo estoy a punto de casarme. He venido a París para elegir el vestido de novia.

—Felicidades.

—Se suponía que mi madre me iba a acompañar, pero una de mis hermanas se ha roto una pierna y he tenido que venir con mi padre.

—¿No podías venir sola?

La joven rió.

—Por supuesto que sí, pero somos una familia muy unida. Mi madre y mi padre odian que nos alejemos de ellos… en fin, ya sabes cómo son estas cosas —declaró, encogiéndose de hombros—. He quedado con mi prometido dentro de un par de días y papá no quiere que estemos solos. Es muy estricto.

Kimi miró por encima del hombro de la joven y vio que su padre se acercaba. En sus ojos se dibujó una expresión de perplejidad absoluta cuando la vio. Pero Kimi no apartó la mirada. Parecía asustado. Y entonces comprendió que tenía miedo por su otra hija, por su hija de verdad.

—Bueno, será mejor que vuelva al trabajo.

—No, por favor, espera… eres la primera persona amable con la que he hablado en París. Me llamo Claudia Ferraro.

Su padre ya había llegado al bufé. Y miró a Kimi con una mirada de ruego silencioso.

—Encantada de conocerte.

Kimi estrechó su mano.

—Espero que volvamos a vernos…

—Me temo que tengo demasiado trabajo. Lo siento muchísimo. Pero disfruta de tu estancia en París…

Kimi se alejó sin decir una sola palabra a su padre. Y estaba tan nerviosa que se llevó por delante a un par de personas.

Necesitaba a Holden. Tenía que encontrarlo.

Por suerte, él la encontró a ella. Y le bastó una simple mirada para saber que sería mejor que la llevara a un lugar más tranquilo.

—Necesito salir de aquí —susurró ella.

Holden la llevó a una esquina apartada.

—Iré a buscar tu chaqueta.

—Gracias. Te espero fuera.

Cuando salió a la calle, Kimi deseó haber seguido el consejo de su madre y haberse dedicado a la abogacía. Por lo menos se habría ahorrado el disgusto de encontrarse con su padre en algún acto social.

La puerta se abrió a su espalda un segundo después. Pero sabía que era demasiado pronto para que fuera Holden, así que se giró hacia la calle.

—*Mademoiselle*…

La voz, baja y de hombre, hizo que se estremeciera.

Cerró los ojos un momento y los volvió a abrir. Era su padre. Parecía tan perdido y tan falto de palabras como ella. Pero al final, la miró como pidiéndole perdón por todo y se atrevió a hablar.

—Espero no haberte incomodado. No sabía que estarías aquí.

—Creo que eso ha quedado claro. Y también que no quieres que esté cerca de ti. Pero estoy haciendo mi trabajo. Así que si te molesta mi presencia… te sugiero que te vayas de París —afirmó.

Él se frotó la sien como si le doliera la cabeza.

—Pensaba que había hecho lo correcto. Tenías tu vida en Estados Unidos, con tu madre, y yo tenía la mía en Europa. ¿Sabes? Nunca se lo conté a mi esposa… es una mujer demasiado conservadora, y no quise que supiera la equivocación que cometí cuando…

Su padre se detuvo. Pero Kimi se encogió de hombros.

—Pues yo me alegro de que la cometieras. Y por favor, no te preocupes por mí. Mi madre ha hecho un gran trabajo. No te echo de menos.

—Claudia y tú… os parecéis muchísimo. Es algo extraordinario.

—Parece una chica muy agradable.

—Lo es. Y quiero darte las gracias por no haber dicho nada.

Kimi sonrió, pero sin humor alguno.

—He mantenido el secreto durante veintiocho años. No lo revelaré ahora.

En ese momento apareció Holden. Llevaba su chaqueta en el brazo.

—*Bon nuit, monsieur.*

—*Bon nuit.*

Su padre giró en redondo y desapareció en el interior del edificio. Holden la ayudó a ponerse la chaqueta.

—¿Quieres que hablemos de ello?

Kimi respiró el fresco aire parisino.

—Quiero que me lleves a tu hotel y que me hagas olvidar.

—Eso está hecho.

—Bien. ¿Tienes champán?

—Diré que nos suban un par de botellas.

—Perfecto.

No sabía lo que Kimi necesitaba de él, pero estaba dispuesto a darle lo que quisiera. Si quería emborracharse, se emborracharía con ella. Si quería llorar y arrojar objetos por toda la habitación, se ofrecería como objetivo. Y si quería hablar, escucharía.

Durante el trayecto al hotel no dijo nada. Pero no soltó su mano. Era como si tuviera miedo de perderse si lo hacía.

Por fortuna, la mayoría de los empleados hablaban inglés y no tuvo problema para hacerse entender cuando les pidió el champán. Tenía hambre, y como no sabía si Kimi también querría comer, encargó un surtido de quesos, fruta y pan. El pan de aquel lugar le encantaba.

—¿Te parece bien si dejo que el señor Armani se tome la noche libre? —preguntó él.

Kimi se había acercado a una de las ventanas de la habitación.

—Sí, por supuesto…

Holden se quitó el traje y sacó los vaqueros que ella había elegido y una camiseta que parecía igual que las que él se compraba en las tiendas de su localidad, aunque costaba seis mil veces más en París

porque a un diseñador se le había ocurrido poner su nombre en el dibujo.

Cuando Kimi lo vio, soltó un grito.

—¿Qué pasa? Ya me has visto desnudo antes…

Holden corrió a taparse con los pantalones que acababa de sacar.

—¡Nunca, nunca, nunca dejes un traje tan bueno en una silla!

—¿Por eso has gritado? Me has dado un susto de muerte… Luego lo colgaré en el armario.

Ella negó con la cabeza. Después, se acercó a la silla, tomó el traje cuidadosamente y lo metió en el armario. Cuando terminó con él, estaba tan liso y perfecto como el día de la compra.

Holden ya se había vestido cuando llamaron a la puerta. Era el camarero, que llevaba su encargo. El joven se quedó parado en la sala y él pensó que querría ofrecerse a descorchar el champán, pero estaba esperando una propina. Así que sacó un par de billetes, se los dio y regresó al dormitorio con las cosas.

Estuvo a punto de que se cayeran al suelo.

Kimi estaba allí, en mitad de la habitación, sin más ropa que unas tiras de seda negra y encaje que enseñaban más de lo que cubrían.

Y llevaba los zapatos de tacón alto.

Se acercó a ella y la besó en el hombro.

—¿Te he dicho ya que eres la mujer más bella de París?

Ella rió.

—¿Sabes lo que siento cuando me lames como tú sabes?

Holden soltó un gruñido casi animal.

—No, pero pienso repetirlo. Y esta vez tendré la boca llena de champán —comentó—. Voy a abrir la botella.

—Buena idea.

Kimi tomó un trozo de manzana y se lo llevó a la boca. Él sirvió el champán y volvió a su lado.

—Mmmm. Muchas gracias —dijo ella—. Brindo por el caballero inesperado que me ha salvado del dragón…

—Yo no te he salvado de nada.

—Claro que sí. Has estado a mi lado cuando más te necesitaba —afirmó—. Gracias.

Kimi apoyó la frente en su pecho y luego se apartó para echar un trago de champán.

—Está es mi bebida preferida… —continuó.

Holden prefería tomar cerveza, pero se dijo que no era el momento más adecuado para comentarlo. Sobre todo porque un segundo después, Kimi dejó la copa en una mesa, se acercó y empezó a quitarle la camisa, que arrojó al suelo sin contemplaciones. Por lo visto, las camisetas de diseño no le preocupaban tanto como los trajes de diseño.

Después, le quitó el cinturón, se llenó la boca de champán y empezó a lamerlo y a chuparlo de un modo tan arrebatador y maravilloso que Holden consideró la posibilidad de renunciar a la cerveza y cambiar de bebida.

Cuando ya no pudo soportarlo más, la ayudó a incorporarse y le quitó las braguitas, que arrojó justo encima de su camiseta. Pero le dejó el sostén.

Después, le separó las piernas, la acercó a la ventana y ordenó:

—Inclínate.

Kimi se apoyó en el marco y se inclinó. Lo mejor de aquella habitación es que tenía unas vistas preciosas de la alta, orgullosa y ahora iluminada Torre Eiffel. Además, Holden podía ver el reflejo de su amante en el cristal.

Se acercó a ella por detrás y la penetró lentamente. Kimi se apretó con fuerza y él supo que no quería nada suave y sensual, sino duro y rápido.

Naturalmente, se lo concedió.

Sus respiraciones se aceleraron cada vez más y sus jadeos y gritos se hicieron más guturales. Ante ellos, las calles de París bullían con el sonido del tráfico y las voces de los vecinos y paseantes.

En el café de la esquina, el camarero se estaba preparando para cerrar. Sólo quedaba una pareja en las mesas, que saboreaba una copa de vino.

Holden vio todo eso y más mientras entraba y salía del cuerpo de Kimi, mientras olía su excitación y escuchaba sus gemidos de placer. Se inclinó hacia delante, le acarició los pechos todavía encerrados en el sostén y descendió por su estómago hasta llegar a su sexo,

húmedo y caliente. Le frotó el clítoris, aceleró el ritmo y enseguida la llevó al orgasmo. Al cabo de unos segundos, él también lo alcanzó.

Se tumbaron en el suelo y Holden empezó a acariciarle los pechos mientras recobraban la respiración.

—Gracias. Lo necesitaba con toda mi alma.

Holden la besó en el cuello.

—Ya sabes que estoy a tu entera disposición —bromeó.

—Creo que debería marcharme.

—No, por favor, quédate.

Ni él mismo pudo creer lo que acababa de decir. Pasar del sexo a la perspectiva de dormir juntos era un salto muy importante, lleno de implicaciones. Pero la idea no le asustó tanto como había imaginado. Todo lo contrario. Deseaba sinceramente que se quedara con él.

Ella volvió la cabeza y lo miró.

—No tengo cepillo de dientes, ni ropa limpia.

—Bueno, pediremos un cepillo. El servicio de habitaciones no podría ser más eficiente. Y dudo que seas la primera chica de París que se pone la misma ropa que el día anterior…

Kimi rió.

—Eso es verdad.

A pesar de todo, Kimi tardó tanto tiempo en responder a su oferta que Holden pensó que también tenía dudas al respecto. Pero al final lo abrazó con fuerza y dijo:

—Trato hecho. Además, mañana tendremos casi todo el día libre… Qué suerte.

Holden se encargó de pedir el cepillo de dientes y unos minutos después estaban cómodamente tumbados en la cama.

Ella se acercó y apoyó la cabeza sobre su pecho.

—¿Sabes qué es lo que más me entristece?

—¿Qué?

—Que Claudia parece encantadora. Se llama así… Caramba, tengo una hermana que se llama Claudia. La he conocido esta noche y me ha caído muy bien. Pero no sabe nada de mí —respondió—. Quién sabe, tal vez podríamos ser amigas. O imagina que algún día

necesita un riñón y no se lo puedo donar porque estamos condenadas a la separación…

Holden le acarició el cabello. Sabía que no era el momento adecuado para hablar.

—No sé cuándo es su cumpleaños ni qué amigos tiene ni si le gustan los diseñadores italianos tanto como parece. Nunca he conocido a sus novios. Sé que se va a casar, pero nunca he conocido a sus novios… Qué raro es todo —dijo con un suspiro—. Supongo que siempre deseé tener una hermana.

Holden pensó en su familia, en el ruido, en las discusiones, en las peleas con sus hermanos, en sus padres, y pensó que no los cambiaría por nada del mundo. Acababa de conocer a Kimi y no era probable que quisiera conocerlos, pero algún día se los presentaría y lograría que se sintiera como en casa.

—¿Crees que se marcharán pronto? —preguntó él.

Kimi clavó la mirada el pecho.

—Lo dudo. ¿Qué excusa podría darle mi padre? Han venido para elegir el vestido de novia y tiene que encontrarse con su novio. No pueden marcharse así como así…. Dios mío, esto es una pesadilla.

Holden la besó.

—Bueno, tienes toda una semana por delante. Y hasta es posible que tu padre cambie de opinión y decida contarle la verdad.

Ella se acercó y le mordió en la mandíbula.

—Olvidemos eso ahora. Quiero comerte.

Al parecer, Kimi no quería hablar. Y cuando empezó a acariciarle el pecho y la entrepierna, Holden decidió que él tampoco.

Capítulo 10

Kimi entró en su hotel a la mañana siguiente y miró hacia los ascensores. Estaría en la suite en un par de minutos y nadie sabría que había entrado en un establecimiento público con la misma ropa de la noche anterior. Excepto, tal vez, Brewster Peacock. Ese tipo tenía espías por todas partes.

Ya había cruzado la mitad del vestíbulo cuando alguien la llamó.

—*Mademoiselle* Renton…

No podía fingir que no lo había oído. Se giró muy despacio y vio que su padre se levantaba de uno de los sillones de la zona de espera y que doblaba el periódico que había estado leyendo.

La miró de los pies a la cabeza y en su expresión se dibujó una sombra de desagrado cuando notó que todavía llevaba el vestido de noche, que tenía el pelo revuelto y que no se había maquillado. Hasta el más despistado habría sabido que volvía de una noche de pasión.

La expresión de su padre le molestó profundamente. Lo que ella hiciera con su vida no era asunto suyo. Además, era hija de una conocida feminista y no iba a permitir que nadie la condenara por vivir su sexualidad con libertad y sin prejuicios.

—*Monsieur…* —dijo con frialdad.

—Te he estado esperando. He pensado que tal vez te gustaría desayunar conmigo.

—Gracias, pero ya he desayunado —afirmó—. Con mi amante.

Su padre la miró con cierta sorpresa. Pero se contuvo y dijo:

—Entonces, ¿qué te parece si tomamos un café?

—De acuerdo. Pero dame veinte minutos para que suba a cambiarme de ropa.

No estaba dispuesta a que la vieran a las once de la mañana con un vestido de noche.

—Perfecto. Te esperaré en el restaurante.

Kimi subió al ascensor y se preguntó qué estaría haciendo allí y qué querría en realidad. Aquello no tenía ningún sentido.

Cuando llegó a la suite, abrió el armario y eligió la ropa. Afortunadamente ya se había duchado en el hotel de Holden. Miró el reloj y vio que tenía diecisiete minutos antes de volver a ver al hombre cuyo esperma le había dado la vida. Tal vez fuera lo único que le había dado, pero le estaba agradecida por ello. Aunque no tan agradecida como para marcharse de París, que era lo que seguramente querría pedirle.

Entró en el restaurante diecinueve minutos después de haber dejado a su padre en el vestíbulo; es decir, con un minuto de adelanto. Al final se había puesto un top de Stella McCartney y unos pantalones negros de Prada con zapatos lisos de Chanel. Se había recogido el cabello, y el maquillaje estaba perfecto.

Lo vio de inmediato. Se había sentado en una mesita del fondo de la sala, lejos de oídos curiosos. Kimi lo miró y se sintió dominada por una suma de emociones contradictorias. Giovanni Ferrero parecía exactamente lo que era: un aristócrata italiano con dinero y un hombre de familia. Pero también parecía un hombre con secretos.

Tenía un periódico abierto sobre la mesa y su mano sostenía un café. Cuando se llevó la taza a la boca, sus miradas se encontraron. Él se levantó lentamente y le apartó una silla. Ella aceptó el ofrecimiento y se sentó.

El camarero se acercó enseguida. Su padre era del tipo de hombres que siempre tenían a un camarero atento a cualquier necesidad.

—¿Qué desea tomar?

—*Un café au lait, s'il vous plait* —dijo ella.

Su padre intervino y pidió también una selección de cruasanes, panecillos, queso y fruta.

Cuando el camarero se marchó, él dijo:

—¿Hablas francés?

—Sí. Y también italiano.

Giovanni arqueó una ceja y la miró. El camarero volvió un par de minutos después con todo lo pedido y desapareció de nuevo.

—¿Y bien? ¿Por qué querías verme? —preguntó ella.

Él sonrió.

—Pareces italiana, pero tienes la franqueza de una estadounidense.

Kimi pensó que su padre era un hombre atractivo. Su pelo seguía siendo oscuro, aunque tenía algunas canas. Su boca era firme y sensual. Y en cuanto a sus ojos, no tenían ningún secreto para ella: eran los mismos que veía cuando se miraba a un espejo.

—No quería nada en particular —continuó él—. Sólo verte y charlar un poco.

—Charlar…

Kimi se inclinó sobre el surtido y se sirvió un cruasán, un poco de queso y unos pedazos de manzana. No tenía hambre. Ya había desayunado con Holden, y además estaba demasiado tensa para probar bocado. Pero le pareció lo más elegante en esa situación.

—Verte anoche fue toda una sorpresa para mí —confesó él.

—Para mí también

Su padre asintió con gravedad.

—No sabía que te parecieras tanto a mí. Ni sobre todo, a mi hija…

Kimi se resistió a hacer el comentario evidente de que ella también era su hija. Se preguntó qué habría visto su madre en aquel hombre, pero era una pregunta innecesaria. Giovanni era muy atractivo. Hasta su voz lo era. Hablaba con un inglés perfecto y el acento justo para resultar enigmático. Indudablemente, tenía éxito con las mujeres. Pero le pareció increíble que su madre, una mujer feminista y algo estricta con sus cosas, se hubiera encaprichado de él en su juventud.

Por lo visto, Giovanni estaba pensando en algo parecido. Porque de repente, comentó:

—Le pedí a tu madre que nos casáramos. ¿Lo sabes?

Kimi asintió.

—Mamá siempre me ha contado la verdad.

—Me rechazó. Tu madre era tan… contenida. Supongo que ésa fue una de las cosas que más me gustó de ella. Era distinta a las mujeres que conocía. Me gustaba su sinceridad y su seguridad. Además, yo estaba lejos de casa, me sentía influido por las ideas y por las personas que encontré en la universidad y desde luego no pensé en las consecuencias de nuestros actos —afirmó.

Giovanni la miró como si hubiera comprendido que referirse a ella como si sólo fuera la consecuencia de una aventura sexual era poco halagador.

—No amaba a tu madre ni ella me amaba a mí —continuó—, pero me enfadé mucho cuando se negó a casarse conmigo. Aunque debí imaginar que tu madre era demasiado independiente para querer casarse por haberse quedado embarazada.

—Sí, suele decir con ironía que una mujer sin un hombre es como un pez sin bicicleta —comentó Kimi.

—Ah, lo recuerdo… nunca entendí ese aforismo —dijo él, negando con la cabeza—. Pero de todas formas, no tenía más remedio que acatar su decisión. Así que me aseguré de que tuvieras todo lo que pudieras necesitar y los dos llegamos al acuerdo de actuar como si nunca nos hubiéramos conocido. Luego volví a Italia.

—Pero os conocisteis.

Él asintió.

Estuvieron sentados un buen rato sin decir nada, en completo silencio. Ella tomó un poco de café y pensó, como tantas otras veces, que su padre había renunciado con demasiada facilidad. Incluso suponía que había sido un alivio para él.

—No quiso casarse conmigo —insistió.

—Te escribí.

Él la miró y asintió de nuevo.

—Lo sé.

—Y le pediste a tu maldito abogado que me contestara.

—Sí, eso fue… lamentable.

—¿Lamentable? ¿Sólo lamentable? —preguntó, alzando la voz más de la cuenta—. Yo tenía quince años, por Dios. Sólo buscaba un poco de… no sé, un poco de reconocimiento. Y tú le pediste a tu

abogado que me dijera que entrar en contacto contigo o con tu familia sería poco adecuado.

—¿Y qué querías que hiciera? Mi esposa no sabe nada de mi pasado. Además, mis hijas sólo eran adolescentes… Tu madre tomó su decisión, Kimberley. Y la respeté —explicó—. Ahora te pido que tú respetes mi decisión de mantener a mi familia al margen e impedir que les hagan daño. Ya te he dicho que mi mujer es demasiado conservadora, demasiado devota. Sabe que no llegué virgen al matrimonio, pero…

—No sigas. Lo entiendo perfectamente —espetó.

—Sé que esperas algún tipo de disculpa, pero hice lo que consideré correcto. Sin embargo, lamento haberte herido con mis actos.

—Entonces, ¿qué haces aquí? Me pediste que me mantuviera lejos de tu familia y lo hice. Incluso mentí a tu hija anoche para que no pudiera sospechar tu secreto.

—Lo sé. Cuando te vi en la fiesta, me llevé una sorpresa tan grande que no pude pensar con claridad.

—No sabías nada de mí, ¿verdad?

Giovanni sonrió con tristeza.

—Sinceramente, no. Digamos que he huido de ti para protegerme. Prefería pensar que eras la hija de tu madre, nada más. Era… más fácil.

—Hasta anoche.

—En efecto. Al principio pensé que el parecido era una simple coincidencia. Pero le pregunté a alguien y me dijo que eras Kimberley Renton.

—Internet.

—¿Cómo? —preguntó, sin entenderla.

—Yo he seguido tu vida por Internet. He visto fotografías tuyas y de tu esposa en muchas publicaciones y sé que diriges varias empresas importantes. Incluso podría decirte cuántas veces has estado en Nueva York de viaje de negocios —declaró.

—Creo que yo también te investigaré en Internet cuando vuelva al hotel.

—No hace falta. Soy redactora de una conocida revista de moda y estoy en París para asistir a la semana de la alta costura. Lo cual quiere decir que no tengo intención alguna de marcharme y dejarte el campo libre.

—Querida mía, me has malinterpretado. No he venido hoy para hablar del pasado, sino para… para preguntarte si hay alguna posibilidad de que lleguemos a conocernos un poco mejor —confesó.

Kimi no supo qué decir. Llevaba años esperando aquel momento, y ahora se quedaba sin habla.

—¿Pero qué hay de Claudia?

Él bajó la mirada al plato.

—Claudia está muy ocupada con los preparativos de la boda. Tal vez no sea el mejor momento para revelarle tu identidad.

—Entonces, prefieres seguir ocultando mi existencia…

—El prometido de Claudia llega hoy mismo. Tendrán muchas cosas que hacer. Y he pensado que tú yo podríamos aprovechar la ocasión…

En ese momento, Kimi supo que no sería suficiente. Ya no era una adolescente necesitada de padre. Era una mujer adulta. Si su padre biológico quería que formara parte de su vida, tendría que compartir esa vida con ella.

Por fin, negó con la cabeza.

—Estoy trabajando. No tengo mucho tiempo libre.

—Bueno… entonces, podríamos aprovechar este rato para conocernos mejor.

—Claro. ¿Qué quieres saber? Veamos… estudié Filología y Literatura en Wellesley. Quería ir a una academia de moda, pero mi madre me lo impidió. Pensándolo con un poco de perspectiva, quizás tuviera razón. Tengo veintiocho años, sigo soltera y poseo un apartamento diminuto en el Upper East Side de Nueva York que compré gracias a tu dinero. Me gusta la ropa, viajar y las películas de Audrey Hepburn. Ah, y soy alérgica a la piña —dijo.

Giovanni Ferrero asintió con seriedad.

—Eso lo has heredado de mí. También soy alérgico a la piña —dijo, sonriendo—. Menos mal que la detesto…

Kimi también sonrió.

—Y yo.

—Por cierto… el hombre con el que te vi anoche, ¿es tu novio?

—No, nos conocimos hace cuatro días —respondió mientras untaba mermelada de frambuesa en el cruasán—. Hum. Tendrías que probar estas mermeladas. Son magníficas.

Kimi notó la mirada de desaprobación de Giovanni y sintió una satisfacción enorme. Probablemente sólo fuera un resto de su rebelión adolescente. Era la primera vez que sentía la desaprobación de un padre.

—¿Estás segura de que ese tipo de comportamiento es adecuado?

—Ahora hablas como un padre. ¿Piensas hablar a solas con él y preguntarle cuáles son sus intenciones? —dijo con ironía.

Giovanni tardó unos segundos en responder.

—Supongo que no.

Capítulo 11

Holden ya se había acostumbrado a los pases de modelos y a todos los entresijos del mundo de la moda, pero sabía que aquella velada iba a ser especial. Los diseñadores competían entre sí por ver quién hacía los desfiles más originales, y esa noche era el turno de Daniel LeSarge, que presentaba su colección de sombreros y se las había arreglado de algún modo para conseguir que el pase se realizara en el Museo D'Orsay.

Desde el punto de vista de Holden, lo mejor de hacer un pase de modelos en uno de los museos más famosos del mundo era que el sistema de seguridad sería inmejorable. No querrían que nadie robara los Van Gogh y los Monet, de manera que el edificio estaría lleno de guardias con uniforme y de incógnito.

No obstante, tenía intención de mantener los ojos bien abiertos. Aquella noche no iban a robar ningún vestido delante de sus narices.

Kimi lo recogió en su coche alquilado y pasó a la rutina diaria de revisar su vestimenta y asegurarse de que llevaba atados los cordones de los zapatos.

Unos segundos después, asintió con aprobación.

—¿Ya puedo besarte? ¿O temes que te arruine el maquillaje?

Ella le guiñó un ojo.

—Puedes arruinarme el maquillaje.

Holden la besó apasionadamente y ella le tomó de la mano cuando el chófer arrancó.

—Bueno, ¿qué has estado haciendo con tu día libre? —preguntó él.

Holden lo había pasado entre toneladas de trabajo, estudiando los informes y los planos del Museo. La seguridad era tan buena como había supuesto, pero no había ningún sistema en el mundo que fuera perfecto. El truco consistía en encontrar su debilidad y arreglarla antes de que alguien pudiera aprovecharse de ella.

Kimi volvió la cabeza y miró por la ventanilla.

—Ha sido un día muy extraño. Mi padre me estaba esperando en el hotel cuando llegué esta mañana —explicó.

—¿Y qué quería?

—Creo que ni él mismo lo sabía —respondió—. Dijo que deseaba pasar un rato conmigo y conocerme mejor, pero dejó bien claro que no tiene intención de presentarme a Claudia ni al resto de su familia.

Holden hizo un esfuerzo y se contuvo. No quería decir lo que pensaba de aquel hombre. Habría sonado demasiado mal.

—¿Y qué le dijiste?

Sus ojos brillaron en la oscuridad.

—Que estaba demasiado ocupada.

—Buena chica —dijo, apretándole la mano—. Me parece increíble que quiera mantenerte en secreto.

—En cierto modo, lo entiendo. Tiene una vida tranquila. Es un hombre influyente y con poder, que nunca le ha hablado de mí ni de mi madre a su esposa. Es lógico que quiera proteger a su familia.

—Tonterías. Sólo quiere protegerse a sí mismo. ¿Y qué me dices de ti? ¿Es que tú no importas nada? —preguntó.

—Holden…. olvídalo. Las cosas son así, aunque te agradezco que hayas estado a mi lado.

—¿Va a volverse a Italia?

—No. Y ya le he dicho que yo voy a quedarme en París.

—Pues puede ser divertido…

—No voy a permitir que me destroce mi semana preferida. Y hablando de trabajo, tengo muchas ganas de ver el trabajo de Daniel. Sus espectáculos suelen ser increíbles.

—¿Espectáculo? Pensaba que era un pase de sombreros…

—En efecto, pero seguro que nunca has visto sombreros como ésos. Según la publicidad de su agencia, se ha inspirado en el museo.

—¿Y eso qué significa? ¿Va a recrear a los impresionistas en un montón de pamelas de señora? —preguntó.

—Tal vez. Lo siento por la pobre modelo que acabe con un cuadro de Monet en la cabeza —se burló.

—Empiezo a sentir curiosidad.

—Y yo tengo curiosidad por ver qué te parece. Prométeme que serás sincero conmigo y que me darás tu opinión de verdad, sin censuras.

—Cariño, yo siempre me entrego a ti sin censuras.

Los ojos de Kimi brillaron de excitación. Holden sintió el calor de su piel cuando introdujo una mano bajo su cabellera y se la puso en la nuca. La besó con suavidad, sin prisa, saboreando su boca.

Cuando llegaron a su destino, Kimi se arregló un poco el carmín y salió del coche.

—Este sitio me encanta… —dijo ella.

Justo entonces, se llevó un buen disgusto.

—Oh, vaya, me acabo de enganchar una uña en el vestido y se me ha roto. Espera un momento.

Kimi volvió a entrar en el coche, sacó un maletín con un kit de manicura y se puso manos a la obra. Un minuto después, su uña estaba en perfecto estado.

—Vaya, es la primera vez que veo algo así…

Kimi sonrió.

—Lo sé. Es un regalo que me hicieron en Japón. Lo llevo a todas partes.

Entraron en el museo, pero la suerte parecía empeñada en reírse de ellos, porque las primeras personas que vieron fueron a Giovanni, su hija y un individuo rubio y fuerte que a Holden le habría parecido un guardia de seguridad si no hubiera estado abrazado a Claudia, la hermanastra de Kimi.

Tenía la nariz como si se la hubieran partido en algún momento y bajo el traje de Armani se notaba su musculatura. Llevaba una camisa sin gracia, que Kimi no habría aprobado, y una corbata de color borgoña. Sus ojos pálidos miraban con atención y poseía la actitud vigilante de muchos ex militares y agentes de la ley.

En ese momento, y tal vez notando que Holden lo observaba, sus miradas se cruzaron con indiferencia. Pero entonces se fijó en Kimi y su actitud cambió de forma casi imperceptible. Sin darse cuenta, Holden pasó un brazo alrededor de su amante y la atrajo hacia sí en gesto protector. Era una forma como otra cualquiera de decirle que aquella gemela era suya.

El hombre le dijo algo a Claudia, que alzó la mirada, los vio y los saludó con una enorme sonrisa. Holden notó que Kimi se ponía en tensión y que miraba a su padre con cara de impotencia. Pero no pudo hacer nada, porque Claudia se dirigió directamente hacia ella.

—Hola —dijo la joven.

—Hola, Claudia.

—Te presento a mi prometido, Vladimir… Oh, pero he olvidado tu nombre…

—Kimberley. Kimberley Renton.

—Sí, por supuesto, Kimberley…

—Pero mis amigos me llaman Kimi.

Kimi estrechó la mano de Vladimir y Holden se vio arrastrado a una situación francamente comprometida. Por la expresión del novio, supo que él también se sentía fuera de lugar.

Estaban a punto de terminar en un silencio incómodo cuando se oyó un grito colectivo de asombro y todos giraron las cabezas.

Kimi empezó a reír.

Una modelo caminaba hacia la multitud. Su maquillaje era tan pálido como el lápiz de labios, pero le habían pintado los ojos de colores brillantes como si estuviera en una función teatral. Llevaba un vestido ajustadísimo, de color negro y específicamente pensado para que todos se fijaran en el sombrero que dominaba su aspecto: el objeto más monstruoso que Holden había visto en toda su vida. Básicamente, una pajarera. Negra, de hierro y con forma oval, surcaba su cabeza como si fuera un tren.

En ese instante, cayó en la cuenta de que el Museo D'Orsay había sido una estación de ferrocarril. Y la inspiración de Daniel no se había basado en los cuadros, sino en la decoración art decó de la vieja estación, con sus techos de cristal y su hierro forjado.

En el interior de la jaula, que debía de pesar una tonelada, había un canario.

La gente estalló en aplausos y empezaron a salir más modelos, todas con jaulas en la cabeza y con motivos decorativos que variaban entre las flores, la tela y las plumas. Una incluso llevaba un reloj pintado en la cara. Y en determinado momento, los pájaros empezaron a cantar entre los aplausos.

Aquello era toda una locura. Pero una locura mágica.

Holden sacó la cámara y empezó a hacer lo que mejor se le daba: capturar momentos únicos.

Por suerte para él, llegó a tiempo de fotografiar a una dama que se acercó a una de las modelos con intención de dar una miguita de pan a un pájaro azul. La modelo no tuvo más remedio que inclinarse para facilitarle la labor.

Fue un momento tan increíble que sintió la emoción que sólo sentía de vez en cuando en la naturaleza cuando contemplaba algo excepcional.

Cuando se giró, se encontró cara a cara con Brewster Peacock. El columnista lo miró con expresión calculadora.

—Buena foto.

—Gracias.

—Me encantaría que mi columna apareciera con una imagen como ésa.

No era la primera vez que le pedían una fotografía. Pasaba con frecuencia. Los periodistas aprovechaban cualquier oportunidad para jugar con ventaja, y no era extraño que ofrecieran grandes sumas de dinero para que los fotógrafos traicionaran a sus medios y vendieran su trabajo a otros.

Pero Holden no era de ese tipo de hombres.

—Te lo agradezco mucho, pero si quieres una foto, tendrás que hablar con Kimi.

Holden se despidió del columnista y volvió con su amante, que estaba tomando notas en una esquina.

—Ha sido increíble, ¿verdad? —dijo ella—. Escribiré una columna esta misma noche para que aparezca en la edición de mañana.

—Tengo unas fotografías que me gustaría que vieras.

—Pues vamos allá.

Mientras se dirigían a la limusina, Holden le contó lo sucedido con Brewster Peacock. Ella lo encontró tan divertido como el hecho de haber visto a un montón de modelos con jaulas de pájaros en la cabeza.

Ya casi habían llegado al coche cuando alguien llamó a Kimi. Era Brewster.

—Kimi, cariño… ¿te marchas tan pronto? Quería hablar contigo.

—Llámame mañana…

—Es importante.

—Es que tengo que escribir una columna.

—Yo también.

Brewster lo dijo de un modo tan seco y amenazador que Holden lo miró con cara de pocos amigos. Pero Brewster no lo notó porque ya les había dado la espalda.

Cuando subieron a la limusina, ella dijo:

—Escriba lo que escriba, su columna no va a tener las mejores fotografías de la historia de la moda.

Kimi se inclinó y le besó apasionadamente.

—Tus fotografías serán fabulosas, lo sé. Guardaremos las mejores para la revista, pero podemos usar un par para mi columna.

—Pero si todavía no las has visto…

Ella volvió a besarlo.

—Si Brewster quería robártelas, deben de ser magníficas.

No se podía decir que aquello fuera exactamente un cumplido. Kimi se dio cuenta, lo besó por tercera vez y comentó:

—Cuando haya terminado de escribir esa columna, tendremos toda una noche para lo que tú quieras.

—¿Para lo que yo quiera?

Ella se frotó la nariz y lo miró.

—Bueno, sí, pero tendré derecho a veto.

Holden echó la cabeza hacia atrás y rió.

—¿Te han dicho alguna vez que eres una obsesa del control?

—Sí, más de una.

Esta vez fue él quien la besó. Quería dejar bien claro que lo del control era una carretera de doble sentido.

Algunos podrían decir que el diseñador Daniel LeSerge tiene pájaros en la cabeza.

Eran las primeras líneas del artículo de Kimi, quien intentó evocar el ambiente del pase de aquella noche y el aspecto de los sorprendentes diseños. La semana de la alta costura era la fiesta de la ropa, y nadie encarnaba mejor la irreverencia de la moda y su sentido del espectáculo que Daniel.

Si conseguía tener el artículo y las fotografías de Holden antes de la medianoche, estarían entre los primeros que informaran al respecto. La parte más importante de su trabajo eran los textos para la revista, pero disfrutaba con la inmediatez de ese tipo de reportajes.

A las once ya había terminado.

Releyó la nota, la corrigió un poco y la dejó a un lado. Cinco minutos después, Holden llamó a la puerta.

—¿Y bien? —preguntó ella.

Holden sonrió y la besó.

—Te he traído dos de las mejores.

Kimi echó un vistazo a las imágenes y estuvo a punto de derretirse.

—¿Sabes lo excitada que estoy?

—No, pero si quieres demostrármelo…

Las fotografías eran maravillosas. Tal vez despreciara el mundo de la moda, pero Holden no permitía que sus prejuicios se interpusieran en su arte. La primera estaba marcada con una cruz, como para indicarle que era su preferida, y mostraba a una mujer que daba de comer a uno de los pájaros de las jaulas. Le pareció tan divertida que se echó a reír. Pero no era simplemente divertida: también había conseguido plasmar la belleza y la originalidad del sombrero.

—Creo que ésta me la voy a guardar para la revista. Para la nota de hoy, que supongo que se publicará en Internet, sería mejor la de las plumas con el cuadro de Picasso de fondo.

—Como quieras.

Cinco minutos más tarde, las fotografías y el texto ya habían llegado a Nueva York.

—Muy bien —dijo ella—. Ahora soy toda tuya.

—Me alegro, porque tengo unas cuantas ideas.

—¿Qué ideas?

—Confía en mí.

—No sé si…

Holden sonrió.

—Ponte un jersey y sígueme.

—¿Un jersey?

Él se encogió de hombros.

—Bueno, o cualquier otra cosa. En la calle hace fresco —explicó—. Un jersey, una chaqueta, una manta…. lo que más te guste.

—¿Por qué?

—Porque estamos en París, es de noche, me gustas mucho y se me ocurren ideas raras.

—¿Y por qué llevas la cámara?

Kimi pensó que era el hombre más apasionante que había conocido en toda su vida. Y no sólo eso, sino también el más imprevisible.

Sus ojos estaban llenos de deseo cuando la volvió a mirar.

—Soy fotógrafo. Y es posible que encuentre algo bonito que fotografiar.

Las palabras de Holden bastaron para que su cuerpo se incendiara de pasión. Como en el Día de la Bastilla, cuando París se llenaba de fuegos artificiales.

Capítulo 12

Kimi entró en el cuarto de baño con la sensación de que se iba a divertir, metió un chal en un bolso y se cambió los zapatos de tacón alto por unas zapatillas de bailarina.

Estaba realmente encantada. Contenta por el artículo que acababa de escribir y por las fotografías de Holden, pero sobre todo por la perspectiva de pasar toda una noche con su amante.

—Bueno, vámonos.

—Ésa es mi chica…

—¿Quieres que pida el coche?

Holden sacudió la cabeza.

—No, nada de coches.

—De acuerdo.

Bajaron en el ascensor. Kimi notó que lo único que llevaba encima era la bolsa con la cámara.

—¿Adónde vamos?

—Nunca he visto París de noche. Pensé que te gustaría enseñármela…

—¿París de noche? ¿Quieres que sea tu guía?

—Exacto.

—Entonces deberíamos empezar por los paseos del Sena. Hay luna y será muy romántico.

—Pero…

—Nada de peros. Me has pedido que te sirva de guía. Si quieres ver París de noche, empezaremos por el río.

Lo tomó de la mano y caminaron por la orilla del río, lleno de barcos de turistas y de todo tipo de embarcaciones.

Fue verdaderamente bonito. Una noche gloriosa. El cielo estaba completamente despejado; el aire era fresco pero no desagradable y el Sena brillaba tranquilo y silencioso.

Al acercarse a un puente, él dijo:

—Espera un momento.

Abrió la bolsa y sacó la cámara.

—Eh, yo no soy una modelo…

—Esta noche lo serás. Vas a ser mi musa personal, mi inspiración.

—Nunca he sido la inspiración de nadie. ¿Qué quieres que haga?

—Quédate junto al puente —ordenó—. Sí, ahí mismo…

Kimi obedeció. No había nadie a su alrededor, y aunque el paseo estaba iluminado, la luz de las farolas era tan leve que podía ver las estrellas.

Se apoyó en la farola y lo miró.

—No, no, no. No quiero una típica foto de turistas. Quiero que demuestres que estás en París, que te lo estás pasando en grande y que eres muy feliz. Venga, sonríe…

—Dime lo que quieres que haga exactamente —declaró, frustrada.

—Quiero París. Quiero su espíritu. Dicen que esta es la ciudad del amor, ¿no? Pues dame amor. Dame romanticismo. Y si no puedes, al menos dame sexo…

—¿Sexo? —preguntó—. Muy bien, como quieras. Te daré sexo.

Kimi se abrió la blusa. No demasiado, lo justo para enseñar la parte superior de sus senos. Después, se levantó la falda y posó como si se estuviera ofreciendo a un desconocido. Como si fuera una prostituta de las orillas del Sena.

—Magnífico —dijo él—. Eso es. Excelente…

Holden se acercó a ella sin dejar de disparar la cámara.

—Ahora, desabróchate lentamente otro botón. Y mírame mientras lo haces. Pero despacio, muy despacio…

Ella lo miró por debajo de sus pestañas, notó la pesadez de sus senos y supo que sus pezones se le endurecerían con el aire fresco de la noche. Pero se llevó las manos al pecho y lenta, muy lentamente, se desabrochó otro botón.

—¿Holden?

—Sí —respondió él con voz ronca.

—¿No se suponía que ibas a sacarme una foto?

Pasó un largo segundo sin que él hiciera otra cosa que mirarla, embobado.

—Ah, sí, claro…

—Será mejor que repita la operación.

Kimi se volvió a abrochar el botón y lo desabrochó por segunda vez. En esta ocasión, Holden estuvo atento e hizo la fotografía.

—Maravillosa. Estás maravillosa.

Kimi casi esperaba que Holden le preguntara el precio de sus servicios. Pero en lugar de eso, esbozó una gran sonrisa.

—¿Y ahora? ¿Dónde vamos?

—Estamos en París. Tomemos la siguiente escalera que encontremos y a ver dónde nos lleva…

—Fantástico.

Kimi conocía muy bien la zona y sabía adónde se dirigía, pero prefería jugar un poco con él.

Empezó a abrocharse los botones y él dijo:

—Ponte el chal.

Ella se la puso sobre los hombros. Después, subieron por la primera escalera y llegaron a la calle, que avanzaba por encima del río. La Torre Eiffel los saludó con su luz.

—Espera un momento —dijo mientras ella empezaba a cruzar un puente—. Me gusta la vista desde aquí.

—De acuerdo.

—Inclínate un poco y mira la torre.

Ella lo hizo.

—Así, muy bien… no te muevas.

Holden se acercó por detrás y ella sintió que le levantaba la falda.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Ssss…

Kimi sintió que la tela subía más y más sobre su cuerpo. Holden no la tocó, pero la dejó expuesta a la suave brisa, al brillo del cielo y al susurro suave del Sena. Después, sus cálidas manos le apartaron

los muslos para que separara las piernas. Estuvo a punto de soltar un gemido.

Era muy emocionante. Estaban en mitad de la ciudad y alguien podía verlos en cualquier momento.

Holden retrocedió. Kimi imaginó la pinta que tendría desde atrás: totalmente vestida, pero con la falda levantada por encima de la cintura y sin más protección que las braguitas de seda y encaje azul.

Lo deseó con toda su alma.

—Vuelve la cabeza y mírame.

Ella obedeció y pensó que era el hombre más excitante del mundo. La brisa la tocaba justo donde estaba más caliente y húmeda. Era una caricia que no podía darle satisfacción, pero que aumentaba su deseo.

Cuando Holden terminó, estaba tan excitada que casi no se sostenía en pie.

—Tienes talento de modelo —murmuró él.

Siguieron caminando. Al llegar al Arco del Triunfo, hizo que se apoyara en una farola con un letrero donde se leía: Rue Charles DeGaulle. Después, le sacó un seno del sostén y le pidió que pusiera las manos sobre la cabeza.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Calla… esto es arte.

Había coches en la calle y sabía que podían verlos. Pero era tan excitante que no pudo resistirse.

Una vez más, oyó el clic de la cámara. Y una vez más, sintió una oleada de calor.

—Ahora tócate —ordenó él—. Ofréceme tu pecho.

Ella gimió suavemente e hizo lo que le había ordenado, mirándolo como si estuviera loca por conseguir su atención y atraerlo hacia sí. Pero la cámara era una especie de amante que mantenía a Holden al margen, detrás, como un desconocido que observara la escena.

Sin esperar la orden siguiente, se sacó el otro seno por encima del sostén que todavía llevaba. No había nada, salvo el fino chal, entre su desnudez y el mundo. Y sabía que Holden estaba tan excitado como ella.

Pero todavía no había llegado el momento.

Cuando terminaron allí, Kimi lo llevó a la Plaza Vendôme, que albergaba algunas de las tiendas más caras de la ciudad y que se encontraba muy cerca de su hotel. Por supuesto, el establecimiento de Cartier estaba cerrado. Y fue precisamente allí donde Holden le pidió que posara.

Kimi pensó que aquello era la cuadratura del círculo. Sexo en una de sus tiendas preferidas.

Holden adivinó sus pensamientos.

—Si quieres esperar a que abran la tienda, estaremos aquí toda la noche. Venga, siéntate en el suelo. Justo ahí.

Ella empezó a agacharse.

—Pero antes, dame tus braguitas —añadió.

Por primera vez, Kimi estuvo a punto de negarse. Aquello le pareció ridículo. Pero sabía que Holden esperaba que se negara, así que se metió las manos bajo la falda y se las quitó muy despacio. Después, avanzó hacia él y las metió en el bolsillo superior de la chaqueta, dejando un poquito a la vista como si fuera un pañuelo.

Regresó a la entrada de la tienda y se sentó en el suelo. Pero no antes de asegurarse de que la tela quedara entre ella y el pavimento.

No necesito que Holden le pidiera nada. Ahora ya sabía lo que quería.

Separó las piernas, aunque no demasiado, y dejó que la fotografiara. Se subió la falda, pero no demasiado, y le ofreció una imagen más cerca del erotismo que de la pornografía. Luego, se cerró el chal e imaginó que se quedaban allí hasta que Cartier abriera.

Desde el lugar donde estaba podía ver la erecta columna de Napoleón. Las placas de bronce que la decoraban se habían hecho con cañones fundidos de la batalla de Austerlitz. Y en lo alto, arriba del todo, la estatua del corso contemplaba la escena.

Volvieron por la Rue de Rivoli.

—Es un parque muy bonito —dijo Holden.

—El Parque de las Tullerías. Nunca había estado de noche.

—Pues entremos.

Entraron en el parque y ella sintió la magia del lugar. Metido entre el Louvre, el Sena y la Plaza de la Concordia, era un lugar precioso y antiguo, lleno de estatuas y árboles. Supuso que habría otras parejas, pero la oscuridad ofrecía discreción para todos.

Caminaron tomados de la mano. Al llegar a la altura de una mujer desnuda, Holden la abrazó y la besó con apasionamiento. Ella gimió y se apretó contra él. Podía sentir su erección contra el cuerpo.

Segundos después, Holden le quitó el chal y le hizo unas cuantas fotografías más. Luego, se acercó a un banco y apoyó la cámara en él.

—Es una lástima que no tenga trípode —murmuró.

El banco no sirvió para sus propósitos, pero encontró una rama firme y a la altura necesaria, y dejó la cámara en ella. Debió de ponerla en modo automático, porque se acercó y la besó. Kimi pasó los brazos a su alrededor.

Ya había perdido la cuenta de las fotografías cuando empezó a acariciarla con intenciones evidentes. De vez en cuando se giraba hacia la rama, como queriendo asegurarse de que el ángulo era el correcto y de que las imágenes saldrían bien.

La apoyó en la fría estatua de mármol, la levantó contra él y se bajó los pantalones. Prácticamente de inmediato, entró en ella y Kimi pensó que nunca había deseado tanto a un hombre.

La lenta seducción del ejercicio fotográfico había terminado. Ella se dejó llevar por una pasión que bordeaba la desesperación y alcanzó el orgasmo tan deprisa que fue la primera sorprendida.

Pero Holden no tenía suficiente. Siguió moviéndose, imperturbable, hasta que esta vez llegaron juntos al clímax.

Capítulo 13

El sonido del teléfono móvil la despertó. Se maldijo por no haber apagado el trasto cuando Holden se marchó poco antes de que amaneciera, tras recordarle que tenía una reunión y que sería mejor que durmiera un poco.

Extendió un brazo, tomó el teléfono y miró la pantalla. Sorprendentemente, era su madre.

Aquello la extrañó. Su madre no la llamaba nunca cuando estaba de viaje de negocios. A no ser que surgiera alguna emergencia.

—¿Mamá? ¿Va todo bien?

—Sí, pero ha pasado algo raro y quería hablar contigo.

Kimi se sentó en la cama y se apoyó en la almohada.

—¿De qué se trata?

—¿Estabas dormida? Pensé que ya te habrías despertado… Sé que ya son las siete y media en París. He calculado la hora para encontrarte antes de que te marcharas a trabajar.

—Bueno, es que anoche me acosté muy tarde. Tenía que entregar un artículo.

Kimi recordó lo sucedido y pensó que no habría dormido más de tres horas. En cuanto terminara de hablar con su madre, seguiría durmiendo un rato.

—Un hombre de apellido extraño me llamó ayer desde París.

—¿Un hombre? ¿Cómo se apellidaba?

—Algo así como Peacock. Espera un momento, lo apunté en alguna parte… ah, sí, aquí está. Brewster Peacock.

—¿Y qué quería?

Lo preguntó por preguntarlo. Se lo imaginaba.

—Dijo que era amigo tuyo y que siempre te ha tenido por una periodista con mucho talento, en lo que naturalmente estuve de acuerdo —declaró—. Añadió que quería escribir sobre ti en su columna y que necesitaba más datos de tu vida. Insinuó que tú le habías dado mi número de teléfono, lo cual me sorprendió bastante porque no me habías dicho nada. Pero él añadió que estabas muy ocupada con el trabajo y que seguramente se te habría olvidado.

Kimi se había quedado sin habla.

—También comentó que habías conocido a tu padre.

—Oh, no… ¿Qué le dijiste, mamá?

—¿Qué crees que le dije? No soy tonta, Kimi.

—Eso ya lo sé.

Kimi estaba tan tensa que tuvo que levantarse de la cama. Brewster era un canalla.

—Dije que nunca hablo de la familia con desconocidos —comentó.

—Excelente.

—Bueno, es la pura verdad. Pero ¿se puede saber qué está pasando, Kimi? ¿Quién es ese hombre? ¿Y qué es eso de que has conocido a tu padre?

Kimi entró en el cuarto de baño y se puso el albornoz.

—Ese hombre es un canalla que se divierte destruyendo la vida de la gente. Todo el mundo de la moda lee su columna. Todo el mundo —repitió—. ¿Y sabes otra cosa? Lo de mi padre es verdad. Me encontré con él, y Brewster se dio cuenta.

—¿Tu padre está en París?

—Sí, con mi hermanastra mayor. Se llama Claudia.

—Oh, Dios mío, lo siento tanto… ¿Hablasteis? ¿Te reconoció? ¿Cómo es posible que ese tal Peacock lo adivinara?

—Peacock tiene espías por todas partes. Paga a los porteros, a los chóferes y a las criadas para que le den información. Supongo que alguien me vería con Giovanni Ferrero y se lo comentó.

Kimi se acercó a la ventana y miró a la calle. Pero se apartó enseguida y empezó a caminar de un lado a otro.

—Pero eso no es lógico. La gente habría pensado que tenías una aventura con él. No que fuera tu padre…

—Te olvidas de Claudia. Se parece muchísimo a mí. Imagino que nos vio a los tres juntos y ató cabos.

Su madre permaneció unos segundos en silencio, como si todavía no hubiera asumido la noticia.

—Has hablado con tu padre…

—Sí. Primero hizo todo lo posible para que no le revelara mi identidad a Claudia y luego se presentó en mi hotel porque quería hablar conmigo. Es muy agradable, aunque dejó bien claro que no me quiere en su vida.

—Lo siento muchísimo, mi niña.

—Hablaré con Brewster. Si publica eso en su columna…. Qué horror. Mi padre podría pensar que es culpa mía, que lo he provocado deliberadamente…

—En primer lugar, nadie que haya estado contigo cinco minutos podría creer que eres capaz de hacer algo así. Y en segundo, Giovanni puede tener muchos defectos; pero es un hombre inteligente. ¿Quieres que te dé un consejo?

—Adelante.

—Habla con tu padre. Tiene muchos contactos y un gran equipo de abogados. Si hay alguien capaz de sacarte de este lío, ese alguien es él.

—Buen consejo, mamá.

—Hasta luego, querida.

Kimi cortó la comunicación, encendió el ordenador tan rápidamente como pudo y accedió a la versión electrónica de la última columna de Brewster. Se titulaba *Mi armario secreto*. La entradilla del artículo decía así: *Brewster Peacock os ofrece hoy una delicada combinación de alta costura y ropa sucia. Dos cosas que nunca pasan de moda y que siempre van a juego.*

Acto seguido, aparecía el artículo del columnista:

Perdonadme por mi francés, pero la semana de la alta costura de París está siendo una verdadera merde*. No sé si reír, llorar o gritar ante la total carencia de imaginación de la fiesta de este año, en la que sólo ha destacado Daniel LeSerge, quien ofreció un pase de bellezas enjauladas. Y con ello me refiero a los pájaros,*

no a las modelos. Sí, lo que habéis leído. Porque cada sombrero era una jaula que contenía un pájaro. Entre ellos no había ningún pavo real, pero sólo porque las cabezas de las modelos no son suficientemente grandes.

Sin embargo, hubo dos pájaros que lograron llamar la atención de vuestro amigo Brewster: Kimberley Renton y Claudia Ferraro.

—Oh, no… —susurró Kimi.

En ese momento llamaron a la puerta, y lo hicieron de forma tan insistente que no tuvo más remedio que levantarse y abrir.

Era Holden.

—¿No tenías una reunión? —preguntó ella.

—¿Ya lo has visto?

—¿Lo de Peacock? Lo estaba leyendo ahora mismo.

Holden la abrazó con fuerza. No hubo nada sexual en el gesto. Sólo quería reconfortarla.

Pero ella se apartó.

—A mí no me importa, pero a la pobre Claudia y a su madre… Dios mío. ¿Podrías llamar a recepción y pedir que me suban café? Tengo que terminar de leer el artículo.

Kimi oyó que Holden descolgaba el teléfono. Regresó al ordenador y vio que en el texto de Brewster habían incluido un par de fotografías en las que aparecía en compañía de Claudia y de Vladimir. Pero había algo peor: su padre aparecía al fondo, y miraba a sus dos hijas con verdadero horror, como si temiera que se reconocieran.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó ella—. Dudo que hayas entrado en Internet sólo para leer la columna de este cretino.

—Me ha llamado él.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Esa rata me ha llamado al teléfono móvil, aunque no sé cómo diablos ha conseguido mi número. Quería que leyera su columna porque en su opinión me iba a parecer interesante —explicó.

—¿Qué diablos pretende?

Holden se limitó a mirarla.

—Ah, claro… Era una forma perfecta de que yo me enterara. Sabía que me lo dirías. Y es más maquiavélico que decírmelo a mí directamente —continuó—. Lo malo es que también se encargará de que lo sepan Giovanni y Claudia.

—¿Y qué hacemos ahora?

—¿Qué quieres decir?

—¿Hablamos con ellos o esperamos a que nos llamen?

—Deja que termine de leer el artículo. Ahora no soy capaz de pensar.

El artículo seguía así:

Dos pájaros de grandes plumas. Eso es lo que pensé cuando vi a la preciosa Claudia Ferraro con su padre. Se rumorea que la joven está a punto de casarse, y qué mejor lugar para comprar el vestido de novia que la ciudad de las luces, donde los ApplePie ya han pasado muchas horas felices preparando su matrimonio.

Cuando vuestro servidor vio a la bella Claudia en plena conversación con mi colega Kimberley Renton, tuvo la sensación de que veía doble. El padre de Claudia, el empresario Giovanni Ferrero, parecía ansioso por separar a las dos nuevas amigas. E inmediatamente sospeché que aquello ocultaba un misterio.

Hasta que tengamos más información de la familia afectada, os ofrezco un bocado suculento para que disfrutéis durante el desayuno:

El joven y viajero Giovanni pasó cuatro de sus años de soltería en Yale, a finales de la década de 1970. Allí conoció a una joven llamada Evelyn Renton, con quien pasó mucho tiempo según mis fuentes. La encantadora Evelyn tuvo una hija el 23 de febrero de 1979, a quien llamó Kimberley. Mientras tanto, Giovanni volvió a Italia, se casó y tuvo tres hijas angelicales. Debió de ser maravilloso para él que en pleno París se encontrara con la hija de su chère amie *Evelyn y que pudiera presentársela a Claudia. Pero cuando miro la fotografía que acompaña esta columna, tengo la sensación de que no estaba precisamente encantado. ¡Qué misterio!*

Y hablando de misterios, ¿en qué estaría pensando la supermodelo Natasha Hennington? Según dicen las malas lenguas, se ha sometido a una dieta de carbohidratos que…

El café llegó en ese momento con un cruasán. Kimi entró en el cuarto de baño para ducharse y Holden se quedó en el salón de la suite con la excusa de que tenía que hacer unas llamadas.

Cuando salió de la ducha estaba más tranquila. Además, el ritual de vestirse y de arreglarse siempre la calmaba. Su vida podía estar al borde del precipicio, pero si perdía el equilibrio y caía al vacío, lo haría bien vestida y con elegancia.

Unos minutos después, regresó al salón. Holden estaba sentado en el sofá con expresión sombría. Y Claudia estaba a su lado, con los ojos enrojecidos de tanto llorar.

Giovanni se levantó al verla. Por lo visto, no perdía los buenos modales ni en la peor de las crisis.

—Oh, Dios mío —dijo ella—. Una reunión familiar.

Capítulo 14

—¿Tú lo sabías? —preguntó Claudia, mirando a su hermana.

—Sí. Siempre lo he sabido.

—Pero yo…

La joven se detuvo un momento para secarse las lágrimas.

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible que hablaras conmigo y te comportaras como si no supieras nada?

—Holden, ¿podrías traer un poco más de café?

Holden la miró con un gesto de incomprensión y en ese momento cayó en la cuenta de que había estado hablando en italiano.

Se levantó, pidió café a recepción y volvió a sentarse.

—Hablemos en inglés para que Holden nos pueda entender.

—Lo siento mucho —intervino su padre—. Nunca pensé que causaría tanto dolor a mis seres queridos…

—¿Se lo has contado a tu esposa?

Giovanni cerró los ojos y asintió.

—Me ha pedido que volvamos inmediatamente a Italia, pero no voy a comportarme como un cobarde. No. Encontraremos la forma de enfrentarnos a esto con dignidad.

—¿Alguna idea?

Holden decidió hablar en ese instante.

—¿Vas a reconocer a Kimberley?

—Sí.

—Perfecto.

Kimi se sintió aliviada. Por lo menos sería el fin de una mentira.

—Podríamos dar una conferencia de prensa —sugirió—. Así nos adelantaríamos a Brewster.

—No sé… —dijo Giovanni.

—Tal vez te parezca una idea vulgar, pero tarde o temprano tendremos que hablar con la prensa. Eres un hombre importante, con una familia importante. El silencio sólo sirve para alimentar la canallada de ese hombre.

Holden se levantó.

—No. He estado pensando en este asunto y creo que tengo un punto de vista más objetivo.

Se acercó a ella, le pasó un brazo por encima de los hombros como si quisiera reafirmar que podía contar con él, y añadió:

—Oficialmente no hay ningún misterio ni ningún escándalo. Sólo tenéis que decir que las dos familias mantienen una relación perfectamente normal y que no hay nada extraño en ello. Kimi y su madre viven en Nueva York, y vosotros, en Italia. Pero Claudia se va a casar y decidisteis que os podrías encontrar en París para que las dos jóvenes pasaran cierto tiempo juntas.

—¿Pretendes que sigamos con la mentira y digamos que ya nos conocíamos?

—Exactamente. Comportaos como si os conocierais desde siempre. El escándalo de Brewster se disolverá como un terrón de azúcar.

—Pero mamá… —dijo Claudia.

—Yo me encargaré de mamá —la interrumpió su padre—. Tienes razón, Holden. Iré a Italia, se lo explicaré todo y la traeré a París.

—¿Pero ella te perdonará, papá?

Giovanni sonrió con tristeza.

—No lo sé. Pero a ti te querrá tanto como siempre.

—No querrá marcharse. María se ha roto una pierna.

—María estará perfectamente. Ahora necesito a tu madre aquí.

—¿No se enfadará al saber que me has dejado sola?

—No te dejaré sola. Tienes a tu prometido. Y a tu hermana…

Claudia asintió.

—Está bien. Holden, dime qué puedo hacer para ayudar.

—En primer lugar, dejar de llorar y arreglarte el maquillaje.

Para sorpresa de todos, Claudia empezó a reír.

—Vaya, eres tan mandón como mi padre. Muy bien. Me secaré los ojos. Y luego… empezaré a conocer a mi hermana mayor.

Kimi sintió un estremecimiento.

—Nunca había tenido una hermana…

—¿Cuándo vas a marcharte a buscar a tu esposa? —preguntó Holden.

—¿Cuándo te parece mejor?

—No antes de mañana por la mañana. Hoy es importante que la gente vea juntas a las dos hermanas y que aparezcáis todos en Versalles.

—Me parece una buena idea —dijo Giovanni—. Además, tengo entendido que querías ir de compras, Claudia…

—Sí, quería comprar lencería.

—¿Puedes ir con ella?

Kimi asintió.

—Entonces, llamadme cuando estéis preparadas para salir —dijo Holden.

—¿Vas a venir con nosotras?

Holden sonrió con tanta intensidad que Kimi sintió un escalofrío de placer.

—La lencería me encanta. Además, soy tu fotógrafo oficial. Me aseguraré de sacar unas fotos preciosas de la familia feliz.

—¿Para qué? —preguntó Claudia.

—Para que aparezcan en los medios de comunicación, por supuesto.

Kimi se levantó y besó a Holden con suavidad.

—Te debo una.

—Déjame verte con alguno de esos modelitos de lencería y estaremos en paz.

La tarde fue mejor de lo que ella había imaginado. Su padre insistió en invitarlos a comer y ella eligió un lugar frecuentado por gente del mundo de la moda. De ese modo, Brewster lo sabría antes de que les sirvieran los platos.

Después de la comida, que incluyó varias interrupciones de curiosos, se marcharon. Giovanni los dejó y se fue al hotel para poder hablar otra vez con su esposa.

Las dos jóvenes empezaron con la jornada de compras, en compañía de Holden. Fue sorprendentemente divertido, y Kimi no tardó en descubrir que su hermanastra tenía muy buen gusto.

Holden sacó muchas fotografías. Pero de vez en cuando se detenía por la modestia de Claudia o se aburría y se dedicaba a pasear por las tiendas hasta que ellas terminaban en los probadores.

Salieron de uno de los establecimientos preferidos de Kimi con una bolsa enorme para Claudia y una más pequeña, pero bien surtida, para ella. Al fin y al cabo, tenía intención de reponer su colección de lencería en París. Sin embargo, nunca habría imaginado que lo haría en compañía de su hermana.

Cuando salieron, Holden guardó la cámara y miró a Claudia con extrañeza.

—¿Has quedado aquí con Vladimir?

—No, tiene una reunión con unos socios suyos. Me dijo que le llevaría todo el día.

—¿A qué se dedica?

—Trabaja para una empresa internacional de transportes. Tienen delegaciones en Moscú, Londres, París, Tokio y Nueva York.

—Vaya…

Dejaron a Claudia en su hotel, quedaron en verse aquella noche, y Holden acompañó a Kimi a su suite.

—Estás muy callado. ¿Te encuentras bien?

—Cuando estabais en una de las tiendas, vi a Vladimir. Y no parecía tener ninguna reunión.

—¿Qué insinúas?

—Que estaba con otra mujer.

—Tal vez sea una compañera de trabajo…

Holden se encogió de hombros.

—No sé. Se encontraron de un modo extraño. Él parecía nervioso. Saqué unas cuantas fotografías, pero no estoy seguro de que salgan claras… y él se la llevó rápidamente por otra calle.

—¿Crees que te vio?

—No lo sé. Parecía asustado, y desde luego es posible que me viera.

—Seguro que hay una explicación perfectamente lógica.

—Sí, eso espero.

Kimi también lo esperaba. No quería que Claudia se llevara un disgusto. Hasta ese momento no había caído en la cuenta de que tener una familia más grande implicaba que también tendría que preocuparse por más personas.

—Ojalá no estuviera tan cansada. Podría pensar con más claridad.

Él la besó.

—Ve a descansar un poco. Yo iré a revelar las fotografías y escogeré las mejores para la prensa.

—Pensaba invitarte a un pase privado de lencería…

Holden la volvió a besar. Con más apasionamiento.

—Y créeme, asistiré a tu pase. Pero ahora es mejor que duermas un poco.

Holden se marchó y ella entró en la suite y se quedó dormida.

Despertó dos horas después, bastante más energética que antes. Curiosamente, la primera persona en la que pensó fue Claudia. No quería que Vladimir fuera un estafador.

Se duchó y se puso unas braguitas y un sostén de color amarillo claro que la hacían parecer más desnuda que cuando estaba desnuda. Luego, imaginó que Holden la miraba y supo que tendría toda su aprobación.

Él llego quince minutos después. Llevaba el traje formal que ella le había pedido que se pusiera, pero no había prestado demasiada atención a los detalles. Obviamente se lo había puesto a toda prisa mientras salía del hotel.

—Eres un inútil…

Se acercó a él y lo besó. Sin embargo, Holden no reaccionó con la pasión de costumbre. Estaba tenso y con la mirada perdida.

—Echa un vistazo a las fotos —dijo él.

Kimi miró la primera. Era de Claudia y estaba preciosa.

—Te han salido muy bien. ¿De verdad crees que nos parecemos?

—Sois como dos gotas de agua. Es normal que ese canalla se diera cuenta.

Kimi suspiró.

—Brewster siempre causa problemas. Pero esta vez ha hecho algo bueno sin pretenderlo.

—Es posible. Pero mira el resto de las fotos.

Ella dedicó unos minutos a las fotografías. Al principio, Claudia y ella tenían una actitud algo distante. Pero a medida que avanzaba el día, se notaba que estaban más relajadas y que habían empezado a establecer lazos. Le pareció increíble que la fotografía pudiera captar esas cosas.

Por desgracia, las tres últimas fotos no eran de ella y su hermana.

Reconoció a Vladimir de inmediato. Y Holden estaba en lo cierto. Su actitud resultaba muy sospechosa.

La primera y segunda fotografías estaban algo borrosas, pero la tercera era perfecta.

—¿Conoces a esa mujer?

Ella negó con la cabeza.

—No, no la conozco. Pero me resulta familiar…

—Tal vez sea del mundo de la moda.

—Si lo es, su ropa no es gran cosa. Lleva unos vaqueros baratos y un chubasquero que se puede comprar en cualquier supermercado. Pero hay algo que no entiendo… si Vladimir se siente realmente atraído por Claudia, ¿por qué se iba arriesgar con una mujer así? No es atractiva, no es elegante y además es mucho mayor que él. Lo único que tienen en común es que ella también parece del este de Europa.

—Sí, es cierto. Dudo mucho que mantengan una relación apasionada.

—Entonces será socia suya…

—Puede ser. Pero también tengo la sensación de que la he visto antes. Y no en París.

—¿Como es posible que los dos tengamos esa sensación? —se preguntó, frotándose las sienes—. Ah, han pasado tantas cosas últimamente que no puedo pensar… Creo que la he visto con modelos, pero… ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué pasa?

—¡Ya sé dónde la he visto!

—¿Dónde?

Kimi cruzó la habitación, abrió el cajón superior de uno de los muebles y sacó el sobre marrón con las fotografías que Holden había hecho el primer día, cuando estuvo en el pase privado de Simone.

—Usé estas fotografías cuando escribí el artículo, así que las vi varias veces… Sí, aquí está. Mira. ¿No te parece que es la misma mujer?

Holden miró la imagen. La mujer que aparecía en ella tenía la boca llena de alfileres y estaba arreglándole el dobladillo a una de las modelos. Era una de las muchas fotos que había sacado de los trabajadores.

—¿Qué estará haciendo una de las costureras de Simone con el novio de Claudia?

—No lo sé, pero es evidente que no están enamorados.

—Todo esto resulta muy sospechoso.

—¿Crees que puede tener relación con el asunto de los robos?

—Quizás. Pero será mejor que investigue a Vladimir y averigüe a qué se dedica su empresa internacional de transporte.

Kimi se había acostumbrado a pensar en Holden como si sólo fuera fotógrafo, pero su profesión verdadera era otra. Y estaba segura de que podía descubrir cualquier secreto que alguien quisiera ocultar.

Capítulo 15

Versalles, el palacio de Luis XIV, el Rey Sol, era el lugar donde se iba a llevar a cabo el acto de aquella noche.

Como estaba a una hora en coche de París, Holden alquiló un coche. Así no dependería de nadie y podría ir y venir a su antojo.

Kimi salió antes porque tenía que entrevistar a un diseñador. Él pasó el día con policías de París, hablando sobre los robos y sobre la posibilidad de que estuvieran preparando un golpe importante para esa semana. Pedir a la policía que vigilara unos vestidos le resultó realmente difícil, pero para su sorpresa, se lo tomaron con tanta seriedad como si fuera la caja fuerte de un banco.

Sin embargo, la sesión de intercambio de información no sirvió para nada. Sospechaban que podía ser una banda de Oriente Próximo. Las mujeres de los jeques de la zona gastaban millones en vestidos que sólo podían ver sus familiares. Pero en general los compraban de forma perfectamente legítima, pero tal vez hubiera un mercado negro.

Mandy también investigaba la posibilidad de que los robos ocultaran un fraude a las compañías aseguradoras, aunque era una de las opciones menos probables. Y por supuesto, podía ser un simple caso de competencia entre empresas; tal vez estuvieran robando los vestidos para copiarlos y fabricarlos al por mayor. Pero hasta entonces no habían encontrado ninguna prueba en tal sentido. Si habían copiado algún vestido, no lo habían comercializado. Todo apuntaba a coleccionistas privados o compradores ricos.

En cuanto al novio de Claudia, no estaba en ninguna lista de la Interpol. Sin embargo, eso no significaba que fuera trigo limpio.

Ya había estado en Versalles, en un viaje de fin de curso de su instituto. Pero entonces tenía tal resaca que no se había fijado en nada. Ahora, en cambio, era un adulto perfectamente sobrio con un Peugeot rápido y suave como la seda.

Pensó en las personas que había conocido. Simone y su manía de hablar sin parar. Los ApplePie con los periodistas que los rodeaban y los seguían por todas partes como tiburones atraídos por el olor a sangre. Y aquel individuo ridículo, Peacock, el canalla de ojos grandes y modelitos estrambóticos.

Los cuatro eran grandes compradores, pero estaban más interesados en ser vistos que en poseer algo que nadie podría ver. Eso casi los descartaba como sospechosos.

Cuando llegó a Versalles, tuvo que pasar por un control policial. Eso le alegró. Tenía intención de estar atento a cualquier problema, pero le tranquilizaba que hubiera guardias por todas partes.

Aparcó el coche y salió al exterior. Normalmente los jardines no le interesaban demasiado, pero aquél era magnífico. Se oía música de fondo y un montón de personas, perfectamente vestidas, que paseaban o charlaban entre ellas. También había varias estrellas de cine y, por supuesto, docenas de fotógrafos. Afortunadamente, él no estaba allí para eso. Sólo tenía que fotografiar a las modelos.

Preparó la cámara y caminó hacia el palacio. Tomó un camino secundario y se encontró cara a cara con Mark Apple y Nicola Pietra, que estaban abrazados.

—Eh, ¿es que no podéis dejarnos tranquilos ni un momento?

—Tranquilos —dijo Holden—. Yo sólo he venido a fotografiar a las modelos.

—Oh, bueno, discúlpame… No puedes imaginar lo que son capaces de hacer esos paparazzi con tal de fotografiarnos.

—No os preocupéis por mí. Y que os divirtáis…

—Lo mismo digo.

Holden siguió adelante. Estaba a punto de entrar en el edificio cuando se topó con un inglés armado con una cámara y un objetivo

tan grande que podría haber fotografiado una hormiga a varios kilómetros de distancia.

—Hola. ¿Has visto a los ApplePie? Han desaparecido por aquí…

—Sí, están junto a la fuente. Solos. Si te das prisa, puede que todavía sigan allí.

—Gracias, colega, te debo una.

Holden sonrió. Si la pareja de famosos querían tener vida privada de verdad, no tenía sentido que se presentaran en actos tan públicos como ése.

Todavía estaba sonriendo cuando entró en el palacio.

Y se quedó helado.

Kimi estaba allí, como una diosa. Le pareció increíble que fuera tan guapa. Se había puesto un vestido de seda, de color lila, que dejaba al desnudo uno de sus hombros y caía hasta el suelo por la pierna contraria. Se encontraba en una sala llena de espejos, que reflejan su imagen una y otra vez.

—¿Holden? ¿No se supone que tienes que fotografiar a las modelos?

—Bueno, voy a fotografiar a la mujer más bella de la velada…

Kimi rió.

—La mitad de las invitadas han aparecido en la lista de las mujeres más bellas de la revista *People*. Yo diría que tengo mucha competencia.

Holden la habría besado de buena gana, pero no quiso estropearle el maquillaje.

—Me has dejado sin aliento. Pareces una diosa… pero tu expresión era algo triste.

—Estaba pensando en María Antonieta y en lo feliz que debió de ser aquí. Antes de que la mataran, claro está.

Él la tomó de la mano.

—Ésta es la Sala de los Espejos. Una de las pocas que recuerdo de mi viaje con el instituto.

—¿Ya conocías Versalles?

Él le contó la historia, pero sabía que Kimi tenía que trabajar, así que fue directamente al grano y dijo:

—Hazme un favor. Averigua todo lo que puedas sobre Vladimir y sobre su conexión con el mundo de la moda. Cualquier cosa concreta que pueda servirme para seguir sus pasos durante los cinco últimos años.

Ella asintió.

—Yo lo seguiré cuando salga del palacio. Veré dónde va y qué hace. Nos encontraremos en tu hotel por la mañana.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

—Lo tendré. Sólo siento que esta noche no podré acompañarte ni llevarte a la cama.

—Bueno, hay cosas por las que merece la pena esperar.

—Y otras que son mucho mejores cuando las tomas directamente.

Holden la besó. Sabiendo que su pasión se reflejaba en una infinidad de espejos.

Capítulo 16

—Muy bien. ¿Qué está pasando?

Kimi se cruzó de brazos. Ya era por la mañana y no estaban más cerca de descubrir la verdad. Se había pasado media noche interrogando a Vladimir sin despertar sus sospechas, pero había descubierto que ella no era la única a quien no le gustaba hablar de su vida. Sólo le dijo el nombre de su empresa y que había estado un par de veces en Nueva York. En cuanto al resto de sus viajes, fue muy impreciso y se limitó a comentar que había estado en Oriente Próximo, que normalmente no tenía tiempo para hacer turismo y que se aburría bastante.

Holden tampoco había tenido éxito. Siguió a Vladimir hasta la casa de la ciudad donde se alojaban Claudia y su padre. Giovanni fue el primero en retirarse, y Claudia lo hizo minutos después tras dar un beso casto a su prometido. Luego, Vladimir se dirigió a su hotel y no salió en toda la noche.

—Sólo sabemos que el prometido de Claudia estaba hablando con una de las costureras. Y que el pase de Simone es esta noche —dijo ella.

—Me gustaría saber qué ha estado haciendo en Oriente Próximo.

—Y a mí. Pero espera un momento… ahora que lo pienso, hay una persona en el mundo de la moda que lo sabe todo de todos.

—¿No estarás hablando de… ?

—De Brewster Peacock, por supuesto. Conoce a todo el mundo y tiene contactos en todos los restaurantes, hoteles, tiendas, medios

de comunicación, países… si quisiera, podría ahorrarnos mucho tiempo.

—No confío en un hombre capaz de traicionar a sus amigos.

—Tienes razón. Pero ten en cuenta que, gracias a él, ahora tengo una familia. Me ha hecho un favor sin pretenderlo. Aunque sobra decir que no se lo voy a confesar… mentiré y le recordaré que me debe una.

—Ese hombre es un canalla.

—Sí, pero también es más eficaz en el mundo de la moda que la Interpol.

Kimi alcanzó su teléfono móvil y él la tomó de la muñeca.

—De acuerdo, pero te acompañaré.

Ella sabía que discutir con él no serviría de nada. Así que asintió y marcó el número.

—Ese tipo ha visto muchas películas malas.

Holden lo dijo mientras se acercaban a un destartalado almacén de una zona oscura de Montmartre. El vecindario parecía sacado de una novela de serie negra. Dos jóvenes pasaron ante ellos y miraron a Kimi de tal manera que él la atrajo hacia sí como para protegerla.

Eran las dos de la tarde, pero no había nadie más en los alrededores. La hora era el único detalle de la cita con Brewster que no parecía sacado de una película de serie B.

Kimi sacó el papel donde había apuntado la dirección que le había dado el columnista y dijo:

—Debe de estar por aquí.

Miró a su alrededor y vio un local con un cartel rojo. A su lado había un café en el que dos árabes estaban fumando una pipa.

—Ahí está. Por fuera no parece gran cosa, pero te sorprenderías si supieras dónde suelen estar los almacenes de los diseñadores. Están tan preocupados por el espionaje empresarial que buscan lugares realmente extravagantes.

Holden también miró a su alrededor, pero por otros motivos. No le gustaba nada aquel barrio. Cuanto antes salieran de él, mejor para todos.

Kimi se acercó al edificio y llamó al timbre de una puerta de metal, de color verde. La pared estaba llena de pintadas y Holden se alegró de no saber francés y de no entender lo que decían.

—*Oui?* —respondió una voz por el intercomunicador.

—¿Brewster?

—Kimi, cariño… Sube. Es arriba del todo.

La puerta se abrió y Holden la acompañó al interior de un vestíbulo que olía a ajo y orín. Luego se acercaron a un ascensor que parecía sacado de otro siglo y decidieron ahorrarse el peligro y subir por las escaleras.

Holden cada vez desconfiaba más. Tal vez fuera su instinto de policía, pero todo aquello le parecía muy extraño.

Por fin, llegaron al último piso. Una de las tres puertas se abrió y Brewster apareció en el rellano.

—*Bonjour, mes enfants…*

El columnista llevaba una chaqueta amarilla y morada, tan chillona que casi hacía daño a la vista. Por si fuera poco, la había combinado con unos vaqueros negros y unas botas vaqueras con dibujos dorados. Sólo le faltaba un sombrero tejano para parecer salido de un espectáculo de Las Vegas.

Entraron en lo que resultó ser una especie de sala industrial, más parecida a un almacén que al estudio secreto de un diseñador. Había mesas llenas de telas, vestidos que no se parecían a los de los pases, y máquinas viejas de coser. También una puerta que parecía dar a un despacho o algo así.

Kimi miró a su alrededor, confundida.

—¿Por qué has querido que nos reuniéramos aquí? Me ha dado la impresión de que estabas investigando algún secreto del mundo de la moda…

Brewster rió.

—No, nada de eso. Es que ya había quedado con alguien en este lugar y pensé que querrías que charláramos en un sitio tranquilo.

Ella asintió, satisfecha.

—Me has dicho que tienes información que puede evitar un robo.

—Ya me conoces, querida. Sé muchas cosas de todo.

Brewster se giró hacia un espejo, se miró y se ajustó el cuello de la chaqueta. Los diamantes de sus manos y de sus orejas brillaron bajo la luz.

—Mira, Brewster —dijo ella—. Ahora mismo no se puede decir que seas mi persona favorita. De modo que si tienes información, déjate de misterios y habla. Y si no la tienes, no me hagas perder el tiempo.

—Oh, has herido mis sentimientos… Yo diría que he contribuido a unir a tu familia.

—No es verdad. Nos conocemos de siempre.

Brewster rió.

—Eres muy inteligente, lo admito, pero tú y yo sabemos que te he hecho un favor. Y ahora, comportémonos como buenos amigos y escuchad lo que tengo que decir.

Kimi se cruzó de brazos.

—Me han dado el soplo de que alguien pretende robar el vestido más caro del mundo —continuó—. Y van a hacerlo esta noche.

—Todos los diseñadores creen que sus vestidos son los mejores y más caros del mundo… eso ya deberías saberlo.

Brewster la miró con ironía.

—Y tú deberías saber que hay un vestido mucho más especial que todos los demás.

—No te estarás refiriendo a…

—En efecto, has acertado. Ahora ya estás pensando con la cabeza.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Holden.

—Del vestido de boda —respondió Brewster—. El vestido de Nicola Pietra. ¿Recordáis lo que dijo Marcy? Un vestido cubierto de diamantes. Incluso si no lo hubieran diseñado para una de las parejas más famosas del planeta, valdría una fortuna. Y hay coleccionistas que pagarían millonadas por él. Imaginaos… qué escándalo. Si al final lo robaran, sería extremadamente divertido.

—Eso es imposible. Ese vestido está más vigilado que la Mona Lisa o las joyas de la Corona de Inglaterra —intervino Holden—. ¿Tienes alguna prueba?

El columnista rió.

—Venid conmigo y os enseñaré algo.

Holden dudó. Estaban cerca de la puerta y no quería alejarse de ella por si sucedía algo. Pero en aquel lugar no parecía haber nadie más. Y llegado el caso, sabía que podía librarse de aquel individuo en un periquete.

Brewster se acercó a la mesa de una de las máquinas de coser y alcanzó una carpeta de la que sacó unas cuantas fotografías.

—Oh, Dios mío —dijo Kimi—. ¿Cómo las has conseguido? Mira, Holden. Es el vestido de novia, y la copia que han hecho para la niña…

Holden se acercó y miró con curiosidad.

—Vaya. Parece un vestido de la época de María Antonieta.

—Es cierto, pero con sensibilidad moderna —comentó Kimi—. Fíjate en cómo cae la seda, y en la manera tan fina de engarzar los diamantes…

En ese momento, Holden oyó un crujido y se puso en tensión. La puerta del supuesto despacho se abrió y apareció el prometido de Claudia.

—¿Vladimir? ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Kimi.

Holden no se molestó en preguntar. Se abalanzó hacia delante con intención de derribarlo.

—Yo que tú no lo haría, Holden —dijo Brewster a su espalda.

Holden se giró y comprobó el peor de sus temores. El columnista apuntaba a Kimi con una Glock de nueve milímetros.

—Maldita sea…

—No entiendo nada, Brewster. ¿Se puede saber qué está pasando? —preguntó ella.

—Que me han pagado una cantidad increíble por robar el vestido de novia de la pobre Nicola. Me entristece saber que tendrá que ponerse otra cosa para la boda, pero ya me conoces. Sólo hay una cosa que me guste más que la moda: el dinero.

—¿Y desde cuándo te dedicas a robar?

—Desde hace años. Digamos que ha servido para equilibrar mi presupuesto —respondió—. Sin embargo, nunca había robado nada tan importante. Éste es mi pasaporte para la jubilación. Mi…

—No sigas, te hemos entendido —lo interrumpió Holden—. ¿Y quién te paga?

Brewster volvió a reír.

—Tu amigo carece de sutileza, Kimi. Deberías haberte buscado a alguien mejor. Sé que te gustan los tipos duros, pero normalmente suelen ser más… elegantes —declaró—. Dale una buena paliza antes de atarlos, Vladimir.

La pistola de Brewster y la amenaza a la vida de Kimi fue lo único que evitó que Holden no intentara defenderse cuando Vladimir empezó a ensañarse con él. Por su forma de golpear, no había duda alguna de que procedía del Ejército. Desgraciadamente, encontró el cuchillo que guardaba en la pantorrilla y la cámara de la chaqueta.

Después, le quitó la cartera y empezó a inspeccionarla. Holden tenía tantas ganas de golpearlo que apenas pudo contenerse. Y por la expresión helada de los ojos del ruso, él también lamentaba que no se resistiera.

—Si vas a destrozarnos la velada, al menos podrías tener el detalle de decirnos quién te paga —dijo entonces Kimi.

Holden pensó que era muy lista. Estaba ganando tiempo.

—Unos amigos de Vlad. Gente con buen gusto y con los bolsillos llenos.

—¿Y qué pasa con Claudia?

Vladimir vaciló durante un momento. Pero Brewster se adelantó a cualquier posible explicación del matón.

—Ah, sí, Claudia… pobrecilla. Tendrás que ser una buena hermana y explicarle que su matrimonio no habría salido bien. Vladimir no es de los que se casan.

Vladimir acercó una silla y ordenó:

—Siéntate.

—No compliques las cosas, Holden —dijo Brewster, acercando la pistola a Kimi.

Cuando Holden la miró a los ojos, cayó en la cuenta de que se había enamorado. Fue uno de esos descubrimientos que se hacían en el momento más inoportuno. Y aquél no podía ser peor.

Capítulo 17

Holden estuvo casi seguro de que la mirada de Kimi expresaba el mismo sentimiento que la suya.

Le guiñó un ojo y se sentó.

—Y ahora, me temo que tendremos que ataros. No podemos permitir que nos estropeen el plan. Pero mirad que bonitas son estas cintas… Vienen en colores muy divertidos. Para que luego digan que el crimen es aburrido.

Brewster se refería a las cintas de plástico que la policía solía usar como sustitución temporal de las esposas.

—Rojas para ti, Kimi y azules para Holden —continuó—. Ya me he dado cuenta de que le gusta mucho el azul.

Por supuesto, Vladimir tuvo que demostrar que era todo un hombre por el procedimiento de apretar las cintas más de lo conveniente en las muñecas y en los tobillos de su víctima.

—No te preocupes, querida. Mañana por la mañana enviaré un mensaje a tu familia para que sepan dónde estáis. Pero tendréis que pasar la noche aquí. Es una lástima que te pierdas la fiesta y el escándalo del siglo… Venga, acércate y siéntate en tu silla.

—Espera un momento. Tengo que ir al servicio… Si no voy ahora, no podré hacerlo hasta mañana.

Holden la admiró por intentar un truco tan desesperado. Pero antes de que Brewster rechazara la petición, Vladimir intervino sin contemplaciones.

—Siéntate aquí y cállate.

—Oh, vamos, no somos bárbaros —dijo el columnista—. Por supuesto que puedes ir al servicio. Dame tu teléfono móvil y tu bonito bolso de Chanel. Te acompañaré yo mismo.

Vladimir maldijo en ruso, pero Brewster añadió:

—Si no he vuelto en cinco minutos, mata a Holden.

La pareja no tardó tanto tiempo en regresar. Vladimir le ordenó que se sentara en una silla situada frente a la de su amante y ella obedeció sin rechistar. Después, la ató con tanta fuerza que gritó sin poder evitarlo.

—Déjala en paz, canalla —dijo Holden.

—No hay necesidad de ser crueles —intervino Brewster—. Toma, encárgate de la pistola y yo ataré a Kimi.

Cuando Brewster terminó su trabajo, tomó un rollo de cinta de embalar y dijo:

—Siento tener que hacerte esto, pero sabes que soy un hombre precavido.

—Oh, no, eso no…

—Créeme, me duele más a mí que a ti.

Brewster cortó un trozo y le tapó la boca con la cinta. Un par de minutos después, los dos hombres desaparecieron y cerraron la pesada puerta de metal a sus espaldas.

Kimi miró a Holden. Sus ojos azules estaban llenos de rabia. Sabía que todo aquello era culpa suya por haber confiado en Brewster Peacock. Pero no quería darle la satisfacción de romper a llorar.

Además, todavía no estaban derrotados. Brewster no había notado que llevaba el diminuto kit de manicura en el bolsillo de los pantalones. Al entrar en el cuarto de baño, se lo metió en un manga, por encima del codo. Naturalmente, estaba atada y no se podía mover con facilidad. Pero con sus quejas había conseguido que el canalla del columnista no la atara demasiado fuerte.

Holden empezó a moverse en la silla con la intención obvia de acercarse a ella y ayudarla a desatarse. Ella quiso imitarlo y estuvo a punto de caerse al suelo. Pero tras unos cuantos intentos, descubrió que podía controlar el movimiento de la silla.

Se dijo que cuando saliera de allí, mataría a Brewster Peacok con sus propias manos.

Por fin, lograron situarse de tal manera que podían tocarse con los dedos. Ahora quedaba lo más difícil de todo: soltar las cintas. De lo contrario, se quedarían allí hasta que alguien los encontrara. Y no tenía la menor intención de morir por culpa de un cretino con chaquetas de terciopelo y de una mala imitación de un mafioso ruso.

No lo permitiría.

Empezó a retorcer las muñecas bajo el plástico. Le dolía mucho, pero no tenía más remedio. Al cabo de un rato, el kit que llevaba en la manga empezó a caer; y no tardó mucho tiempo en acabar en las manos de Holden, que se las arregló para abrirlo, extraer las pequeñísimas tijeras que contenía y empezar a cortar.

Como estaba de espaldas a él, no podía ver lo que estaba pasando. Pero confiaba en Holden. Era un hombre muy capaz. El tipo de persona capaz de encender un fuego con dos palos y de sobrevivir en mitad de la montaña. De hecho, se había comportado con una calma tan increíble durante su enfrentamiento con Brewster y Vladimir que sintió curiosidad por su pasado.

Si alguien podía salvarlo, ese alguien era él.

Pero el proceso no fue rápido. Estaba anocheciendo. Si no se daban prisa, la oscuridad sería total y tendrían grandes dificultades para salir del edificio. Por no mencionar que los dos canallas se saldrían con la suya.

Intentó liberarse de nuevo, pero no lo consiguió. Entonces se puso a pensar en todo lo que había sucedido desde el día que tropezó con Holden en la escalinata. Sólo habían pasado unos cuantos días y sin embargo creía conocerlo desde siempre. Era un amante apasionado, un fotógrafo increíble y un hombre íntegro, preocupado por el medio ambiente y muy informado sobre muchos temas. Además, sabía que le gustaba el café solo, que prefería la cerveza al vino, que le gustaba la comida sencilla y que tenía cosquillas.

Era un hombre muy complejo. Un hombre a quien quería conocer mejor. Pero no sabía si tendría la oportunidad. Aunque lograran escapar, tenían muy pocas cosas en común.

Notó el sudor en los dedos de Holden. Kimi cerró los ojos e intentó tranquilizarse. Y unos minutos después llegó el momento esperado: el plástico se rompió.

Ahora tenía las manos libres.

Capítulo 18

Se llevó tal alegría que tardó unos momentos en comprender que todavía no habían escapado. Se frotó las manos, que se le habían quedado dormidas, y se arrancó la cinta de la boca haciendo un esfuerzo para no gritar.

Luego, le quitó las tijeritas a Holden, se liberó los pies y le destapó la boca.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió—. Aunque me has pegado tal tirón que creo que no tendré que afeitarme hasta dentro de seis meses… ¿Y tú?

—Estoy perfectamente. Y te amo.

—Bueno, éste no es el momento ni el lugar para decirlo, pero el sentimiento es recíproco.

Kimi lo besó rápidamente y se acercó a una de las mesas de Peacock para buscar unas tijeras más grandes. No tardó en encontrarlas. Dos minutos después había liberado a Holden, y uno más tarde, cuando él ya se había recuperado, corrieron hacia la puerta.

Por supuesto, estaba cerrada desde fuera y no se podía abrir desde el interior.

—¿Puedes darme ese clip? —preguntó él.

—Claro.

Kimi se agachó para recoger el clip que había visto en el suelo y se lo dio.

—Si tienes una horquilla o algo parecido, sería magnífico.

Ella corrió a una de las mesas, abrió un cajón y regresó con varias agujas, un punzón y una percha bastante afilada.

Cada vez estaba más oscuro, pero él no parecía preocupado. Introdujo el clip y una aguja en la cerradura, se secó el sudor de las manos en los pantalones, hizo un movimiento rápido y se levantó. Después, empujó la puerta, que se abrió suavemente, y se llevó un dedo a los labios para que se mantuviera en silencio.

Afuera no había nadie. Holden la miró de tal modo que supo que se sentía insultado por la falta de profesionalidad de Brewster. Ni siquiera había dejado el local bajo vigilancia.

Bajaron rápidamente por las escaleras. Él llevaba las tijeras en la mano, por si tenía que usarlas como arma. Intentaron abrir las puertas de los distintos pisos, pero todas estaban cerradas. Sin embargo, la que daba a la calle estaba abierta.

Holden se asomó y miró con cautela a ambos lados. Se aseguró de que no había nadie y le hizo un gesto para que lo siguiera.

—¿Estás bien?

Él le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Sí —mintió.

Caminaron un par de manzanas, pero no encontraron ningún taxi. A lo lejos pasó un coche de la policía, aunque Holden no hizo el menor ademán de pretender llamar su atención.

—Podríamos ir en Metro —bromeó ella.

Unas manzanas después, encontraron un taxi libre y pidieron al conductor que los llevara al hotel. Ella subió rápidamente a la suite a buscar dinero y bajó a pagar de inmediato.

—Tendrías que llamar a la policía —comentó cuando ya estaban a solas—. El pase de Simone estará a punto de empezar.

—Vístete. Deprisa.

—Pero.

—Nada de policía. Confía en mí, Kimi, sé lo que estoy haciendo. Pero no tardes.

Kimi se vistió en un tiempo récord y diez minutos después ya estaban de vuelta en la calle. No quisieron usar su coche porque cabía la posibilidad de que Vladimir o Brewster lo reconocieran. Así que llamaron a un taxi.

—Tendríamos que decírselo a la policía —insistió ella—. Tal vez lleguemos demasiado tarde…

—No llegaremos tarde. Además, prefiero descubrirlos delante de un montón de testigos.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? ¿Qué pasará si nos ven?

—No podemos permitir que nos vean. No hasta que estemos preparados.

—¿Eso quiere decir que tienes un plan?

—Estoy pensando en ello. Pero no dejas de hablar y de distraerme…

—Oh, lo siento. Tengo la manía de hablar por los codos cuando estoy nerviosa.

—Ya me había dado cuenta.

—Me callaré y dejaré que pienses.

—Gracias.

Los minutos pasaron. El taxi avanzaba a toda velocidad entre el tráfico parisino. En cierta manera, casi estaba deseando que Brewster y Vladimir los vieran y huyeran a toda prisa. Ya los había visto en acción y los consideraba capaces de hacer cualquier cosa si se sentían acorralados.

En determinado momento, Holden rompió su silencio y le pidió al conductor que se detuviera en una tienda de recuerdos para turistas. Corrió a su interior y regresó con una bolsa de papel.

—¿Estás seguro de que no deberíamos llamar a la policía?

—No. Si huelen la presencia de un agente, huirían.

—Pero ahora sabemos lo que piensan hacer…

Holden negó con la cabeza.

—Es nuestra palabra contra la suya. No tenemos pruebas.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Ponerte en peligro?

Holden sonrió.

—Estoy acostumbrado —respondió—. Por cierto, ¿conoces bien el Palacio de la Ópera?

—Bueno, sé que el interior es espectacular y que dicen que está encantado…

—En la parte de abajo hay un montón de habitaciones vacías y almacenes. Podrían esconderlo, pero querrán sacarlo rápidamente

de allí… Piensa un poco. Si quisieras robar ese vestido y contaras con la ayuda de una costurera de la diseñadora, ¿cómo lo harías?

—No lo sé, todo suele estar lleno de gente… modelos, diseñadores, peluqueras, trabajadores, guardias de seguridad…

—En efecto. Supongo que la costurera los ayudará a sacarlo. ¿Pero cómo?

—Ahora que lo pienso, las modelos tratan fatal a las costureras y son casi invisibles para todos los demás. Pero qué tontería… no sé cómo es posible que no se me haya ocurrido hasta ahora. Seguro que ella está a cargo del vestido. Tendrá que ocuparse de las joyas, de los accesorios, de los zapatos a juego… Es su responsabilidad hasta el momento que se entrega a la modelo.

—Claro…

—Cuando hay algún problema o alguna modelo daña el vestido sin querer, lo retiran del programa.

—Pero no van a retirar el vestido de ApplePie…

—No, desde luego que no —dijo ella—. ¿Recuerdas cuántos vestidos había en el segmento final del pase privado al que asististe?

Holden cerró los ojos un momento.

—Ocho —respondió.

—Y sin duda alguna, dejarán el vestido importante para el final. Habrá un montón de gente, así que la modelo estará más tiempo en el probador… no podrán robarlo entonces. Después llegará el momento de enseñarlo en la pasarela y habrá tanta gente que sería imposible para ellos.

—Entonces, ¿cuándo lo harán?

—Tienen que hacerlo antes. La costurera dirá que hay algún defecto en el vestido, se lo llevará con la excusa de arreglarlo, lo meterá en una bolsa y se marchará por cualquier puerta lateral… seguramente la estará esperando una furgoneta. En este tipo de actos hay furgonetas por todas partes —explicó ella—. Y se marcharían tan deprisa que estarían a muchos kilómetros de distancia antes de que nos diéramos cuenta… Holden, tenemos que hacer algo. Por lo menos deberíamos avisar a los guardias de seguridad.

—No podemos. Piensa un poco. Si estás en lo cierto, ¿cómo se las arreglarían para pasar el control de la entrada? Necesitan algo más que la ayuda de una simple costurera. Deben de tener un contacto entre los guardias.

Kimi estaba a punto de decir algo cuando el taxi se detuvo en seco. Y tuvo que apoyarse en el asiento delantero para mantener el equilibrio.

Capítulo 19

—*Attention!* —gritó al conductor.

El conductor gesticuló y maldijo en voz alta mientras indicaba algo situado por delante del vehículo.

—*Merde…* —añadió ella.

Dos coches acababan de sufrir un accidente y toda la calle estaba cortada. Como no podía maniobrar, el taxista sacó la cabeza por la ventanilla y se unió al griterío.

—Me parece que esto va para largo —dijo Holden—. Tendremos que seguir a pie.

Holden salió del coche y arrojó unos billetes al conductor. El Palacio de la Opera se veía al final de la calle, pero estaban a varias manzanas de distancia y los zapatos de tacón alto de Kimi no eran el calzado más apropiado para correr.

—Venga —ordenó él.

—Las cosas que hay que hacer por la moda…

Kimi se quitó los zapatos y empezó a correr. La acera estaba helada, pero intentó no pensar en todas las porquerías que estaría pisando.

—Adelántate —gritó ella al ver que Holden aminoraba el paso.

—No, todavía tenemos tiempo. Llegaremos.

Siguieron corriendo. Era evidente que la forma física de Holden era mucho mejor que la suya, porque ella estaba jadeando y él se permitía el lujo de hablar como si estuvieran dando un paseo tranquilo.

Ya casi habían llegado.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Sí.

—Mantén los ojos abiertos, pero evita que te vean a ti.

—Pero no podremos detenerlos nosotros solos…

—He llamado a mi compañero de la Interpol. Va a enviar a unos tipos a los que no reconocerán. Llegarán en cualquier momento.

Ella asintió.

En ese momento, Holden abrió la bolsa de papel y sacó un silbato. Era un silbato normal y corriente, como los que usaban los policías de las películas de *La pantera rosa*.

Holden se lo dio y dijo:

—Un teléfono móvil sería mejor, pero silba si me necesitas.

—De acuerdo.

Holden la besó sin dejar de correr y se alejó de ella según lo acordado. Al llegar al edificio, Kimi se puso los zapatos. Avanzó entre las sombras, dando un rodeo y mirando a su alrededor en busca de Brewster o de Vladimir. Pero no los vio ni desde luego vio a nadie que pareciera llevar un vestido robado.

Tardó quince minutos en comprobar que todo parecía normal. Y luego, al dar la vuelta a una esquina, se encontró con Holden. Parecía tan decepcionado como ella. Hasta dejó caer la bolsa con la cámara.

—Nos ha costado demasiado para permitir que escapen —dijo ella —. Voy a entrar por la parte de atrás.

Holden asintió.

—Iré contigo.

—Está bien, pero deja que me encargue de todo. A mí me conocen.

—De acuerdo.

Kimi enseñó sus credenciales a un guardia con aspecto aburrido que negó con la cabeza. Ya no dejaban entrar a nadie.

—¿Podría llevar un mensaje a Marcy Wolington-Hicks? —preguntó ella—. Dígale que es importante. Que Kimi Renton está en la entrada.

El hombre la miró con intención de negarse, pero Holden sacó un billete en ese instante y se lo dio. El dinero funcionó tan deprisa que

el individuo llevó una mano a su radio.

Justo entonces, oyeron el grito de una mujer. El guardia salió disparado y ellos lo siguieron.

Cuando llegaron al lugar del que procedía el grito, vieron a Simone en el suelo, de rodillas. Su cara, normalmente pálida, estaba ahora tan amarilla como el arroz de una paella. Y una de las modelos estaba en plena crisis de histeria. Era Arianne Boucle, la preferida de la diseñadora. Una belleza de cabello oscuro, metro ochenta de altura y ojos intensos que no dejaba de gritar. Completamente desnuda.

—¿Dónde está el vestido? —preguntó Kimi.

La modelo contestó con un torrente de palabras en francés pronunciadas de un modo tan rápido que casi no la entendió. Pero supo que uno de los diamantes se había soltado y que se lo habían tenido que llevar cuando estaban a punto de salir a la pasarela.

Kimi la agarró del brazo.

—La costurera. ¿Dónde está la costurera?

—Ya te lo he dicho. Se ha llevado el vestido para arreglarlo… pero nadie la encuentra. Ha desaparecido…

—¿Cuándo se ha marchado?

—No lo sé… Hace cinco minutos, o tal vez diez…. Será mejor que alguien encuentre mi vestido.

Kimi dejó a la modelo y corrió hacia la diseñadora.

—Simone, tienes que reaccionar.

—*C'est fini! Tout fini!* —exclamó la mujer.

—Tienes que salir y hablar con la gente. Danos tiempo hasta que encontremos el vestido.

Simone no fue capaz de reaccionar. Parecía haberse vuelto loca.

Kimi vio entonces al director de escena y dijo:

—¿Cuántas modelos faltan por salir? Pídeles que vayan más despacio.

—Ya lo he hecho.

—¿Y entonces?

—Sólo quedan cinco.

—Muy bien. Cuando terminen, haz lo que tengas que hacer. Sal a la pasarela y cuenta chistes si quieres, pero gana tiempo.

El director miró a Simone y se encogió de hombros.

—Haré lo que pueda.

—¿Has visto a la costurera que se llevó el vestido?

—No, había demasiada gente. Pero puede que alguna de las maquilladoras se haya fijado.

—¿Dónde está la habitación de las costureras?

El director se lo indicó y Holden y ella empezaron a correr por los pasillos de los sótanos del Palacio de la Ópera. En otro momento, a Kimi le habría asustado la posibilidad de encontrarse con el conocido fantasma de la historia, pero ahora no estaba para cuentos.

—No puede haberse marchado todavía —dijo ella—. No la hemos visto. ¿Se estará escondiendo? ¿Estarán por aquí, en algún lugar?

—Estaba seguro de que intentarían sacarlo tan deprisa como pudieran, pero ahora….

Justo entonces, vieron una sombra que avanzaba por el pasillo. Era la costurera que había estado hablando con Vladimir.

—¡Alto! —gritó Holden.

—*Arrêt!* —exclamó Kimi.

Los dos empezaron a correr. Pudieron oír el motor de una furgoneta y aceleraron el ritmo. Fue una suerte que Kimi estuviera acostumbrada a los zapatos de tacón alto, porque de lo contrario no habría podido mantener el equilibrio.

Llegaron a una de las salidas, en la que sospechosamente no había ningún guardia, y miraron al exterior. La costurera corría hacia una furgoneta que avanzaba hacia ella con las puertas abiertas. Era uno de los vehículos de Simone. Lo habían organizado todo para no llamar la atención.

Holden estaba a punto de alcanzarla, pero no lo conseguiría antes de que subiera a la furgoneta.

—¡Tírame el vestido! —gritó una voz por la ventanilla del conductor.

Holden dejó caer la bolsa con la cámara y saltó sobre la mujer, que cayó al asfalto con un grito de sorpresa. La furgoneta se detuvo y la caja con el vestido terminó junto a una farola.

Antes de que se abriera la portezuela del conductor, Kimi se adelantó y recogió la caja. Su primera intención fue salir corriendo,

pero Holden la necesitaba. Además, Simone podía esperar un poco más.

Holden se levantó y gritó:

—¡Márchate! ¡Corre!

Ella obedeció.

Kimi entró en el edificio a toda prisa y no paró hasta llegar a la habitación donde estaba la diseñadora. Cuando Simone vio el contenido de la caja, se quedó pasmada.

—Venga —dijo Kimi—. Hay que darse prisa.

La cara de Simone se iluminó y volvió a ser la misma de siempre.

—Vaya, está arrugado…

—No tenemos tiempo para arreglarlo.

La todavía desnuda pero perfectamente maquillada Arianne se acercó a ellas. Un minuto después estaba vestida y radiante.

—Pareces una reina —dijo Simone—. Eres la mejor actriz del mundo…. vamos, sal a esa pasarela y déjalos sin habla.

Arianne, que parecía más alta que nunca, asintió y se marchó.

Kimi se acercó a las cortinas y se asomó a hurtadillas. El director de escena se las había arreglado para que las cinco modelos anteriores desfilaran más despacio que en toda su vida, y la última estaba terminando en ese momento. Llevaba un vestido precioso, de satén plateado y blanco.

La gente estaba deseando ver el vestido de novia. Podía notar su tensión. Pero en ese momento vio a Claudia. Se había sentado en la tercera fila con su supuesto prometido, Vladimir. No podía creer que el ruso siguiera allí. La idea de que su hermana estuviera en compañía de un psicópata le parecía insoportable.

Buscó entre la audiencia y no tardó en localizar a Brewster. La arrogancia de aquel hombre era increíble. Se preguntó a quién habría enviado al almacén para que acabara con ella y con Holden; ahora era evidente que no tenía intención de renunciar al mundo de la moda ni de dejarlos a ellos con vida, y Brewster no se rebajaría ensuciarse las manos.

Imaginó que hasta habría previsto escribir una columna para hablar de su trágica muerte. Era tan maquiavélico que se había puesto una chaqueta larga de color negro con diamantes a juego

con el vestido de novia, aunque con toda seguridad serían falsos. No le bastaba con robar el vestido. Además, quería estar presente el acto y disfrutar de la devastación que causaría.

Pero esa vez sería él quien se iba a llevar una sorpresa.

Capítulo 20

Kimi contempló el asombro de Peacock. La música cambió y todos los ojos se volvieron hacia Arianne, que se detuvo en la pasarela y posó como si efectivamente fuera una reina.

Se oyeron gritos ahogados de admiración. Arianne siguió caminando y Kimi pensó que no había visto un vestido tan bonito en toda su carrera. Simone era la única diseñadora capaz de usar los diamantes de un modo tan elegante y al mismo tiempo tan llamativo. Nicole Pietra estaba tan fascinada como todos los demás. Se levantó de la silla y empezó a aplaudir con todas sus ganas.

Su marido se unió a ella y enseguida los imitaron todos los presentes. El único que no reaccionó de ese modo fue Brewster, que sólo se levantó para intentar escapar por la salida más cercana. Pero no llegó muy lejos. Tres hombres altos se acercaron a él y le cerraron el paso. Iban de paisano, pero tenían el pelo corto y la expresión dura de los policías.

Se lo llevaron tan silenciosamente que nadie se fijó. Además, la gente estaba totalmente concentrada en Simone y sus modelos, que ahora la rodeaban en la pasarela como si fueran un grupo de cisnes alrededor de un pájaro negro.

Kimi se volvió entonces hacia su familia y se preguntó cómo se las arreglarían Holden y sus compañeros para sacar a Vladimir sin organizar un escándalo. No quería que Claudia y su padre se vieran involucrados. Pero sólo se le ocurrió una posibilidad: separarlos del prometido de su hermanastra.

Cuando Vladimir miró hacia la silla que un momento antes ocupaba Brewster y la encontró vacía, Kimi supo que debía actuar. Todavía no habría imaginado que Holden y ella habían escapado del almacén; pero sabría que la costurera había fallado en su cometido.

La mejor forma de avisar a su padre y a su hermana habría sido llamarlos con un teléfono móvil, pero no tenía. Pensó en enviarles una nota y ya estaba a punto de pedir papel y un bolígrafo a alguien cuando vio que Vladimir se inclinaba sobre Claudia y le decía algo. Su hermana se dirigió a su padre y, acto seguido, se levantó. Luego, el ladrón pasó un brazo por encima de los hombros de la joven y la llevó hacia una de las salidas. Giovanni no parecía precisamente contento. El acto todavía no había terminado y era evidente que el comportamiento de su hija le parecía improcedente.

Kimi se puso en tensión al ver que caminaban hacia una puerta lateral.

Corrió hacia ellos y oyó que Claudia protestaba:

—Vladimir, vas demasiado deprisa.

—Necesito respirar aire fresco. Me siento mal.

—Deberíamos salir por la puerta principal. ¿Por qué no dejas que llame a un médico?

—No.

En ese momento apareció su padre.

—¿Se puede saber qué pasa?

—Vladimir está enfermo y creo que un poco desorientado.

—Tal vez deberías acercar el coche a la puerta —dijo Vladimir a Giovanni—. Creo que estoy enfermo.

Kimi decidió intervenir.

—No vayáis a ninguna parte con él. No está enfermo.

Vladimir se puso tan pálido que su excusa pareció real.

—¡Kimi! —exclamó su hermana—. ¿Dónde te habías metido?

—Es una larga historia, que tiene que ver con el robo de un vestido. Y aunque lo siento con toda tu alma, tu novio está involucrado.

—¿Cómo? ¿Me estás tomando el pelo?

—Por supuesto que sí —dijo Vladimir—. Estará drogada o borracha…

—¿Qué pruebas tienes? —preguntó su padre.

Ella se acercó un poco más.

—Para empezar, que Brewster Peacock y él nos secuestraron a Holden y a mí. Nos ataron e intentaron robar el vestido de Nicola Pietra.

—¿Vladimir? ¿Eso es cierto? —preguntó Claudia.

—No le hagas caso. Está loca, es evidente —respondió—. Me siento fatal… ¿No podrías traer el coche? Podemos dejar este asunto para mañana.

—Está bien, iré a buscar el coche —dijo Giovanni—. ¿Claudia? ¿Por qué no vienes conmigo?

—No, papá, prefiero quedarme aquí.

—Volveré tan pronto como pueda.

Giovanni volvió a mirar a Kimi y se marchó. Ahora quedaba lo más difícil: convencer a Claudia de que novio era un delincuente y apartarla de él. Jugueteó con el silbato, que se había colgado del cuello. Pero no quería arriesgar la vida de su hermanastra.

—Por favor, Claudia, tienes que hacerme caso. Yo no haría nada que pudiera hacerte daño…

—Nadie te cree —dijo Vladimir—. ¿Por qué no te marchas?

—No entiendo lo que sucede, pero es evidente que Kimi también necesita un médico —dijo su prometida.

—Aléjate de él, Claudia. Es un hombre peligroso.

—Oh, vamos, sólo hace dos días que la conoces… y yo voy a ser tu marido. ¿A quién vas a creer?

Claudia no se movió, pero dijo:

—¿Por qué haría algo así?

—Por dinero. No sé en qué consiste el negocio de Vladimir, pero sospecho que no es precisamente legal —respondió.

—No tengo tiempo para más tonterías —dijo el ruso—. Venga, vámonos.

Claudia se apartó.

—Márchate tú. Yo iré después —afirmó.

—¿Es que vas a confiar en esta loca? Si lo haces, te abandonaré.

Los ojos de Claudia se llenaron de lágrimas.

—Es mi hermana, Vladimir.

—Te arrepentirás de haber tomado esa decisión.

El hombre se llevó la mano al bolsillo como si tuviera una pistola.

—¡No! —exclamó.

En ese instante, se abrió la puerta lateral y aparecieron el chófer de Giovanni, el propio Giovanni y Holden. Pero Kimi comprendió que el chófer era en realidad un guardaespaldas o un policía. Iba armado y su mano era tan firme como su mirada.

Desgraciadamente, Vladimir se le adelantó. Agarró a Claudia con una mano y sacó la pistola con la otra.

Se oyó un disparo. Estaban en un pasillo cerrado y el ruido fue ensordecedor. Durante unos segundos, Kimi no supo quién había apretado el gatillo. Pero entonces oyó una maldición en ruso y Vladimir cayó al suelo.

Giovanni le quitó la pistola.

—¿Estás bien? —preguntó Holden.

—Sí.

—¿Y tú, Claudia?

—Sí, gracias…

El disparo llamó la atención de un numeroso grupo de personas. Casi todos eran guardias y policías. Uno de ellos llamó a una ambulancia.

Claudia se acercó entonces a Vladimir, se quitó el anillo de compromiso y se lo tiró al pecho.

—Vladimir, acabo de romper oficialmente nuestro compromiso.

Holden llevó a las dos mujeres y a su padre al exterior del edificio.

—Mis queridas hijas —dijo Giovanni, abrazándolas.

—Y yo que pensaba que no me habías creído… —dijo Kimi.

—Por supuesto que te creí. Sólo pretendía avisar a las autoridades mientras tú te encargabas de ganar tiempo.

—Oh…

—Pero será mejor que llamemos a un médico para que te eche un vistazo.

—Tonterías, estoy perfectamente.

—Soy tu padre y harás lo que te diga.

Ella estuvo a punto de sonreír. Era la primera vez que su padre le daba una orden. Y por supuesto, pretendía desobedecerla.

Pero Holden se adelantó.

—Yo me encargaré de eso —dijo.

Su padre asintió.

—Está bien. Te llamaré mañana para asegurarme de que estás bien, Kimi.

Claudia se acercó a ella y la abrazó.

—Buenas noches, Kimi.

—Siento mucho lo de Vladimir…

Claudia asintió con tristeza y salieron del Palacio de la Ópera.

Cuando el Mercedes se alejó, Kimi se arrojó a los brazos de Holden.

—Lo hemos conseguido.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Llevarte al médico.

—No necesito ningún médico.

—Se lo he prometido a tu padre.

—Pero…

—No discutas. Si no te ve un médico, es capaz de ordenar que me arranquen las piernas y los brazos —bromeó.

Ella sonrió.

—Venga, seguro que no tienes miedo de mi padre.

—Bueno, la verdad es que quiero que un médico me cure las muñecas y no me gustaría ir solo al hospital.

Kimi soltó una risita.

—Vaya, veo que estoy atrapada entre dos sargentos…

—Pues será mejor que tu acostumbres. No creo que tu padre vaya a desaparecer otra vez de tu vida.

En ese momento apareció Nicola Pietra y se arrojó a los brazos de Kimi.

—*Grazie…* —exclamó—. Simone nos lo ha contado todo. Has salvado el vestido. *Grazie…*

—De nada. Espero que seas muy feliz…

Mark Apple se acercó y estrechó la mano de Holden.

—Muchas gracias, amigo —dijo.

Capítulo 21

—Nunca olvidaré esta semana de la moda —dijo Kimi a la noche siguiente, mientras paseaban junto al Sena.

—Sí, ha sido una semana inolvidable en muchos sentidos.

Holden la había llevado al hospital y les habían vendado las muñecas, así que hoy llevaban manga larga para disimularlo. Ella se había puesto un vestido negro de Armani y un collar de perlas para despedirse de Claudia y de su padre, que debían regresar a Italia. Pero ahora ya se habían marchado, y su tiempo con Holden también se estaba acabando.

—Ojalá tuviéramos más tiempo —dijo ella.

—Sí, ojalá.

—Tengo mucho trabajo en Nueva York.

—Y yo en Oregón.

—Lo sé.

—Pasemos por mi hotel. Quiero enseñarte algo.

Ella supo que debía negarse, pero no lo hizo. Subieron a la habitación y él le entregó un paquete. Al principio, pensó que sería ropa. Pero pesaba demasiado. Tal vez fuera un libro.

Lo desenvolvió y reconoció el logotipo de un conocido estudio de fotografía. En su interior había un álbum precioso, de cuero negro, con una cerradura dorada y una llave de oro. En la parte delantera habían impreso una frase: *Una noche en París.*

Kimi tomó la llave y lo abrió.

—Oh, Holden…

Eran las fotografías que le había sacado en la noche más mágica.

—Quería que tuvieras algo que te recordara a mí.

Ella empezó a pasar las páginas. Las imágenes estaban llenas de ternura y de pasión. Y aunque en casi todas ellas aparecía medio desnuda y con poses que se acercaban a lo pornográfico, no se sintió avergonzada en modo alguno. Había sentido el contacto de su cuerpo y ahora sentía el de su alma de fotógrafo.

Holden se había enamorado.

En la última aparecían juntos, y supo que durante los días y las semanas siguientes sería la imagen que buscaría cuando quisiera pensar en él. Estaban en el Parque de las Tullerías, abrazados, como fundidos en una sombra, junto a la estatua de la mujer desnuda y entre los árboles.

—Es preciosa. Como toda esta semana —dijo ella—. Ha sido tan…

—Lo sé —la interrumpió.

Era la última vez que se veían. Y Holden eligió un método silencioso para confesarle que la amaba: le bajó la cremallera del vestido, lentamente, y la besó en la espalda. Su amor estaba en sus caricias y en su forma de doblar la prenda y dejarla sobre una silla en lugar de arrojarla al suelo.

Kimi se había puesto su conjunto de lencería preferido. Era tan revelador que no ocultaba casi nada.

—Me encantan las sombras que se dibujan entre tus senos…

Holden se inclinó y la besó. Ella empezó a desnudarlo y le acarició el pecho. Acto seguido, introdujo una mano por debajo de sus pantalones y jugueteó con él. Pero Holden no permitió que llevara la iniciativa. Metió los dedos entre sus muslos y le acarició el clítoris hasta volverla loca. Kimi llegó al orgasmo sin poder evitarlo, se aferró a él y los dos se tumbaron en la cama.

Unos minutos después estaban completamente desnudos y haciendo el amor. La felicidad del momento se mezclaba con la tristeza de saber que estaban a punto de separarse.

Cuando Holden gimió contra ella, fue como un grito de protesta.

A las cuatro, ella se levantó. El taxi llegaba a las cinco, y si el avión no se retrasaba, estaría en su despacho con tiempo para

trabajar un poco.

Cuando salió de la ducha, Holden le dio una taza de café.

—Deberías seguir durmiendo —dijo ella.

—No. Quiero despedirme de ti.

—Preferiría que no hubiera despedidas.

Él se encogió de hombros.

—Yo también, pero no podemos mantener una relación a distancia. No funcionaría.

—Pues ven a Nueva York —dijo de repente—. Ven y te enseñaré mis restaurantes preferidos. Podremos pasear por Central Park, ir al teatro y al cine, ver museos, asistir a la ópera…

—¿A la opera, has dicho?

—Sí, claro. Así podrás ver cómo vive la otra mitad de la población.

—No es mala idea, pero tú también podrías venir a Oregón. Te enseñaría cosas que no has visto en toda tu vida. Navegaríamos en canoa, pescaríamos, asaríamos los peces en un fuego y contemplaríamos el amanecer desde lo alto de una montaña.

—¿De una montaña?

—Bueno, o eso… o nos despedimos para siempre y nos quedamos sin otra cosa que el recuerdo de la mejor semana de nuestra existencia.

Capítulo 22

Cuando volvió a su apartamento y a su vida normal, Kimi pensó que efectivamente había sido la mejor semana de su vida. Y no sólo porque había conocido a Holden, sino porque ahora tenía una familia.

Claudia y ella se escribían casi todos los días y hablaban muy a menudo por teléfono. Ahora tenía una hermana.

Aquel mismo día había recibido un mensaje suyo. Decía así:

Querida Kimi, me alegra que ya hayas superado el desfase horario. Yo me siento fatal con lo sucedido. Aunque bien pensado, sólo ha sido un compromiso roto. Prefiero pensar que no me han partido el corazón e intento convencerme de que no estaba realmente enamorada de él. Si me lo repito lo suficiente, llegaré a creerlo.

Su hermana estaba tan triste que a Kimi sólo se ocurrió una cosa para animarla. Y se lo dijo:

Querida Claudia: Tengo una idea maravillosa. Ven a Nueva York. Sé que te encantará. Tengo mucho espacio en casa y podríamos…

Kimi se detuvo. Apenas la conocía. ¿De verdad le apetecía recibir la visita de una italiana deprimida? Sí, definitivamente, sí.

Podríamos ir de compras, disfrutar de la comida y mantenernos bien lejos de los hombres. Piénsalo, anda… Ahora tengo que marcharme porque voy a comer con mi madre. Deberías conocerla. Es indescriptible, pero creo que os llevaríais bien.

Kimi solía comer con su madre cada dos semanas, pero esa vez habían quedado en verse tan pronto como pudieran.

Cuando se vieron, ella le enseñó las fotografías de Giovanni y Claudia.

—Sigue tan guapo como siempre —comentó su madre—. Y Claudia también es preciosa, aunque no tanto como tú.

—Quiero que la conozcas. La he invitado a venir a Nueva York.

—¿Intentas tenderme una trampa o algo así?

Kimi rió.

—No, mamá. No puedo imaginarte con Giovanni… ni siquiera cuando erais jóvenes. ¿Cómo es posible que acabarais juntos?

—Qué cosas preguntas, hija. Fue por el sexo, claro.

—Eso ya me lo había imaginado. Te estoy preguntando cómo es posible que con todos esos tipos que seguramente conocías y que eran capaces de citar a Emily Dickinson, terminaras acostándote con un empresario italiano.

Su madre se echó el pelo hacia atrás.

—Bueno, supongo que no se trata exactamente de esa tontería de que los contrarios se atraen… sino de que a veces desarrollamos una intensa atracción sexual hacia una persona con la que no podemos comunicarnos de ninguna otra forma —explicó—. No sé cómo explicártelo. ¿Nunca te ha pasado nada parecido?

Kimi miró a su madre.

—Me acaba de pasar.

—Oh, vaya. Quiero que me cuentes todos los detalles…

—¿Sabes una cosa? Te comportas como si fueras una amiga y no mi madre.

Ella sonrió.

—Cuando eras niña, intenté ser una buena madre. Y ahora, pretendo ser una buena amiga.

—Pensándolo bien, creo y tú yo somos el ejemplo perfecto de dos personas que se quieren y que sin embargo no tienen nada en común.

—Bueno, pero Giovanni es diferente. Nunca estuve enamorada de él. Además, es agua pasada… mejor, háblame de tu amante. Supongo que lo conociste en París…

—Se llama Holden y es detective privado. Trabajamos juntos, o más bien lo ayudé a resolver el caso del vestido robado que ya te conté.

—¿Y?

—Y fue fantástico —le confesó—. Pero vive en Oregón y le gusta el campo. Ya sabes, salir de acampada y esas cosas.

—¿Nada de diseñadores italianos y zapatos caros?

—No, me temo que no. Lo suyo son las tiendas de campaña.

Su madre estalló en carcajadas.

—No puedo creer que siempre haya fracasado al intentar convencerte de que llevaras una vida distinta y que al final te enamores de un clon de Jeremiah Johnson. Ah, es delicioso…

Kimi gimió. Ni siquiera se molestó en negar que estaba enamorada.

—¿Y qué puedo hacer?

—Tienes dos opciones: olvidarlo o ir a buscarlo. Debe de ser un tipo extraordinario.

—¿Estás insinuando que los hombres extraordinarios no abundan?

—No. Sólo estoy diciendo que uno que no viste de forma más elegante que yo me hará y desde luego te hará a ti más feliz que todos esos cretinos con los que salías.

El camarero llegó en ese momento y les rellenó las tazas de té.

—Después de aquel campamento de verano, me juré que nunca volvería a ponerme unas botas de montaña —afirmó Kimi.

—Oh, no fue para tanto. No exageres. Además, en este caso puedes elegir…

—No estoy muy segura de poder. No hago otra cosa que pensar en él.

—Entonces será mejor que consigas ropa adecuada y vayas a buscarlo. Hoy no tengo nada que hacer. Podemos ir de compras si

quieres.

—Eso es ridículo…

Todavía estaba discutiendo con su madre cuando un taxi las dejó frente a unos grandes almacenes muy conocidos. La idea de comprar algo en semejante establecimiento le resultaba espantosa. Pero ya que estaban allí, se acercó a la dependienta de un mostrador. Era una chica rubia, con coleta, a la que dijo:

—No me he puesto unas botas de montaña desde hace años. Mi madre, aquí presente, se empeñó en llevarme a un campamento para niñas y…

—Qué suerte…

—No para mí. Pero bueno, el caso es que estaba pensando en dar una segunda oportunidad al campo.

—Deberías hacerlo. Además, las botas de hoy en día son mucho más ligeras y resistentes que las de antes —explicó.

—Bueno, mira, la verdad es que he conocido a un chico. Le gusta el campo y quiero ir a verlo. Es posible que me quede toda una semana con él, si es que aguanto la experiencia.

La rubia la miró de arriba abajo. Vio su falda de Dior, su blusa de Emilio Pucci, su bolso de Kate Spade y sus sandalias de Prada.

—Pues debe de ser todo un tipo…

Kimi sonrió.

—Lo es.

—Bueno, entonces empecemos con las botas. ¿Dónde está?

—En Oregón.

—Bien. Necesitarás un chubasquero.

Tres cuartos de hora más tarde, se había gastado cuatrocientos dólares y llevaba una bolsa con unas botas grises, una cazadora impermeable y diversos objetos apropiados para la vida en el campo. Pensó que con ese dinero podría haberse comprado dos pañuelos de Hermès y las gafas de Dior que había visto el día anterior en Saks, pero prefirió no darle más vueltas.

Cuando dejó a su madre y volvió al despacho, pensó que tal vez debería haber llamado a Holden antes de gastarse esa fortuna. No habían hablado desde que regresaron a Estados Unidos. Pero miró el álbum con las fotografías de París y se dijo que cabía la posibilidad

de que el amor fuera más fuerte que las diferencias entre las personas.

De todas formas, sólo tenía un modo de averiguarlo.

Alcanzó el teléfono móvil y marcó un número.

—MacGreggor…

En cuanto pronunció su apellido, supo que estaba haciendo lo correcto.

—¿Kimi? ¿Eres tú?

—Sí, estoy en mi despacho de Nueva York. Pero tengo que viajar a Seattle por un asunto de negocios —respondió.

—Genial… ¿Cuándo?

—Puedo ir cuando quiera. Y había pensado en pasar a visitarte…

—Pues ven a visitarme.

—Me preguntaba si te apetecería salir de acampada…

Holden rió.

—¿Hablas en serio?

—¿Por qué no? Tu descripción de los amaneceres fue muy interesante.

Él bajó la voz hasta convertirla casi en un murmullo.

—Me encanta oír tu voz —dijo—. Te he echado mucho de menos.

—Yo también.

—¿Cuándo tiempo puedes concederme?

—No lo sé, unos días…

—Dame cinco. Quiero llevarte a cierto sitio y estar cinco días contigo.

—¿Cinco días en una tienda de campaña?

Ella se estremeció.

—No. Cinco noches en una tienda de campaña —puntualizó—. Durante el día estaremos fuera. A no ser que decidamos seguir acostados…

Kimi estaba horrorizada. Pero también entusiasmada con la perspectiva de pasar cinco días y cinco noches con él.

En cuanto lo vio, todos sus temores desaparecieron de repente. Holden estaba allí, en el aeropuerto. Había ido a buscarla. Y ella se

arrojó a sus brazos como si no tuvieran cinco días por delante.

—Vaya, llevas botas de montaña…

—Sí, pero no te alegres demasiado.

—Pues estás fantástica.

—Debajo de todo esto, llevo lencería de París —murmuró.

—Ah, eres mi mujer ideal… Venga, vámonos.

Holden tomó su bolsa de viaje, de color amarillo, y se la colgó al hombro.

No llovió en ningún momento de los cinco días. Era junio, y el tiempo resultó bastante cálido y soleado para la época. Además, sus botas de montaña resultaban sorprendentemente cómodas. Y estar con Holden era toda una experiencia.

—Debes admitir que el campo tiene sus ventajas en comparación con la ciudad —murmuró él al cuarto día.

Los dos estaban desnudos, tumbados entre los árboles.

—¿Crees que esta vista es mejor que la de la Torre Eiffel?

—Desde luego que sí —respondió, acariciándole un seno.

Al día siguiente tendrían que volver a la cabaña de Holden. Y un día más tarde se habrían separado por segunda vez.

—¿Sabes una cosa? —dijo ella—. He estado pensando.

—Y yo.

—¿En serio? ¿En qué?

—En que encajas perfectamente en mi vida. Además, no te ha ido tan mal en la montaña…

—La única cosa que echo de menos es mi teléfono móvil. Nunca había estado tan lejos de un teléfono —le confesó.

—Bueno, aquí no hay cobertura. Sólo funcionan los teléfonos por satélite, así que hiciste bien al dejarlo en Nueva York.

—La verdad es que me he divertido mucho. Es posible que me hayas curado de mi fobia a los espacios abiertos.

—¿Y qué es lo que te ha convencido? ¿La visión de las orcas?

—No. Eso fue espectacular. Pero el sexo contigo es mucho más interesante.

Él rió y se puso serio de repente.

—Te amo, Kimberley.

En ese momento oyeron un ruido extraño. Como un teléfono.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Mi teléfono.

—¿Tienes un teléfono con conexión vía satélite y no me lo habías dicho?

—Sólo es para urgencias —se defendió.

—¿Y qué puede ser tan urgente para que te llamen aquí?

—Todavía no lo sé…

Holden se acercó y contestó la llamada.

—¿Dígame? Sí… Sí, es posible… A decir verdad, sí sé dónde está Kimberley Renton. Le daré tu mensaje… No, no, lo comprendo perfectamente… Estaremos en contacto.

Cuando cortó la comunicación, ella preguntó:

—¿Se puede saber qué sucede? ¿Con quién has estado hablando?

Kimi se apartó para dejarle espacio en la manta.

—Te lo diré dentro de un momento. Pero antes, deja que termine lo que estaba diciendo. ¿Lo ves? Por eso odio los teléfonos. No me gusta que me interrumpan… en fin, iba a decirte que sé que somos muy distintos. Pero quiero estar contigo. No voy a permitir que te marches otra vez.

—Lo sé. Oh, Holden, te quiero tanto…

Él la abrazó.

—Sin embargo, sé que siempre echaras de menos Manhattan.

—Y yo sé que tu echaras de menos la montaña.

—Exacto, así que debemos encontrar una solución de compromiso. Pasar la mitad del tiempo aquí y la otra mitad allí. Y quién sabe… es posible que algún día tomemos una decisión definitiva.

—¿Y qué hacemos con el trabajo? —preguntó ella.

—Ah, ¿es que no te lo he dicho? Acaban de llamarme de la agencia de ApplePie.

—¿Y por qué te han llamado a ti?

Holden sonrió.

—Porque Mark Apple y Nicola Pietra quieren que sea el fotógrafo de su boda. La van a celebrar en un lugar secreto, lejos de los paparazzi. Están muy agradecidos por lo del vestido y quieren que hagamos las fotografías y escribamos los artículos.

Kimi se levantó de repente y gritó de alegría.

—¿Sabes lo que eso significa? ¡Es todo un triunfo!

—Lo sé. Y podremos trabajar juntos. Además, supongo que yo puedo acostumbrarme a Manhattan y que tú te puedes acostumbrar a Oregón. Saldrá bien, ya lo verás.

Kimi estaba tan contenta que quería hacer alguna locura. Tirarse en paracaídas, escalar una montaña o pasar cinco días más en una tienda de campaña.

—Claro que saldrá bien —dijo ella—. Pero si no es así…

Él la tomó de la mano y la besó.

—Entonces nos encontraremos en París.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

